

JONATHAN AYCLIFFE

La habitación de Naomi



Una casa misteriosa alberga presencias y
obsesiones pavorosas. Una novela
la mejor tradición del género

Lectulandia

Una magistral historia de presencias sobrenaturales y tenebrosas obsesiones que entronca con la mejor tradición anglosajona del género macabro.

Charles, el narrador, es un profesor de Cambridge que vive retirado en la misma casa donde tiempo atrás fue salvajemente descuartizada su pequeña hija Naomi, crimen al que siguió una secuencia de muertes brutales. Nadie parece capacitado para encontrar una explicación a los asesinatos. Sin embargo, en la antigua habitación de Naomi comienzan a producirse hechos inquietantes, al tiempo que los moradores de la casa tienen sueños extraños, perciben presencias hostiles y respiran una atmósfera cada vez más enrarecida. En algún lugar de la casa anidan los secretos de quienes la han habitado durante décadas, pero sus actuales ocupantes no lo saben...

La habitación de Naomi: un alucinante recorrido por las fronteras entre la normalidad y la locura, la vida y la muerte.

Lectulandia

Jonathan Aycliffe

La habitación de Naomi

ePub r1.0
nalass 17.07.14

Título original: *Naomi's Room*
Jonathan Aycliffe, 1991
Traducción: Jesús de la Torre Roldán
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Para Beth,
la mujer más infatigable que he conocido nunca.*

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos los que se embarcaron en esta aventura en el mundo de lo sobrenatural: a mi escéptica pero siempre deliciosa editora Patricia Parkin; a mi esposa Beth, cuya fascinación por las historias de fantasmas me animó a ensayar este género; a Alan Jessop, que resultó un guía muy amable y buen conocedor de Spitalfields; al hábil Chris Jakes, del departamento de estudios locales de la Biblioteca Pública de Cambridge, que me condujo con claridad a través de mapas y guías; a Roderick Richards, del Servicio de Rastreo, que me enseñó a distinguir entre la Policía Metropolitana y la de mi ciudad.

La oración de Naomí en la página 22 ha sido tomada de un caso histórico citado por Harris Coulter en su fascinante estudio *Vaccination, Social Violence and Criminality: the Medical Assault on the American Brain* (pp. 74-75).

1

Las encontré ayer, por pura casualidad. Las fotografías. Las que tomamos durante las Navidades de aquellos lejanos años. Y también las que tomamos después en Egipto. Recuerdos de todo un invierno. Yo las creía perdidas o destruidas. Tal vez deseaba que así fuera.

Estaban en una caja, en el desván; una caja metálica que originariamente había contenido una tarta del Betty's Teashop de Harrogate. Una tarta de jengibre y nueces, de las que se tomaban con rebanada de queso Wensleydale y una taza de té de China. No me explico cómo llegaron allí las fotografías; estoy seguro de que yo no las puse allí. Y sé que Laura no pudo haberlo hecho.

En cualquier caso, esta vez me aseguraré de quemarlas. Tengo un pequeño bote de queroseno, suficiente para mi propósito. Las sacaré al jardín esta noche, encenderé un pequeño fuego junto al árbol de la ceniza y las arrojaré a las llamas. El pasado hace tiempo que se ha consumido. No importará. Tal vez el acto de quemarlas me proporcione un poco de paz. Eso sería maravilloso. Un poco de paz. Fuera, el sol es del color del mármol amarillo. Hay escarcha en la pared.

¿Las encontré por puro accidente? ¿O llegué hasta ellas por una reactivación de la memoria, por un instinto rector que llevaba años dormido, durante los días helados de mi vida, y que algo ha despertado ahora? Hace precisamente veinte años que tuvieron lugar aquellos acontecimientos, los acontecimientos que las fotografías recogen en parte. Todo empezó y terminó aquí, en Cambridge, en esta casa, en estas habitaciones. Las paredes lo recuerdan tan bien como yo. ¿Por qué aquellos sucesos no encuentran aquí su eco?

Anoche volví a tener el mismo sueño. No me visitaba desde hacía muchos años. ¿Está ella aquí otra vez? ¿Estará aquí conmigo esta noche? Hoy iré a la iglesia y encenderé unos cirios, por si acaso.

Aquel árbol de la ceniza del jardín trasero era entonces mucho más pequeño. Yo tenía treinta años y Laura veintiséis. Llevábamos cinco años casados. Y Naomí..., Naomí tenía cuatro. La predilecta del colegio, la muñeca del decano. Acababa de obtener mi nombramiento en la junta docente y nos habíamos mudado del piso del colegio, lejos de Huntingdon Road, a esta casa de Newtown. La vida de uno, cuando tiene treinta años, parece muy encaminada, se cuidan muchos los años, hay una pátina en las cosas, existen menos aristas en las que resbalar. La casa iba a ser nuestro hogar indefinidamente, al menos mientras durase mi cátedra. Vendría un segundo hijo, tal vez un tercero. Habría un árbol de Navidad en invierno, té por las tardes, tostadas junto al fuego, el sonido de un piano bien entrada la tarde, notas como copos de nieve desgranándose en medio del aire tranquilo de la noche. Nuestra vida parece muy encaminada cuando tenemos treinta años.

Había escrito mi tesis sobre el significado de la Navidad en *Gawain y el caballero verde*. La imprenta de la universidad se había ofrecido a publicarla en cuanto le diese forma. Le hacía el amor a Laura casi todas las noches, pues había fuego en mi interior. Y Naomí solía jugar en el rellano de mi despacho, colocando con cuidado infantil sus muñecas de plástico al lado de mi puerta, cantándoles con voz insegura: «Naranjas y limones, dicen las campanas de St. Clement's». Anoche, durante mi sueño, se lo oí cantar otra vez.

El invierno de 1970 fue frío en Cambridge. Durante todo noviembre hubo fuertes lluvias. Soplaron los vendavales y se inundaron los campos. El comienzo de diciembre fue seco y su segunda mitad, fría y con tempestades de nieve. El hielo colgaba de los árboles inclinados, la niebla cubría como cortinas los Backs la mayoría de los días, y la nieve se amontonaba sobre los tejados de los colegios. Las paredes de mi despacho conservaban el calor, protegidas por los lomos rojos, verdes y marrones de los libros. La vieja piel, el brillo de sus letras doradas. Pasaba mucho tiempo en casa retocando mi tesis, preparando las clases, jugando con Naomí.

Muchísimos días, paseábamos juntos por Trumpington Street hasta Pembroke y recogíamos el correo que me enviaban allí. Después, sólo nos restaban andar unos pocos metros hasta Fitzbillies para comprar los pasteles. Ella adoraba los buñuelos de Chelsea, grandes y viscosos, que sujetaba en su manita con increíble destreza. Después regresábamos a casa, cogidos de la mano, por las calles medio vacías, Naomí agitando alegremente una bolsa de papel. En seguida oscurecía. Pasábamos ante las luces que salían de las ventanas, divididas con parteluz, tras las que el fuego ardía en las parrillas del hogar, con el hechizo del invierno. Como mejor recuerdo a mi hija es a la luz de la lámpara, con un abrigo amarillo y una bufanda roja.

Un día, las luces de Navidad iluminaron Sidney Street. Para Naomí, éste fue de verdad el primer día navideño. Su excitación resultaba contagiosa. Laura y yo fuimos a Deers, la tienda de flores y plantas de la esquina de Huntingdon y Histon Roads, y volvimos a casa con un hermoso árbol. Con la ayuda de Naomí lo adornamos con luces y oropeles. Estaba presidido en lo alto por un ángel de Burne-Jones, con el cabello bermejo, aureolado de luces de colores rozando el techo. Naomí se pasaba horas contemplando los reflejos de la habitación sobre una gran bola plateada que giraba lentamente, colgada de la rama más baja. Una noche se quedó dormida al pie del árbol, sujetando fuertemente un trozo de cinta azul. La radio entonaba villancicos: «He visto tres barcos que venían navegando el día de Navidad, el día de Navidad...».

Un domingo de Adviento acudimos al servicio de villancicos en la capilla de Wren del colegio. Naomí caminaba entre nosotros con gesto solemne, como una niña victoriana, sus manitas embutidas en un grueso manguito de piel. Las voces del coro tenían aquel año un tono singular. Desde entonces nunca las he oído sonar de aquella

forma. Era como si los coristas no estuvieran cantando, como si a través de ellos volvieran a tener acceso a los cánticos las generaciones precedentes. Durante los intermedios, los fieles prorrumpan en accesos de toses ahogadas. Pero mientras sonaban los cánticos nadie se movía. Alrededor, los vitrales se fundían a la luz de los maravillosos cirios.

Nosotros no éramos especialmente religiosos. Tanto Laura como yo habíamos sido educados en la iglesia anglicana, pero nuestra práctica religiosa era esporádica, en las celebraciones de Navidad, la Pascua de Resurrección, las bodas y los funerales. Pero en aquellos momentos de Adviento, dentro de la majestuosa capilla, arrojados por los exquisitos cánticos, casi nos sentíamos creyentes. Ahora soy creyente, pero por otras razones. No es la belleza de los vitrales ni la luz del mundo lo que me ha traído la fe. Es el temor. El simple, absoluto y terrible temor.

Fue difícil hacer que Naomí se acostara aquella noche. Quería que yo le cantara, que le enseñara villancicos para el Niño Jesús. Era una de esas niñas a las que se puede llevar a los conciertos y a los servicios religiosos sin que te dejen mal. Sus maneras eran serias, incluso solemnes a veces. Y debajo de todo ello subyacía una risa tan austera que parecía carecer de sustancia. Aun en sus juegos era solemne, pero luego afloraba una sonrisa que transformaba su rostro. Yo la quería mucho. Creo que más que a Laura. Tal vez los padres quieren siempre así a sus hijas.

Hay muchas fotografías, más de las que yo recordaba. Las he colocado en largas filas sobre la mesa de la cocina, como piezas de un rompecabezas. Yo aparezco en muy pocas, pues generalmente hacía de fotógrafo. Aquí hay una de Laura delante del King's College, sonriendo como una turista. Detrás de ella puedo distinguir una capa de nieve sobre el sendero y sobre una reducida franja de hierba delante del muro del colegio. Es fácil detectar al fondo la ventana de la capilla que daba al este.

Aquí está Naomí de pie junto al árbol de Navidad, con un revoltijo de regalos sin abrir a los pies y la cinta azul en la mano. Fue tomada por alguien que no recuerdo, tal vez Galen o Philip. En ella aparecemos los tres, Laura, Naomí y yo, tomando el té por Navidad en el salón de los mayores. Debió de ser aproximadamente una semana antes de que acabara el curso. Me parece recordar una conversación acerca de la metáfora. Debió de ser con Randolph.

Durante aquel curso yo impartía clases sobre *Beowulf* a un grupo de segundo grado. Los martes y jueves daba clases particulares en mi despacho del colegio, una vieja y bonita habitación con vistas al jardín. Afortunadamente, Pembroke es un colegio apartado de la corriente turística, carente de la grandeza arquitectónica de King's Trinity o John's. Los norteamericanos y japoneses lo evitan. Pero algunos turistas vienen a visitar su capilla, el primer trabajo encomendado a Wren, y un número muy reducido busca allí una especie de sosiego, como si acudieran a un

claustro en un momento de agobio.

Todavía tengo aquel despacho, todavía veo los alumnos en él, todavía hay momentos en que me levanto del sillón y contemplo por la ventana esas apacibles imágenes, pero no tengo paz. Estoy exclaustrado. Mi momento de agobio ha venido y se ha ido.

Laura pasaba los días con Naomí. Al poco de nacer nuestra hija dejó su trabajo en el Fitzwilliam Museum. No era un trabajo intenso, pues consistía principalmente en clasificar y preparar los catálogos para los lectores. Era graduada en historia del arte y le habían ofrecido una plaza para trabajar como posgraduada en Newham, pero en vez de eso optó por el matrimonio y la maternidad. Su plan consistía en solicitar de nuevo trabajo como licenciada en filosofía tan pronto como Naomí empezara a ir al colegio. Ya tenía preparado un tema: la sexualidad en la pintura de Balthus. Hacíamos muchos planes, éramos los arquitectos de nuestras propias vidas.

Ésta es una foto mía, una de las únicas de aquella época. La quemaré con el resto. Para lo que vale... Apenas me reconozco, el largo cabello negro hasta los hombros, escasa barba, una expresión ligeramente arrogante, la suficiencia de un joven profesor consciente de que no puede dar un paso en falso. Yo llevaba una vida encantadora: una bella esposa, una hija perfecta, un puesto seguro de profesor en una de las grandes universidades. Si me fotografiaran hoy no aparecería ninguna de aquellas cosas. Ya no tengo tales presunciones en la vida, mis expectativas son totalmente distintas. Y desde hace años no dejo que nadie me fotografíe.

Se está haciendo tarde. Quemaré las fotos mañana. Sé que debería irme a la cama, pero no puedo obligarme a eso, realmente no puedo. Esta casa es demasiado grande para una persona, hay demasiados ruidos para mi paz mental. Debería haberme mudado a las habitaciones del colegio hace años. Hace veinte años. Todos somos unos necios, nos traicionamos a nosotros mismos por razones nimias. Yo pensaba que los recuerdos eran importantes.

Muy bien, he de admitirlo, tengo miedo de subir allí, tengo miedo de lo que puedo oír. O ver. Ella puede estar allí. Después de todo, no he ido a la iglesia, no he encendido mi cirio. Por supuesto, puedo rezar aquí, puedo encender un cirio ante la pequeña estatua de Nuestra Señora que conservo en el salón. Pero eso no servirá de nada, no disipará mis temores. Ni la oscuridad. Ni los ruidos de esta casa.

En contra de lo que sería prudente, antes he ido arriba, sólo para comprobar que todo estaba en orden. La casa estaba milagrosamente sumida en el silencio y yo lo engullía con avidez, como el hombre que respira aire libre al salir del confinamiento. Pero no había nada tranquilizador en el silencio, nada cómodo. Todo empezaba siempre en el silencio.

Cometí el error de mirar hacia abajo. No debí hacerlo. Miré al suelo. Había algo

sobre la alfombra, justo al otro lado de la puerta del viejo cuarto de los niños, en la puerta de Naomí. Era un trozo de cinta azul. Naturalmente, no lo toqué. Todavía podía estar caliente.

2

Aquel año, la Navidad llegó lenta y dubitativamente, como si estuviera al borde de un fatal desastre, un nacimiento sin estrella ni pesebre. Lo recuerdo con absoluta claridad, cada día de la temporada está grabado en mi memoria, del mismo modo que las horas y los minutos están impresos en el recuerdo del enfermo y del convaleciente. Se presentó con las alas abiertas, con unos apacibles estallidos de música, con la caída de los copos de la nieve más pura. Era un descenso, un vuelco de la Naturaleza, el mundo con el orden invertido: el cielo convertido en tierra, el espíritu transformado en carne, Dios esforzándose por ser hombre. Ya entonces me lo imaginaba en tales términos, lo contemplaba acercándose hacia nosotros igual que un blanco navío transportando un indescriptible cargamento. «He visto tres barcos que venían navegando...». Era su villancico favorito.

Anoche volví a soñar con ella. Estaba cantando la misma canción. Esta mañana desperté en el sillón, entumecido, delante de un fuego helado. Eran más de las diez. En el suelo, al lado del sillón, había una taza de café intacta. Qué enervante es un sueño así. Esta tarde tengo una clase, pero creo que podré suspenderla. Hoy no puedo concentrarme bien. Tal vez me esté constipando. Las fotografías siguen en la cocina, donde las dejé.

Escribir estos pensamientos me ayuda un poco. En aquella época debí haber llevado un Diario; ello podría dar alguna paz a mis recuerdos. De esa manera podría decirme a mí mismo: «Mira, todo está escrito sobre el papel, no hay necesidad de que lo recuerdes, déjalo correr». Sí, podría haberme dicho eso. Pero no creo que mis recuerdos hubieran prestado mucha atención. Es parecido a un viejo truco que aprendí en el colegio. Tú le dices a alguien: «Hagas lo que hagas, olvídate del mono», y, naturalmente, es la única cosa de la que no se podrá olvidar. Si le preguntas: «¿Te has olvidado del mono?», puedes estar seguro de que no lo habrá olvidado, de que lo habrá fijado en la memoria. El acto de olvidar se ha convertido en el disparador de la memoria. Así son algunas cosas para mí, se han fijado en mi memoria para siempre. Tratar de olvidarlas es sencillamente peor.

Advierto que no he escrito casi nada sobre Laura, como si en cierto modo ella fuera irrelevante. ¿Cómo iba a ser eso posible? Yo la amaba. Nos conocimos hacia el comienzo de su segundo curso. Ella estaba en Newham y yo me encontraba dando los primeros pasos después de terminar mis estudios. Alguien había iniciado un grupo de música antigua, que recibía el nombre de Música Antigua Cantabrigiense. Era una emulación del Dutch Syntagma Musicum Ensemble y, al igual que éste, se inspiraba en el famoso libro de Praetorius, interpretando música de los años entre 1050 y 1650

aproximadamente. Yo tocaba el cuerno, la chirimía y la flauta baja, y Laura cantaba con una clara voz de contrabajo: «*Basiez moy, ma douce amye. Par amour je vous en prie Non feray...*». Y así nos conocimos.

Entre canciones de amor de Provenza e himnos a la Virgen, en las frías aulas del colegio y en las iglesias polvorientas, durante los blancos períodos del solsticio de un largo invierno, nos mirábamos, arrobados. Antes de la primavera ya éramos amantes. Recuerdo una cálida habitación y nuestras ropas amontonadas en el suelo, el primer contacto de nuestros cuerpos, el primer gemido que arranqué a su agradable voz al penetrarla. Resulta tan extraño contemplarlo ahora, que yo fuera entonces tan apasionado.

Nos casamos poco después de que se licenciara. Música Antigua Cantabrigiense, como otras agrupaciones de su generación, había dejado de existir, pero sus miembros se unieron en honor a aquel día. Tocaron y cantaron para nosotros en la iglesia parroquial de Wiltshire, donde Laura había sido bautizada.

*Baci soavi e cari
Cibi della mia vita
C'hor m'involtate hor mi rendete il core.
Per voi convien ch'impari
Come un'alma rapita
Non senta il duol di morte pur si more...*^[1]

Ella llevaba un vestido blanco y un larguísimo velo salpicado de áureas florecillas. Su peinado era del estilo de la *charmante et belle* Enide en los *romans* de Chrétien de Troyes: una hebra dorada entretejida en un largo cabello de oro, un prendedor de flores polícromas negligentemente colocado sobre su cabeza. En el cajón de mi dormitorio guardo con llave una fotografía, una sola fotografía de boda. A veces la cojo y la miro. Cada vez parece un poco más desvaída. Luengos cabellos como el oro, flores secas como una corona mortuoria.

Celebramos nuestra luna de miel en Venecia, donde las mujeres tienen el cabello blondo y hay senderos que conducen al pasado. Era verano y las calles estaban repletas y los canales, llenos de turistas en góndolas. No reparamos en ninguna de aquellas cosas. En lugar de ello, Laura me enseñó el atrevido arte de la ciudad: las riquezas de la Accademia, las iglesias y los palacios, los mosaicos de San Marcos, el Ca' d'Oro, las largas y cambiantes vistas de la laguna gris.

Yo, por mi parte, le leía, durante el desayuno y bien entrada la noche, largos pasajes en prosa y verso sobre cómo la ciudad había sido reformada y reinterpretada. Durante el día recorríamos kilómetros a pie, a la búsqueda de las cosas que habíamos leído la noche anterior. Y cada noche regresábamos a nuestro hotel, cerrábamos las grandes contraventanas de nuestra habitación y yacíamos desnudos en las sombras

cobrizas; nuestros cuerpos exhalaban el calor del largo día. Primero se tocaban nuestras manos, luego los labios, luego los cuerpos y, en la abigarrada pared, las sombras se acoplaban en la luz difusa. Naomí fue concebida así, con el sonido del agua lamiendo la piedra.

Sí, Naomí fue concebida allí. Naomí y también algo más.

La cinta había desaparecido esta mañana. Pero por la noche volverá a estar allí. Y tal vez habrá algo más, algo igualmente reconocible. Puede que ella esté allí en este momento, jugando, cantando, hablando a sus muñecas. Me parece que quiere las fotografías, para evitar que las quemé. Para ella son importantes.

No me he movido en toda la mañana. Todavía continúo sentado en el sillón donde he dormido. ¿Será ella capaz de esto, de socavar mi voluntad, obligándome a seguir aquí hasta que le prometa no quemar las fotografías? Muy probablemente. En realidad no sé de lo que es capaz mi querida pequeña.

Nochebuena cayó en jueves. Hacía una semana que había terminado el curso escolar y pasábamos los días asistiendo a reuniones, yendo de compras y visitando a Santa Claus en Joshua Taylor's. Yo me puse al día en un escrito, un obligado repaso sobre la traducción de Pauline Matarasso del *Queste de Saint Graal*, para la revista *Medium Aevum*. Laura recortó varios ángeles de papel de plata y, con la ayuda de Naomí, los prendió con alfileres por todo el salón.

Hasta aquel año habíamos pasado las Navidades con mi familia o con la de Laura. Así que, pensando en Naomí, decidimos quedarnos en casa, para permitirle disfrutar de la fiesta en el entorno familiar. Los padres de Laura habían planeado viajar a Cambridge en su viejo Humber verde el día siguiente de Navidad. En el frigorífico había jalea de vino, de un fuerte color rojo rubí, y botellas de dulce licor de endrinas, purpúreo y exquisito, como un fuerte moretón.

Naomí se levantó temprano, muy excitada. Recuerdo perfectamente cómo entró en nuestro dormitorio, con el rostro encendido y los ojos bien abiertos.

—¡Ha venido Santa Claus! ¡Ha venido Santa Claus!

—¿Cómo es posible? —exclamé yo—. Hoy es Nochebuena. No viene hasta esta noche.

—Pues ha venido. Ha dejado huellas alrededor del fuego.

—¿De veras? ¿Y cómo sabes que son sus huellas?

—Claro que son tuyas, tonto. ¿Quién más iba a entrar por la chimenea?

—Creo que será mejor que vaya a echar un vistazo. —Me volví hacia Laura—. ¿Vienes, querida?

—Las chimeneas son asunto tuyo. Es demasiado temprano. Dormiré un poco

más.

Me levanté y acompañé a Naomi a su habitación. Allí, tal como suponía, estaban las reveladoras huellas alrededor del fuego, impresas con nieve artificial.

—Estas huellas son pequeñas, cariño —dije—. Probablemente pertenecen a alguno de sus ayudantes, algún elfo. Tal vez ha venido como espía durante la noche.

—¿Qué es un elfo?

—Un elfo, cariño... ¿Recuerdas que te leí un cuento del Oso Ruperto? Fue la semana pasada.

Ella asintió.

—Bien, en él había elfos. Hombrecillos con orejas puntiagudas.

—¡Ah!, te refieres a los gnomos.

Meneé la cabeza.

—No, me refiero a los elfos. Hay una gran diferencia.

—¿Qué clase de diferencia?

Así pasamos la primera parte de la mañana, charlando sobre gnomos, elfos y duendes, sobre los aspectos que los diferenciaban.

And Ich wulle varen to Aualun, to uairest alre maidene...

E iré a Avalon, a la más hermosa de todas las doncellas,

A Argante, su reina, un hada bellísima,

Y ella cuidará de todas mis heridas...

Pero jamás doncella alguna sanará mis heridas, ni aquí ni en Avalon.

Un tenue rayo de sol penetra por mi ventana. Ahora me siento menos cansado, aunque de todas maneras he telefoneado a la facultad y he pedido a Miss Norman que ponga en mi puerta un aviso de que hoy no iré. Ella no lo sabe, por supuesto, es demasiado joven. Supongo que en 1970 era todavía una niña, tal vez de la misma edad que Naomi. Para ella la Navidad significa luces horribles en la Main Street y canciones de Slade y Cliff Richard, y estúpidos concursos en la televisión.

El día de Navidad es sólo cosa de semanas. Veo a la gente volver a casa con pesadas bolsas de compras o arrastrando pequeños abetos. Parece haber niños por doquier. Alguien me envió una postal el otro día, alguien bastante insensible. Mis amigos saben que no deben incluirme en sus felicitaciones navideñas. La postal mostraba un alegre Santa Claus rodeado de petirrojos y dentro se leía: «Le deseo toda la alegría de estas fiestas». ¿Alegría? No tengo alegría en Navidad ni en ninguna otra época del año.

He decidido ir esta tarde a la iglesia. Los cirios no la apartarán a ella, pero me

proporcionarán una especie de apoyo. Hace diez años que me he convertido al catolicismo. El sacerdote que me instruyó era un hombre joven. No me conocía, ni sabía nada de mi familia ni de mi pasado. Le conté lo poco que necesitaba saber de mí y dejé el resto donde debía estar, depositado en lo más profundo de mi corazón. Fui acogido en el seno de la Iglesia con el mínimo bullicio y ceremonial que era como yo deseaba.

Asisto a misa regularmente, a Nuestra Señora y a los Mártires Ingleses de Hills Road. Sin embargo, lamento la desaparición de las viejas formas, el predominio de lo vernáculo. Soy un católico más tradicional que muchos educados en la fe. Siempre ocurre con los conversos. Pero mi comprensión del latín medieval es bastante buena: puedo leer a Santo Tomás de Aquino en el original. Debería haber gozado del misticismo de la antigua misa, de sus resonancias, de sus matices. Si alguna vez se celebra algún exorcismo, insistiré en que lo hagan en latín.

Naomí solía rezar todas las noches antes de acostarse. Laura o yo la metíamos en la cama. Sobre su mesita de noche había una lamparilla en forma de tren que giraba continua y silenciosamente. Su oración era sencilla pero curiosa:

—Ahora que me acuesto y me pongo a mirar, ruego al Señor que mis ojos vean. Si yo viera antes de mirar, ruego al Señor que mis ojos vean.

Le preguntamos qué significaba aquello, por qué usaba palabras tan extrañas.

—Veo unos ojos que me observan —contestó—, cuando estoy acostada por la noche. Él dice que tiene unos ojos pequeños, que sus pequeños ojos me están observando. No me gusta que me mire.

—¿Quién es, cariño? —pregunté—. ¿Quién te observa?

—Nadie —respondió. Y no hubo manera de sacarle nada más.

Después del desayuno, Naomí y yo dimos a Laura un beso de despedida y fuimos a la estación en taxi. Yo llevaba un recio abrigo de lana y ella su abriguito amarillo y su bufanda roja. Es como la veo en todos mis recuerdos, como si fueran prendas que hubiera llevado siempre. Teníamos previsto ir a pasar el día a Londres y volver una vez hubieran empezado a cerrar las tiendas. Laura quería tenernos lejos de casa para poder centrarse en preparar las cosas de la cena de aquella noche y la comida del día siguiente. En Nochebuena venían a cenar a casa unos amigos: un colega de mi departamento y su esposa, el antiguo tutor de Newham de Laura y el administrador de mi colegio. Naomí tenía que estar acostada cuando llegaran y nuestro método consistía en cansarla previamente para que luego cayera rendida en la cama.

¡Qué excitada estaba aquella mañana! Nunca la había visto tan contenta y embelesada. Era la primera vez que visitaba Londres y los ojos se le saltaban de las órbitas con cada cosa nueva que veía. Tomamos el tren lento de Liverpool Street de las 10. 02. A menudo he pensado cuán diferentes podrían haber sido nuestras vidas si

hubiéramos cogido un tren de King's Cross, si hubiéramos llegado antes o después a Londres.

Pasamos con el feliz traqueteo del tren por las dormidas estaciones: Shelford y Whittlesford, Audley End y Elsenham, Stansted y Broxbourne. En cada parada subían más pasajeros con destino a Londres. La sensación de aventura de Naomi era contagiosa. La gente le sonreía y una mujer con un terrier escocés se sentó junto a nosotros para que pudiera acariciarlo.

El tiempo nos era favorable. Un cielo azul claro bañaba de luz los campos blanqueados de nieve. La luz prendía en todo lo que tocaba: en los tejados de tejas escarlata cubiertos de escarcha estrellada, en los bordes de los pequeños estanques helados, en los aleros de la estación de Great Chesterford, erizados de carámbanos. En medio de un campo arado se alzaba un monigote de nieve, como un extemporáneo espantapájaros. Naomi se puso a aplaudirle y a reírse de su sombrero torcido. Le puso un nombre. Me acordé de él en medio de una noche de insomnio tres días más tarde: *Magoo*. Cuando volví a pasar por aquel lugar, ya se había derretido.

A las once y media llegamos a Liverpool Street, con unos minutos de adelanto. Había muchos taxis esperando para recoger compradores rezagados y llevarlos a sus destinos. Naomi nunca había subido a un taxi propiamente dicho. Se sentó en el borde del asiento, mirándolo todo con los ojos muy abiertos mientras avanzábamos por el denso tráfico hacia Regent Street.

A Naomi no le habría importado no entrar en ninguna tienda aquel día. Empleamos por lo menos media hora en pasear alrededor de Liberty's, contemplando las exhibiciones de los escaparates, escenas de países de hadas que, a ojos de los niños, eran mágicos. Mi memoria está ahora turbia, oscurecida por todo lo demás, pero me parece recordar unas alas carmesí y unos danzarines cayéndose, columnas, cúpulas y minaretes, una caja que se abría y cerraba mostrando oro y joyas, un tren de vapor que circundaba una montaña, un dragón escupiendo fuego. Si yo volviera a vivir, sería por aquella media hora.

Dentro de los almacenes, caminamos cogidos de la mano de una sección a otra, todas abarrotadas. No éramos ricos y allí había muchas cosas que nunca podríamos permitirnos comprar, pero Naomi no era consciente de ello. Jamás había sido una niña avariciosa, ni había deseado cosas que no podía tener. El mero hecho de que la vida contuviera tal abundancia era suficiente para ella. Disfrutaba mirando. Me pregunto ahora si él estaría observándola ya entonces.

Almorzamos en Dickins & Jones, en la última planta. Ahora aquella hermosa planta está cerrada y convertida en estrechas y vulgares cafeterías. Pero cuando llevé allí a Naomi aún conservaba cierta magnificencia. Ella tomó un abundante almuerzo, que completó con helado de postre.

—A Victoria le gustaría esto —dijo—. Nunca ha comido helado.

—¿Victoria? —pregunté—. ¿Quién es Victoria?

—¡Oh!, ya sabes —contestó, sin apenas prestar atención—. Una de las niñas que viven con nosotros. Ella y Caroline son amigas mías.

—¿Y quién es Caroline?

—Su hermana mayor, tonto. Creí que lo sabías.

Negué con la cabeza y sonreí. Oh, Señor, qué encantadores creemos que son nuestros hijos. Qué llenos de sueños y fantasías. Meneé la cabeza, la miré y sonreí.

Ella tenía muchas ganas de un buen juguete. En cierta ocasión Laura había mencionado el nombre de Hamleys, así que hacia allí nos dirigimos. Fue un corto paseo. Aunque ya era tarde, los almacenes estaban abarrotados de padres e hilos, tías y tíos. Empezamos por la segunda planta, con las muñecas. Cada mostrador contenía algún nuevo motivo de asombro, alguna nueva maravilla. Pero cuando logramos llegar a la planta de arriba, hasta Naomi empezaba a flaquear. También yo debía de estar cansándome. Pensé que dentro de poco sería hora de salir de allí y buscar un taxi que nos llevara otra vez a Liverpool Street. Las luces, los ruidos y los empujones de la gente me estaban volviendo irritable y descortés.

No le volví la espalda más de medio minuto. Por lo que recuerdo, debió de ocurrir en pocos segundos. Nos encontrábamos ante una mesa enorme viendo circular los trenes eléctricos por entre colinas y valles de plástico. Si me hubiera vuelto dos o tres segundos antes, hubiese podido percatarme de que Naomi se alejaba. Pero cuando me volví, ya había desaparecido.

Todavía puedo recordar aquella punzada de pánico, pequeña aún pero inequívoca y acompañada de pavor. Aunque miré a derecha e izquierda, no vi ningún abrigo amarillo por ninguna parte. La llamé a gritos, pero mis palabras fueron ahogadas por mil voces distintas. Forcejeé entre la multitud que se apretujaba contra mí, convencido de que la niña no estaría muy lejos y no podía llegar a mi lado porque se lo impedía el bosque de cuerpos adultos que la rodeaban. Me fui abriendo camino trabajosamente en torno de la gran mesa con sus divertidos y ruidosos trenes y la rodeé hasta encontrarme otra vez en el punto de partida. Pero no importa dónde mirase ni a dónde fuera, Naomi no estaba en ninguna parte.

3

En la primera planta había una oficina a la que llevaban a los niños perdidos para que se reunieran con sus padres. En cuanto abandoné la esperanza de encontrar a Naomí entre tanta gente, acudí a un empleado. Era una oficina pequeña, con varias sillas confortables y muchos juguetes. La encargada se mostró muy tranquilizadora. Esa clase de cosas sucedían en los almacenes varias veces al día. No había motivos de preocupación.

En la oficina había dos niños esperando pacientemente a que llegara su mamá o su papá para recogerlos y llevárselos a casa. Era Nochebuena. A los niños no les sucedía nada malo en Nochebuena.

—Suelen tardar un rato en aparecer —explicó la mujer—. Ella tratará de encontrarle, luego desistirá y empezará a llorar. Antes de que pueda usted decir «Santa Claus», alguien llamará a la puerta tirando de una niña asustada.

Una niña con abrigo amarillo, bufanda roja y zapatos de charol también rojos. Eso era lo que yo esperaba ver cada vez que llamaban a la puerta. Y cada vez volvía la cabeza hacia la pared que había delante de mí, un poco más inquieto que antes. De la pared colgaba un reloj con grandes números y manecillas, la clase de reloj que resulta legible para un niño. Las manecillas avanzaban tan parsimoniosamente, que sentí ganas de levantarme y empujarlas.

Transcurrió media hora y Naomí seguía sin aparecer. Noté que la mujer encargada de la oficina empezaba a inquietarse. Los dos niños ya se habían ido, les habían secado las lágrimas y habían aplacado sus temores. Los míos empezaban a manifestarse.

—Hoy hay tanta confusión... —dijo la mujer con voz amable. Me pareció que era una mujer afable, necesitaba que lo fuese. El hecho de imaginarse a Naomí extraviada sólo me resultaba soportable si creía en la amabilidad de los extraños—. Puede que alguien se la haya llevado fuera en busca de un policía. No todo el mundo conoce nuestro departamento de niños perdidos. Pero avisaré al personal de la casa para que la busquen. No tardará en aparecer.

Pasó un comunicado a través del sistema de megafonía, anunciando que si alguien veía a una niña con el cabello rubio, un abrigo amarillo y una bufanda escarlata, tuviera la bondad de llevarla a la oficina. No se presentó nadie. Volvieron a repetir el comunicado. Nada. Eran las tres. Los almacenes cerraban dentro de una hora. Ya se estaban desalojando las plantas, la magia se disipaba. Cada vez que alguien abría la puerta, sobria y sin adornos navideños, llegaba hasta mí el tintineo de los festivos cascabeles, el *Jingle Bells*. Parecía no tener fin, igual que un mal sueño.

Llamaron al gerente. Fui con él recorriendo todas las plantas. No había rastro de Naomí. Una empleada salió a echar un vistazo a la calle y regresó meneando la

cabeza. Nadie estaba ahora alegre, nadie pretendía sugerir que se trataba de un hecho corriente en un día de trabajo. Alguien detuvo la cinta de *Jingle Bells*. Los almacenes enmudecieron. El gerente telefoneó a la comisaría del distrito de West End Central, la más próxima al lugar, sita en Savile Row. No, nadie había llevado allí a ningún niño extraviado. No, ningún agente ni coche-patrulla habían informado de una niña perdida allí o en los alrededores de Regent Street. Sí, ellos difundirían la descripción de la niña.

Fuera, la calle comenzaba a despoblarse. Se habían encendido las luces y en el cielo, cada vez más oscuro, se destacaban los ángeles rojos, azules y amarillos. Me acordé de que había prometido a Naomi quedarnos hasta que los viéramos aparecer. Era casi imposible encontrar un taxi libre, pero el gerente pidió uno por teléfono, explicando que se trataba de una emergencia. Recorrí la calle de arriba abajo con el taxi, primero hacia el este y luego hacia el oeste. Lo hicimos lentamente, ignorando los cláxones e increpaciones de los otros conductores. El taxista se contagió de mi ansiedad y contactó con otros compañeros a través de su radio. Ninguno había visto a una niña vestida de amarillo.

Cuando regresé a Hamleys ya estaban cerrando. Habían recogido los toldos de los escaparates y el cierre metálico de la entrada estaba a medio bajar. Las plantas superiores tenían las luces apagadas. Aquello parecía poner fin a las cosas. La gran calle estaba casi desierta. Me sentí inmerso en una soledad y en un desamparo tan grandes, que por un momento fui yo el niño perdido llorando en una fría calle de Londres.

El gerente me acompañó a la comisaría de Savile Row. Su nombre, creo, era Mr. Moneypenny, muy apropiado para el gerente de unos almacenes. No recuerdo haberle dicho ni una palabra en todo el trayecto desde Hamleys. Quizá lo hice, pero mi mente estaba en blanco y lo que dijera no podía tener ningún sentido. Era un hombre de más o menos cuarenta y cinco años, bien vestido, con el cabello ligeramente rizado y un clavel en el ojal. Creo que estaba auténticamente preocupado por lo sucedido, pero no sólo porque una niña hubiera sido separada de su padre dentro de sus almacenes, sino por el hecho en sí mismo.

Le enseñé una fotografía de Naomi que llevaba encima, tomada el verano anterior. Qué cambio se experimentaba en pocos meses a esa edad. Ya no tengo aquella foto; se la quedó la policía y no me la devolvió. Tal vez pensaron que no la necesitaría. Es posible que nadie se ocupara de devolvérmela.

Pero al menos fueron considerados. Había transcurrido ya el tiempo suficiente para que aceptaran que algo terrible podía haber sucedido. Me dejaron telefonar a Laura. En toda mi vida he tenido... De entre todas las cosas, sobre lo que más difícil me resulta escribir es sobre esto, sobre aquella llamada, aquella explicación, aquella sensación de culpa. Jamás me ha abandonado ese sentimiento de culpa, ese

convencimiento de que yo era responsable de la desaparición de nuestra hija y de lo que ocurrió después. Laura dijo que cogería el coche, iría a Londres inmediatamente. Le pedí que condujera con cuidado.

Resulta fácil comprender lo que debe haber ocurrido: Naomí se encontró separada de mí en medio de las apreturas. Su secuestrador apareció en ese momento, prometió ayudarla a encontrarme y se la llevó en otra dirección. Si estuvo vigilando previamente, sabría quién era yo. Para cuando Naomí intuyó que algo iba mal, ya estaba fuera del alcance de mi vista y de mi oído. Aunque empezara a gritar y a patear, ¿quién iba a fijarse en una niña gritando y llorando en unos grandes almacenes de juguetes el día de Nochebuena?

No, no quiero decir que no se «fijara» nadie. Más tarde hubo testigos que declararon haber visto a una niña con un abrigo amarillo llorando cuando la sacaban de los almacenes. Docenas de personas deben de haberla visto. Pero no le dieron importancia, ésa es la cuestión. ¿Por qué habrían de dársela? Seguro que era el sexto y séptimo niño díscolo que veían aquel día. Algunos incluso llevarían de la mano a sus propios hijos malhumorados. Demasiada excitación, demasiados estímulos publicitarios, demasiada gente; resultaba muy natural que un niño llorase y que el padre o la madre tuvieran que sacarle a rastras a la calle a pesar de las lágrimas.

Laura se presentó poco después de una hora. No se había cambiado de ropa ni había hecho una maleta; se limitó a subir al coche y pisar a fondo el acelerador por toda la A-10. Cuando llegó a Savile Row ya se había iniciado una búsqueda a gran escala. Naturalmente, era demasiado tarde, pero, ¿cómo podíamos saberlo entonces? No quiero decir que Naomí estuviera muerta, que fuera demasiado tarde en ese sentido. Todo lo contrario. Dios mío, todo lo contrario.

Arriba hay ruidos. Puedo oírlos claramente; sé que no es una alucinación auditiva, sé que lo oigo allí realmente, aunque nadie podría oírlo. Es un golpeteo, el viejo y familiar sonido del chocar de una pelota de goma contra la pared. Esta noche habrá una pelota en el corredor, una pelota roja y blanca del tamaño de una naranja grande. La he visto antes. Si cojo la pelota, ella se reirá de mí. O empezará a gritar de rabia. Es imprevisible.

Esta casa se alza independiente en un extremo de la calle, en la nueva área de Cambridge, entre Lensfield Road y Brooklands Avenue. Newtown era originariamente una propiedad común, luego partida en 1907 entre varios propietarios, incluyendo la universidad y Trinity Hall. Su edificación comenzó hacia 1819, cuando Thomas Musgrave construyó treinta casitas y las denominó Downing Terrace, después del recién fundado colegio justamente al norte. Entre 1820 y 1835 fueron construidas más calles estrechas y terrazas de ladrillo por el Addenbrooke's Hospital y otros propietarios.

Pero, al oeste y al sur, una rica familia llamada Pemberton poseía un lugar con vistas a Brookside, en aquellos tiempos un espacio abierto. Allí se fueron erigiendo lentamente casas más grandes para familias de clase media, entre las que se encuentra la nuestra. Fue construida en 1840 por un médico y su familia, un hombre llamado Liddley, graduado en Downing. A su debido tiempo explicaré más cosas sobre Liddley, sobre el doctor John Liddley y su familia.

Baste con mencionar de momento que la casa permaneció bajo el cuidado de Liddley hasta 1865, en que pasó a ser propiedad de un tal profesor Le Strange, el ambrosiano profesor de griego de la universidad. Me parece que gran parte de su moderno jardín fue hecho por el bueno del profesor y su esposa. Ésta falleció muy joven de tuberculosis, y poco después el profesor abandonó la casa para volver a llevar una existencia de soltero en Caius. Hasta nuestros días, el cuidado de la casa ha estado encomendado a una serie de familiares docentes. Por decirlo de algún modo, a partir de ahora estará encomendado a la nuestra.

La casa consta de tres plantas y un desván. Por supuesto, ha sido reformada, pero la distribución básica sigue intacta. En la planta baja hay un amplio salón que da a un pequeño jardín delantero. Es un jardín exuberante, con altos árboles y espesos arbustos; en verano es imposible ver desde la calle la primera planta de la casa. El sendero conduce directamente a una elevada cancela de madera sobre la que está el número del inmueble. En otros tiempos hubo un nombre, pero hace mucho que se borró y no he querido renovarlo.

En la parte trasera de la planta baja hay una habitación a la que en cierta época llamé pomposamente biblioteca. No es más que mi despacho, pese a que sus paredes están llenas de estanterías de libros. Estoy sentado detrás de mi escritorio, contemplando el jardín posterior del profesor Le Strange a través de la ventana con cortinas de terciopelo. Ahora no hay mucho que ver en él, pero cuando compramos la casa constituía su mayor atracción. Ocupa un gran espacio de terreno y en otro tiempo fue cultivado con mucho cuidado. En una parte del jardín hay unas paredes donde hubo espalderas y plantas trepadoras. Un extenso césped desciende hacia un pequeño estanque, rodeado de sauces. Sobre el sendero se alza, como una torre, una araucaria. Pero el jardín está ahora tan descuidado y cubierto de maleza, que es una andrajosa reliquia de lo que fue. Si cierro los ojos puedo ver a Naomí jugando allí entre los árboles. A veces no necesito ni cerrar los ojos.

En la primera planta hay un saloncito, un cuarto para la televisión, un baño y lo que fue el estudio de Laura. Ahora es mi habitación. La segunda planta está dedicada enteramente a dormitorios: la alcoba principal donde solíamos dormir Laura y yo, dos habitaciones de huéspedes, un cuarto de baño y la habitación de los niños donde Naomí dormía y jugaba.

Ha cesado el golpeteo de la pelota. Todo ha vuelto a la quietud. Por supuesto,

puedo haberme equivocado. Puede no haber sido Naomi lo que he oído. Hay otros.

Mi recuerdo sobre lo ocurrido en las horas inmediatamente posteriores a la llegada de Laura es borroso. La policía me interrogó, pero yo podía contarles muy poco. Mr. Moneypenny se marchó, lleno de compasión, prometiendo estar en contacto conmigo. Yo sabía lo que haría. Estaba realmente compungido; la desaparición de Naomi le había estropeado la Navidad. Esto suena a descortesía por mi parte. Lo que quiero decir es que, en un sentido profundo, su alegría navideña se había esfumado. Se pasaba la vida supervisando la venta de juguetes y no podía ser insensible a la felicidad que proporcionaban sus maravillas. A buen seguro que la Navidad debía marcar su más alto éxito del año.

Una mujer policía nos condujo hasta una sala de espera; luego nos trajo café bien cargado y, posteriormente, pescado y patatas fritas. No teníamos apetito y dejamos que la comida se quedara fría y grasienta en sus envoltorios, unas hojas del *Evening Standar* del día anterior. ¿Que de qué hablamos? No lo recuerdo. A decir verdad, no creo que dijésemos nada en absoluto, como no fueran las tranquilizadoras palabras que intercambia la gente en situaciones como aquella: «La niña estará bien, la encontrarán muy pronto, ya verás. Los niños se extravían con frecuencia. ¿Recuerdas aquella vez que se nos extravió en Sainsbury's? Estábamos frenéticos, puede que no tuviera más de tres años. Entonces la recuperamos, ¿te acuerdas?».

¿Qué sentido tenía en realidad ponernos a hablar? ¿Qué podíamos decirnos que no supiéramos ya? ¿Que queríamos mucho a Naomi, que teníamos miedo, que temíamos que estuviera muerta o en grave peligro?

Aquella noche no dormimos, no lo que se dice dormir. Un médico de la policía nos ofreció sedantes, pero los rechazamos. No era sedación lo que necesitábamos, sino paz. Por lo menos, información. Poco después de la medianoche la mujer policía volvió y dijo que nos habían reservado una habitación en un hotel cercano. Laura no quería irse, deseaba permanecer allí. Si encontraban a Naomi, *cuando* encontraran a Naomi, dijo, quería estar allí, esperando. Incluso un minuto de demora habría sido una laceración para ella. Y también para mí.

Pasamos las oscuras horas de la mañana de Navidad acurrucados en unas sillas de madera y envueltos en unas mantas, escuchando los sonidos de los borrachos que eran interrogados y llevados a los calabozos, las agudas voces de protesta de los vagabundos, las indolentes quejas de una prostituta del Soho. En el mundo exterior, Santa Claus realizaba sus rondas, visitando las casas de las familias, bebiendo jerez dulce y comiendo pastel de Navidad. En nuestra casa de Cambridge, en el guardarropa de nuestro dormitorio, permanecían amontonados los regalos sin tocar. Conocía el contenido de cada paquete; mentalmente veía la reacción de Naomi cuando los abriera, tal y como había imaginado que haría al abrirlos. El olor de las

patatas fritas rancias y el vinagre me obligó a ir al lavabo a vomitar.

Creo que debí quedarme traspuesto un par de veces. Recuerdo haberme paseado en la noche muda, descalzo, con los miembros entumecidos, por aquella monótona y horrible habitación, entre sus paredes de color verde pálido, y a Laura mirándome fijamente sin ver, con un círculo encarnado alrededor de los ojos. Tuve sueños, sueños terribles que me dejaron sudando y deprimido. ¡Oh, señor!, si te apiadas de mí, hazlo por estos sueños.

El amanecer fue opaco, frío, insustancial. Un sargento nos llevó té y dijo que nos animáramos; que él había conocido casos como ése, que Naomi aparecería, cansada y hambrienta. Sabíamos que estaba mintiendo. Cuando se fue, no fuimos capaces de mirarnos a los ojos.

La comisaría estaba adornada por Navidad: un árbol con guirnaldas de luces y banderitas hechas con recortes de papel barato, y un cepillo recolector para una entidad benéfica popular. Alrededor de las nueve, alguien puso la radio para escuchar el servicio matutino de Navidad desde la catedral de Wells. El aire tranquilo estaba impregnado de villancicos. Un obispo predicó un sermón en torno al perdón. A las nueve y media se presentó un grupo de detectives. La mitad del personal estaba de permiso y habían formado una unidad especial de búsqueda. Nos dijeron que debíamos tener paciencia y aconsejaron que regresáramos a casa; se pondrían en contacto con nosotros. Los dos negamos con la cabeza. Nadie nos llevó la contraria.

Nos preguntaron si nos importaría que lo publicara la prensa y la televisión. La publicidad resultaba útil en estos casos, estimulaba la colaboración de los ciudadanos ¿Qué podríamos decir nosotros? Nos pidieron que uno de los dos fuera a Cambridge para coger algunas prendas de Naomi y llevarlas a Londres.

—¿Algunas prendas?

—Son para los perros. Los perros rastreadores. Necesitan algo para seguir el rastro. Si hubiese alguna prenda que no haya sido lavada...

Dije que iría yo. No quería ir, pero no tenía otra opción. Laura había dejado el coche detrás de la comisaría, en Old Burlington Street.

Tardé tres horas en ir y volver. Lo peor era estar en la carretera sin medio de comunicación con la policía. Creo que hoy son corrientes los teléfonos instalados en los coches, pero entonces eran una rareza. Durante todo el trayecto hasta Cambridge sentí ganas de pararme y telefonar para pedir noticias. Mantuve encendida la radio sin perder la esperanza de escuchar algún comunicado. Cerca de Cambridge había niebla, que iluminaban de vez en cuando las luces amarillas de algún coche ocasional. Me pregunté por qué la gente viajaba por las carreteras el día de Navidad. La alegría que puede haber dentro de un hogar se corresponde con la desolación más grande de los días fuera.

Al entrar en la casa se me puso la carne de gallina. Lo primero que hice fue correr

al teléfono. Cada timbrazo era un siglo. Transcurrió otro siglo hasta que establecí comunicación. No había noticias, ni buenas ni malas. Colgué el auricular y rompí a llorar, con las lágrimas más calientes que había derramado nunca. No sé cuánto tiempo estuve al pie de la escalera, encorvado sobre mi propio dolor. Parecía no tener fin.

El sonido del teléfono me sacó de mi aflicción. Lo cogí con ansia, pero mi voz se quebró al contestar. Era la madre de Laura, deseándonos feliz Navidad. Había llamado antes y, al no recibir respuesta, había pensado que estaríamos en la iglesia. Le dije que no, que no habíamos ido a la iglesia.

—Charles, ¿ocurre algo? Tu voz suena extraña.

—Sí —contesté—. Algo muy grave. Naomi ha desaparecido. La perdí en Londres. Laura está allí ahora. La policía cree que la encontrarán hoy mismo.

Traté de aparentar naturalidad, de controlar el tono de voz. Era la primera vez que hablaba con alguien de lo que había sucedido y al hacerlo asumí la verdadera realidad de las cosas. Una situación así es muy parecida a un sueño, muy distinta a la existencia normal. Sostenemos un diálogo interno, examinamos una y otra vez los detalles de cuanto ha ocurrido, pero una parte de nosotros nos dice: «Todo esto es una fantasía, no diferente de cualquier otra fantasía». Pero cuando otra persona reacciona al otro lado del teléfono, cuando se quiebra su voz, entonces te das cuenta de que no es una fantasía, de que está ocurriendo realmente.

La madre de Laura se quedó tan turbada, que no fue capaz de continuar hablando e hizo que se pusiera su marido. Él y yo nunca habíamos intimado, pero aquella mañana de Navidad se derrumbaron las barreras que había entre nosotros. Le di la dirección de la comisaría y colgué. La casa se llenó de un terrible silencio. El mismo espantoso silencio que habita en ella desde entonces, que espera ser roto por la voz de la niña.

Después de eso telefoneé a mis padres. Contestó mi hermana. Ella y su hija Jessica habían estado con nosotros hacía unas semanas. Jessica, de tres años, había jugado con Naomi en el jardín. Carol las llevó en el coche a ver los leones de Longleat y luego a un espectáculo de animales amaestrados en el Arts Theatre. Les compró unas ropas iguales. Hablé con ella tratando de mantener la calma y de ahogar la histeria que se iba apoderando de mi garganta.

—¿Charles? —dijo—. Hemos estado intentando telefonearos. Hemos oído la noticia por la televisión. Dicen... Dicen que Naomi ha desaparecido. ¿Es cierto? Por el amor de Dios, Charles, ¿qué ha pasado?

Se lo expliqué lo mejor que pude. Cuando concluí, se produjo un largo silencio al otro extremo de la línea. Podía oír la respiración de Carol, captar el esfuerzo que estaba haciendo para mantener la calma. Mi padre había sufrido un ataque cardíaco el año anterior y ella pensaba tanto en él como en mí, Laura y Naomi.

—Déjalo de mi cuenta, Charles. Ya tienes bastante con lo tuyo. Le diré a papá que la televisión exageraba, que todo está bajo control. No le diremos nada a Jessica. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo se lo ha tomado Laura?

—No muy bien. Estamos bajo una fuerte conmoción. Pero sobreviviremos. La encontrarán. Sé que la encontrarán.

—Desde luego. No lo he dudado un momento. Escucha, Charles, ¿te parece que vayamos a Cambridge, o a Londres?

—Preferiría que no lo hicierais todavía. Naomí no está muerta. Si viene toda la familia... Bueno, parecerá un funeral. Naomí podría haber vuelto cuando llegerais.

—Por supuesto. Pero podéis necesitar algo. ¿Qué tal si voy yo? Iría sola. Mamá puede cuidar de Jessica.

—Entonces, de acuerdo. Tú sola. Diles a papá y a mamá que he preguntado por ellos. Procura no alarmarlos. ¿Se encuentra bien papá?

—Está bien, aunque preocupado. Ha sufrido un pequeño sobresalto al escuchar la noticia por la televisión. Pero está bien. No te preocupes.

—Dile que le quiero. Dile que Naomí está bien. Que está pensando en ir a verle la semana próxima.

No había más que decir. Creo que Carol ya lo sabía entonces. Por intuición. Ha sido siempre un poco extraña. Clarividencia, tal vez. ¿No es así como lo llaman? A diferencia de mí, que siempre fui realista y prosaico. Pero ya he dejado de serlo, por supuesto.

No había nadie más a quien quisiera llamar. Colgué el auricular y empecé a subir la escalera hacia la habitación de Naomí. Allí había una bolsa azul de ropa sin lavar con las prendas que había llevado dos días antes, un recio jersey y una falda, una camiseta y unas bragas. Además de eso cogí otras cosas: su osito de peluche, su almohada y un par de zapatos. Vamos a dar a los perros algo de ella, pensé, vamos a darle lo máximo de ella. ¿O cogí aquellas cosas sólo pensando en mí mismo? Abajo encontré más fotografías.

En cada habitación en que entré cada cosa que toqué estaba impregnada de ella. Recordaba vivamente su relación con todos los objetos y rincones de la casa. Me sabía de memoria los momentos exactos en que Naomí había entrado por aquella puerta, se había sentado en aquella silla, había comido en aquella mesa. Sus palabras exactas, sus actos, sus expresiones faciales formaban parte de la estructura de la casa, más aún que los ladrillos, las ventanas y las paredes pintadas.

Cuando me encontraba en el vestíbulo listo para marchar llamaron a la puerta. El repentino ruido rompiendo el absoluto silencio me sobresaltó. Abrí la puerta. Bajo el dintel había un policía con la mano dispuesta a llamar otra vez. Era un guardia urbano y no llevaba el tradicional casco de agente sino una gorra de plato, con la franja cuadrículada en forma de tablero de ajedrez. Seguro que me quedé mirándole

boquiabierto. Durante un estúpido momento me pregunté qué hacía allí.

—¿Doctor Hillenbrand?

—Sí.

—Lamento molestarle, señor. Pertenezco a la comisaría de Parkside. Acabamos de recibir un mensaje de Londres. Se trata de su hija, señor. La han encontrado.

Mi corazón perdió un latido. Dos latidos.

—Gracias a Dios —susurré—. Gracias a Dios. —Mi corazón empezó a galopar.

El policía hizo una pausa. Parecía tenso y por la expresión de su rostro supe que algo iba mal, que aún no me lo había dicho todo, que tal vez no me había dicho nada. Ya en aquel momento, en aquel momento en que lo comprendí todo, creo que experimenté más pena por él que por mí mismo. «¡Qué noticia tan horrenda para dar el día de Navidad!». Esto es lo que pensé.

—¿La niña se encuentra bien? —lo animé a proseguir.

—Me temo que no, señor. Verá... Me temo que no son buenas noticias, señor. Es decir, no para dar gracias a Dios.

—¿Naomí...?

—Señor, su hija ha sido encontrada muerta. Una patrulla encontró su cuerpo hace una hora.

Ella está aquí ahora, aquí conmigo en el despacho. No necesito mirar alrededor para saberlo, puedo sentir su presencia, he adquirido una especial sensibilidad. Es la primera vez que viene a esta habitación; aquí me creía seguro de ella.

—Papá. —Es su voz, detrás de mí, en la puerta—. Papá.

No me volveré, no la miraré.

—Papá, ¿por qué no me miras? Quiero verte, papá.

Parece muy sencillo, ¿no? Lo único que tengo que hacer es volverme. Lo que quiera que ella sea, continúa siendo mi hija. ¿No es así? Sí. ¿Pero qué veré si me vuelvo, qué habrá de pie en la puerta?

—He vuelto, papá. Tenía frío.

Fuera, una niebla irregular se mueve entre los árboles. Un pájaro marrón se lanza en picado en un arco parabólico en busca de las semillas enterradas. Se pronostica nieve. El bosque se extiende más allá del fondo del jardín y se pierde en el horizonte visual.

En Indonesia conservan a los muertos en criptas de piedra y los sacan una vez al año para que vuelvan a estar con sus familiares. En el Tíbet los cortan en trozos pequeños con cuchillos de carnicero y machacan la carne y los huesos en un amasijo para que los buitres puedan engullir sus despojos; esto es conocido como entierro celestial. En Bombay, los parsis los llevan a un lugar elevado, a una torre silenciosa, donde quedan expuestos hasta ser devorados. Aquí hacemos las cosas de otra manera. Somos civilizados: metemos a nuestros muertos en una caja, clavamos la tapa y los enterramos en hoyos profundos.

Pero el problema es idéntico en todas partes: dónde ponerlos después de muertos, cómo evitar que se acaben confundiendo las categorías de la vida y de la muerte. Los muertos no se niegan a morir, aceptan el sitio donde se los quiera poner. Pero no descansarán hasta que los vivos descansen también. Y nosotros, después de la muerte de Naomi, no conocimos descanso.

¿Qué recuerdo acerca del funeral? La nieve cayendo a través de un cielo uniforme y blanco, la campana de una iglesia dando cuatro tañidos, ligeramente espaciados, uno por cada año que tenía la niña; la sorprendente ingravidez del féretro sostenido en mis brazos, el acebo sobre la tierra amazotada de la sepultura; Laura encorvada sobre su dolor, su madre apoyada en ella, el sonido de su voz brusca, extraña, lanzando el nombre de nuestra hija hacia los confines del cielo, con aire severo y semblante pálido.

Allí estaban todos. Mis padres, los padres de Laura, Carol ron una atónita Jessica en sus brazos, mis colegas, el personal del Fitzwilliam, amigos de todo el país. Acudieron la mayor parte de los miembros del grupo musical, pero no cantaron ni tocaron. Mi padre estaba macilento, apoyado en un bastón. Murió un año más tarde, desposeído de cualquier felicidad en sus últimos meses. No tardó mucho en seguirle mi madre.

Tengo cincuenta años y una vida por delante, alumnos a los que enseñar, libros por escribir. Pero morí hace veinte años, entre los tañidos de la campana de una iglesia. Las preguntas comenzaron antes de aquello, me las llevé a la tumba, las llevo ahora conmigo: «¿Era ella la clase de niña...? ¿Hizo alguna vez...? ¿Puede usted acordarse de alguien...?».

El policía no me dejó volver conduciendo a Londres. Supongo que no fue por simple amabilidad, sino por prudencia. Yo no estaba en condiciones de conducir; un borracho lo hubiera hecho mejor. Él no podía proporcionarme detalles, sólo el mensaje escueto que le habían encomendado, que Naomi estaba muerta.

Durante el camino me hizo algunas preguntas, más que nada para distraer mi atención. Qué edad tenía ella. Si teníamos más hijos. Le respondí maquinalmente con

mi mente en otra parte, imaginando lo inimaginable. Dijo que él tenía hijos. Estaban en casa esperándole para reanudar la Navidad interrumpida. No lo mencionó por crueldad, sino de buena fe. Aún no podía admitir que yo no fuera a estar pronto de vuelta en casa también, tomando la comida de Navidad con Laura y Naomi.

Me llevó a la Jefatura Superior de Policía de Londres, en Old Jewry, y me dijo que, aunque en el caso había intervenido inicialmente la Policía Metropolitana, el cuerpo de Naomi había sido encontrado en Spitalfields, perteneciente a la jurisdicción de la ciudad. Naturalmente aquello no me decía nada en aquel momento.

Laura ya estaba allí, con el semblante pálido y temblando, en un pequeño despacho del tercer piso. Nos dejaron solos durante un rato. Recuerdo haber repetido incesantemente que lo sentía, que yo era el culpable. También recuerdo que ella me acariciaba las manos y la cara, diciéndome que no me preocupase, que no tenía motivos para culparme. Pienso que en aquel instante, mientras decía aquellas cosas, Laura no se creía realmente que Naomi estuviera muerta.

No la dejaron estar mucho rato en aquel estado de bienaventuranza. Al cabo de unos veinte minutos llamaron a la puerta. Entró una mujer policía acompañada de un hombre de paisano. Era alto, no llevaba barba ni bigote, y tenía el cabello fino y de color arena. Se inclinó al cruzar la puerta. Yo intenté levantarme, pero con la mano me indicó que permaneciera sentado. Al entrar, cerró la puerta con lentitud, como si fuera muy pesada, y tosió profundamente, tapándose la boca con la mano. Cuando dejó de toser nos miró a los dos antes de hablar.

—Mi nombre es Ruthven —dijo—. Detective jefe Ruthven. Me han asignado el caso del asesinato de su hija.

Me di cuenta de que Laura desfallecía. Seguramente Ruthven también lo notó, pero siguió hablando.

—Sé que preferirían estar solos, pero hay algunas preguntas urgentes que hacer. Su hija ha sido encontrada cerca del mercado de Spitalfields, en los alrededores de la estación de Liverpool Street. Pensamos que el asesino la vio allí cuando llegaron ustedes. Puede que aún no haya salido de Londres, y probablemente no sabe que hemos encontrado el cuerpo. Estaba muy bien escondido. Quiero atraparlo antes de que escape.

—¿Qué le hace pensar que es un hombre? —pregunté.

Dudó un momento y luego prosiguió resueltamente:

—Acabo de ver el cuerpo de su hija. Yo diría que una mujer no es capaz de hacer... lo que he visto. —Un nuevo acceso de tos le hizo interrumpirse—. Lo siento —se disculpó—. Llevo tres días tratando de echar fuera este constipado.

—¿Podemos verla? —Laura se puso de pie—. Tal vez haya un error. Otra niña... Ruthven negó con la cabeza.

—Lo lamento, Mrs. Hillenbrand. No ha habido ningún error. Hemos traído su

ropa para facilitarles un reconocimiento formal. Se ajusta a la descripción dada por ustedes.

—Quisiera verla.

Ruthven volvió a negar con la cabeza. Era un hombre de más de cincuenta, no demasiado rudo para su profesión, como cansado de ella. Después supe que su hija de veintiún años había muerto de una sobredosis de droga un par de años antes.

—Creo que no debería verla. Por supuesto, está en su derecho, pero..., por favor, siga mi consejo. Prefiero que sea su marido quien realice la identificación.

La mujer policía pidió que nos acercáramos a una mesita que había en un extremo de la habitación. Me di cuenta entonces de que la mujer llevaba una pequeña caja de la que sacó varias bolsas de plástico transparente. Cada una estaba etiquetada y contenía una prenda de vestir. Las dispuso en una corta hilera sobre la mesa.

—Lo siento —se disculpó la mujer—. Ojalá no tuviéramos que hacer esto. ¿Pueden decirme si reconocen estas ropas?

Las miramos sucesivamente: el vestido azul, los zapatos, la ropa interior. Había sangre en todas ellas, mucha sangre. Laura experimentó náuseas, pero no vomitó nada. Sentí que mi rostro y mis manos se vaciaban de sangre. Intenté tocar las ropas, pero mis manos sólo encontraron el plástico frío.

—Llevaba un abrigo —dije—. Y una bufanda y unos liantes.

—Todavía no los hemos encontrado, señor. ¿Podrían asegurar que estas prendas pertenecieron a su hija Naomí?

Asentimos los dos con la cabeza.

—¿Significa eso que «sí», doctor Hillenbrand? Necesito una afirmación verbal. Para el magnetófono.

—Sí —dije—. Esas prendas pertenecen a Naomí..., pertenecían a Naomí. —Me volví hacia Ruthven—. ¿Puedo verla ahora?

—Sí —contestó—. Le acompañaré al depósito.

—¿Cómo ha muerto? ¿Lo sabe usted?

Meneó la cabeza.

—Todavía no, señor. De momento está siendo examinada por el forense. Tienen que practicarle la autopsia. Luego podré decirle algo concreto.

Por supuesto, él ya lo sabía entonces. No conocía los detalles, pero sí las cosas más evidentes, como el hecho de que le faltaban las manos. El resto se sabría con la autopsia. Laura no asistió, pues su médico le aconsejó que no estuviera presente. Pero yo lo vi y lo oí todo. Por eso no me vuelvo a mirar cuando ella viene. A veces me visita tal como era, como yo la recuerdo. Y a veces se presenta como la dejó el asesino; sin manos, manchada de sangre, desfigurada. La cosa que vi sobre la mesa del depósito de cadáveres, eso es lo que me visita.

No la violó, si es eso lo que estáis pensando. Eso podría haber convertido el

hecho en un crimen en cierto modo normal, y yo podría haberlo soportado. A su manera, lo fue naturalmente, pero no su asesino. Durante la investigación dejaron entrever que no había muerto rápidamente. Jamás se lo dije a Laura; eso habría acabado con ella. Siempre he llevado solo esta carga.

A veces me pregunto si esto tuvo algo que ver con lo que sucedió después, si aquellos acontecimientos podrían no haber tenido lugar en caso de que él hubiera dado a Naomi una muerte rápida. Pero entonces me acuerdo de las fotografías. Y de la casa que había construido el doctor Liddley para su esposa y sus hijitas. Para la pequeña Caroline y la pequeña Victoria.

La investigación judicial se llevó a cabo en Londres en la primera semana de enero. Yo tuve que asistir como la persona que había identificado a Naomi, pero Laura permaneció en casa. Me facilitaron la entrada y salida por una puerta trasera, a fin de no ser molestado por los periodistas. Sin embargo, de vuelta en casa, veíamos fotógrafos merodeando alrededor, tomando fotos del inmueble, a la espera de ver casualmente a Laura o a mí. El juez aplazó la investigación ante el jurado hasta febrero, a la espera de los resultados de la investigación policial.

Los padres de Laura se quedaron con nosotros durante los peores momentos, el funeral, los homenajes en el colegio y la investigación judicial. Entonces vino mi hermana Carol, que se hizo cargo de la casa y trajo una parcela de normalidad a nuestras vidas. Pero ella tenía un trabajo y una hija que atender. Estaba realizando sus prácticas de abogado en Northampton y su hija no podía estar indefinidamente con sus abuelos. Vinieron unos amigos nuestros, hicieron lo poco que pudieron y luego se marcharon.

Si hubiera habido otro niño, si Laura hubiera tenido alguien que dependiera de ella, alguien que hubiese sufrido las consecuencias de su abandono, se habría recuperado. Pero sólo estaba yo. El médico le recetó unos tranquilizantes que no surtieron efecto. Su problema era el sufrimiento, no el desequilibrio químico. Se fue deteriorando día a día. Yo empecé a temer por su salud, y luego por su vida.

En la universidad me dieron una excedencia indefinida. Al comienzo me limitaba a estar sentado en casa sufriendo con Laura. No nos tolerábamos el uno al otro; mi pena exacerbaba la suya y su mera presencia me traía al recuerdo una vez más mi irreparable pérdida. Y yo sabía muy bien que no podía decírselo a ella.

Nos fuimos a un lugar lejano, a Egipto, durante una temporada. Fue Carol quien lo sugirió y todos estuvieron de acuerdo: mis padres, los de Laura y nuestro médico. «Necesitáis un cambio —dijeron—, necesitáis alejaros de aquí». El médico creyó que el sol podría ayudarnos. Actualmente escriben libros sobre ello, diciendo que la falta de luz solar deprime a algunas personas, que la luz natural puede estimular la recuperación. Pero lo que no vieron era que Laura no estaba deprimida. Se estaba muriendo por dentro.

Durante un mes vivimos expuestos al sol, al calor húmedo del bajo Egipto y al calor seco del desierto del sur. Hicimos un crucero en barco desde El Cairo hasta Asuán, con paradas en todos los lugares de interés. Nuestros compañeros de viaje eran europeos, pero nos mantuvimos al margen de ellos. En las largas noches, Laura permanecía junto a la borda del barco contemplando la oscuridad bajo un cielo tachonado de estrellas. Pasábamos silenciosamente, como dos espectros, a través de un paisaje de tumbas.

Una mujer de Ullapool que viajaba por primera vez al extranjero reconoció nuestro nombre. Ella y su soso esposo se empeñaron en acercarse a nosotros a la hora del almuerzo, pues deseaban expresarnos su condolencia por nuestra pérdida. Así se expresó ella:

—Arthur y yo quisiéramos condolernos con ustedes de su pérdida. Era una niña tan bella. Nosotros no hemos sido bendecidos con hijos, así que en cierto modo nos damos cuenta de lo que estarán ustedes pasando. —Una grotesca lógica de lo inaguantable. Tenía el cabello rojo y liso, y una piel llena de pecas que no toleraría el sol. Su marido se dedicaba a los seguros. Me quedé mirándola, no con rabia sino con piedad. No quería compadecerme de ella, sino de su propio dolor, de su matrimonio estéril, de su fealdad.

—Mi hija estuvo perdida muy poco tiempo —dije entre dientes, forzando las palabras. La mujer llevaba un vestido de Marks and Spencer, un alegre vestido blanco con flores verdes. Su marido vestía un traje caqui de fibra sintética—. El asesino la mató lentamente y luego arrojó los despojos. Lo que encontró la policía no fue precisamente agradable.

La mujer de Ullapool y su marido ya no volvieron a hablarnos, pero nos observaban circunspectos a distancia, e instaban a los otros pasajeros a hacer lo mismo. Al terminar el día lo sabían todos los del barco pero a Laura y a mí no nos afectó en absoluto.

El río pasaba ante nosotros como un sueño largo e ininterrumpido. Nos detuvimos en Beni Hassan, Abidos y Luxor, donde paseamos —un poco apartados de los otros— por entre los pilares caídos y las cabezas de las estatuas gigantes venidas a tierra. Laura siguió el trazo, con una mano infecunda, de las formas pintadas de los dioses y las danzarinas sobre las paredes de las tumbas, profundamente hundidas. Estábamos muy lejos de nuestra vida anterior, de cualquier vida, tan apartados de las cosas, y, a pesar de ello, no transcurría un momento, no se elevaba un pájaro de entre los oscuros cañizales de la orilla del río y no parpadeaba una estrella en el cielo de la noche sin que pensáramos en Naomí. Yo, sobre lodo, pensaba incesantemente en aquel momento en que, durante un segundo de distracción, la perdí.

Al cabo de un mes regresamos a Cambridge, atezados y exhaustos, pero sin que nos hubiera afectado nuestro interludio en el extranjero. El remedio no había

funcionado, nuestra ausencia sólo había servido para que nuestros corazones se hicieran más tiernos y, por tanto, más frágiles. Cogimos un taxi para recorrer el corto trecho que había desde la estación. Era primera hora de la tarde. La nieve había desaparecido dejando el jardín revuelto y empapado de agua. La casa, sin su manto de nieve, parecía vieja y desierta. Sacamos pesadamente nuestro equipaje del maletero del coche y lo dejamos junto a los escalones de la entrada. Pagué al taxista y me dispuse a entrar en la casa.

En aquel momento algo me obligó a levantar la cabeza. Ni siquiera ahora puedo estar seguro de lo que vi, si es que en verdad vi algo. O a alguien. Pero estaba seguro de haber visto en la ventana de arriba un movimiento rápido, casi furtivo, como si alguien que me observaba desde arriba hubiera dejado caer una cortina a su posición inicial. Pero aquello era absurdo. La ventana donde creí haber visto aquel movimiento era la del desván. Y no tenía cortina. Nadie subía allí. El desván llevaba años cerrado con llave.

6

Oigo algo arriba, en el desván. A veces llegan hasta mí los sonidos. He llegado a reconocerlos. ¿Por qué continúo aquí? Por Laura, naturalmente. Y por... por otras razones.

Casi nada había cambiado durante nuestra ausencia. No había ocurrido nada importante que hiciera progresar a la policía en la investigación de la muerte de Naomí. Nadie se había confesado culpable, nadie había sido arrestado. No creo que a nosotros nos hubiera alegrado demasiado. Aparecieron cientos de presuntos testigos. Muchos dijeron que habían visto a Naomí y a mí mismo aquel día en Liberty's o en Hamleys, o a Naomí sola en los almacenes de juguetes, o a Naomí siendo sacada de los almacenes, llorando, por un desconocido. Como era de esperar, ninguno de aquellos relatos concordaba con los demás, pero eran las únicas pistas que manejaba la policía y tenía que seguirlas sin desmayo, haciendo retratos-robot de posibles sospechosos y deteniendo para interrogar a los perseguidores habituales de niños.

Todo esto me lo explicó Ruthven durante una larga conversación una tarde en la Jefatura Superior de Policía de la ciudad. Continuaba con aire cansado, pero por primera vez noté en él empuje respecto a la investigación. Durante el tiempo que le traté, aquel vigor se convirtió en obsesión. Tal vez la pérdida de su propia hija le había sensibilizado, tal vez el caso le afectaba el subconsciente. Hubiera sido mejor que no fuese así.

Como ya he dicho, la policía no estaba buscando precisamente a un perseguidor de niños. El interrogatorio de aquellos hombres no era más que un acto rutinario que, naturalmente, no arrojó ningún fruto. Naomí no había sido violada ni tampoco agredida sexualmente. Resulta irónico cómo ese mero hecho confería emoción al caso, le sacaba del contexto de lo normal. Los periódicos dieron a esto mucha importancia y se regodearon en los informes relativos a los sufrimientos de Naomí; las manos amputadas, las heridas producidas en los hombros con una gran arma blanca, los ojos. Técnicamente había muerto por asfixia, con el cuello fuertemente estrangulado y finalmente roto por un par de robustas manos. Las manos de un hombre, o al menos eso pensaba el juez.

Un par de diarios sensacionalistas realizaron atrevidas especulaciones sobre los móviles del asesino o asesinos. Se establecieron las inevitables comparaciones con las actividades de Myra Hindley y Ian Brady, y un periódico incluso sugirió que los responsables pertenecían a una secta satánica.

Curiosamente, esta sugerencia suena menos rara en nuestros días, en que hasta los periódicos más serios, asesorados por psicólogos y sociólogos, dicen que el abuso de

niños por parte de ciertas sectas satánicas no es un mero hecho histórico sino que resulta endémico en nuestra sociedad. Y puede que lleven razón. Tal vez el asesino fue realmente eso. Cuando lo supimos, apenas parecía importarnos ya. Nuestra búsqueda del móvil había dejado paso a la búsqueda de otra cosa.

En efecto, fue un periodista el que primero nos alertó sobre la existencia de otros hechos, de otros acontecimientos que tenían lugar bajo la superficie, por decirlo de alguna manera. Era un fotógrafo del *Daily Mirror*, un hombre llamado Lewis, Dafydd Lewis. Si mal no recuerdo, procedía de algún lugar oscuro y semirural del sur de Gales: Neath, Port Talbot o Ammanford. Uno de esos sitios sobre los que ni Dylan Thomas ni Vernon Watkins han escrito jamás.

Lewis tenía aspecto de exjugador de rugby. Poseía esa complexión y esa robustez que les hace tan aptos para el pastoreo de ovejas y las minas. Según me contó, en otros tiempos había sido un gran bebedor, pero no obstante era un hombre práctico y realista. No es que eso importara. Tenía sus pruebas y a mí no me importaba su aspecto ni sus especulaciones.

Era un hombre perspicaz, sociable y simpático, aunque no muy culto. Me llamó por teléfono y cuando le dije que no quería fotos y me disponía a colgar, explicó que se trataba de otro asunto, algo que no le dejaba dormir por las noches. Al ver que yo seguía poniendo reparos, prometió presentarse sin la cámara y dijo que traería unas fotos sobre las que deseaba mi opinión. Yo vacilé un poco, pero finalmente acepté. Si no hubiera aceptado, ¿habrían sido diferentes las cosas?

Algo está bajando por la escalera. Lo hace muy despacio y creo que se para a escuchar en cada peldaño. Si contengo la respiración y espero, casi puedo oír la suya. Te lo ruego, Señor, ayúdame a pasar esto, ayúdame a pasar esto al menos esta noche.

Lewis llegó en coche aquella misma tarde. Una amiga había telefoneado y se había llevado a Laura a la ciudad. La gente era muy amable con nosotros en aquellos días, hacían lo que podían para ayudarnos, aunque sé que a veces les resultaba difícil.

Era un hombre más bien desastrado y su desaseado aspecto destacaba todavía más a causa de un peludo anorak con capucha, de esos que incluso hubieran hecho parecer ridículo a Rudolf Nureyev. Ello era una pena, pues Lewis, por encima de todo, era un hombre serio, en absoluto necio. Yo, por mi parte, estaba predispuesto contra él: por su aspecto, por ser de Gales, por su profesión. Colgó su anorak en el vestíbulo.

—He dejado la cámara en el coche —dijo—. Pero no vengo de vacío.

Traía en la mano una carpeta del tamaño de un portafolio.

—¿Le apetece beber algo? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Mejor que no —dijo—. Podría usted pensar que soy un bebedor. Es mejor que no lo piense.

—¿Entramos entonces al despacho? —sugerí.

Asintió.

—Donde usted prefiera —repuso.

Cuando nos acomodamos, me serví una copa de licor de endrinas de una de las botellas de Navidad que continuaban allí intactas. En alguna parte de la casa todavía podían quedar adornos navideños. En la habitación de Naomí, por ejemplo, donde aún seguían sus regalos sin desenvolver. Laura no quería atender sugerencias de que se deshiciera de ellos. El armario estaba lleno de ropa de Naomí y las sábanas de su cama eran las mismas del día de su desaparición. Era como si hubiera ido a jugar al jardín.

—¿Qué puedo hacer por usted, Mr. Lewis? ¿Qué desea enseñarme?

Como respuesta, sacó de su carpeta una serie de fotografías en blanco y negro de quince por veinticinco. Las depositó boca abajo sobre mi escritorio y se volvió a mirarme. Estábamos sentados bastante cerca uno del otro, yo en mi sillón y él apoyado en la silla que usaba yo para escribir a máquina, en la que estoy sentado ahora. Si cierro los ojos puedo imaginarlo a menos de treinta centímetros de mí, con su rostro de galés pegado al mío, igual que un médico escrutándome en busca de algún síntoma preocupante.

—Doctor Hillenbrand, poco antes de que se marchara usted, mi periódico me envió aquí para que tomara unas fotografías. Querían fotos de esta casa y, a ser posible, de usted y su esposa o de quien pudiera sorprender entrando o saliendo. Ya nos habrá visto usted, a mí y a los demás fotógrafos. Sé que tenía mala impresión de nosotros, y no le culpo por ello. Pero es mi trabajo, ya sabe. Tengo que ganarme la vida. Por eso vine y rondé por aquí.

»Más tarde, la mayoría de mis compañeros desistieron y regresaron a Londres. Tenían otros reportajes que cubrir y usted no daba mucho de lo que solemos llamar la fotografía oportunidad. Pero yo soy más perseverante que otros, así que decidí quedarme un día o dos más a ver qué podía conseguir si usted pensaba que nos habíamos marchado todos. —Hizo una pausa.

»Si no le importa, creo que después de todo me apetecería esa copa que me ha ofrecido. Si no le importa tomaré un poco de lo que está usted bebiendo.

Le serví una copa de licor, que mostró una rica tonalidad ambarina en su mano, reflejando en la superficie la luz de la lámpara de mi escritorio. Fuera oscurecía. El jardín estaba lleno de sombras y muy silencioso.

—Tomé algunas fotos —prosiguió—. Usted y Mrs. Hillenbrand entraban y salían algunas veces. No me vieron nunca, para estos desplazamientos uso una pequeña furgoneta en la que puedo apostarme durante horas sin ser visto. He traído conmigo

las fotografías y se las enseñaré en un momento. Durante los pocos días que estuve aquí, tomé muchas fotos de la casa y el jardín. Encontré acceso por detrás, así que también tomé muchas allí.

Sorbió el dulce licor. Era muy sabroso, con muchas endrinas y azúcar.

—Se parece al oporto —observó.

—Sí —dije—. Un poco.

Por el jardín se deslizó un gato, persiguiendo algo que no podíamos ver y moviéndose como una sombra en la oscuridad. De repente el gato volvió la cabeza y, al verme, desapareció entre los arbustos.

—Mire —dijo Lewis—. Éstas son las que saqué el primer día. Las tengo bien numeradas y fechadas.

Colocó sobre la mesa una serie de fotografías, tomadas mayormente con teleobjetivo; todas mostraban nuestra casa desde distintos ángulos. Había nieve en el suelo. En la mayoría de las fotografías las cortinas estaban echadas y parecía una casa deshabitada. O tal vez no, no deshabitada. Más bien parecía como si el alma hubiera huido de ella. —Cuando la compré me había parecido una casa alegre. Ahora, contemplando las fotos de Lewis, me pregunté cómo podía haber cometido semejante error.

—Ahora, mire ésta —dijo.

Hizo sitio sobre la mesa y puso otra fotografía. Había sido tomada desde el paseo que daba a la fachada principal. A juzgar por la luz, debía de haber sido hecha al atardecer. Mostraba los dos pisos superiores y parte del alero saliente. Al principio no vi nada fuera de lo normal. Luego Lewis señaló con un dedo rojo algo que había justo debajo del alero. En la ventana del desván se entreveía una cara pálida enmarcada por un cabello oscuro. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y me acordé del movimiento que había atisbado a mi regreso del viaje.

—Tuve curiosidad por saber quién era —explicó—, así que hice una ampliación, por si se trataba de alguna persona conocida. Esto es lo que conseguí.

Sacó otra copia y la puso encima de la primera. Mostraba un detalle de la anterior, ampliado, parte del marco de la ventana y el rostro que había dentro. La resolución era pobre pero suficiente para mostrar claramente que se trataba de un rostro de mujer. Una cosa resultaba clara: la mujer no era Laura. Ni ninguna conocida.

—¿La reconoce usted? —preguntó Lewis.

Negué con la cabeza.

—Me lo suponía —dijo, y bebió de su copa.

—¿Se trata de esa misma foto? —pregunté.

Meneó la cabeza.

—Mire —dijo—. Ésta fue hecha a la mañana siguiente.

Mostraba una de las ventanas de abajo, la del comedor, a la derecha de la puerta

principal. Las cortinas habían sido descorridas y en la ventana había una cara, esta vez mucho más nítida. Lewis dejó caer otra ampliación.

—Pensé que sería su esposa o una parienta —dijo—. Pero me percaté de que no había visto entrar ni salir a esa mujer. Y aún peor... —Se detuvo y apuró su copa—. Ella no estaba en la ventana cuando hice la foto. Podría jurarlo delante de un tribunal.

Miré el rostro de la ampliación. Tenía un semblante duro y el cabello severamente peinado hacia atrás, revelando una frente tensa. Parecía una mujer entrada en la treintena o al comienzo de los cuarenta. Tenía los labios delgados, una rígida expresión en la boca y no llevaba maquillaje. Pálida, muy pálida. No la conocía.

—¿Qué clase de truco es éste? —inquirí, empezando a levantarme del asiento.

—No es ningún truco, doctor Hillenbrand, créame. Tengo más cosas que enseñarle y haría muy bien en permitírmelo. Estas fotografías le conciernen a usted. Y por las noches no logro dormir pensando en ellas.

Volví a sentarme. Lewis sacó de su carpeta otro mazo de fotografías.

—Ésta la tomé en el jardín delantero el último día. Necesitaba una foto del columpio.

¿Nuestro jardín? Sí. Era visible parte de la casa: el porche con sus pequeños leones de piedra, los tres escalones y parte de la puerta principal. En el jardín estaba el columpio que yo había montado para Naomí el año anterior. Allí estaba el gran olmo en que Naomí se había excoñado la espinilla... ¿cuánto tiempo hacía? En octubre o noviembre. Pero nada de esto atrajo mi atención; eran detalles en los que no reparé hasta después, como medio de confirmar que se trataba realmente de nuestro jardín delantero.

En el fondo había dos niñas, una de unos nueve años y la otra de seis o siete. Iban curiosamente vestidas, con faldas largas y anchas que dejaban ver botas debajo, y con el cabello peinado en tirabuzones. Levantaban las manos, mirando hacia la cámara. Daban la impresión de acabar de llegar de una fiesta infantil de disfraces de la época victoriana. Al igual que la mujer de la otra foto, sus caras eran muy pálidas y había algo en torno a sus ojos que me hizo apartar la vista. Una mirada de pena, dolor, rabia, desilusión... Imposible saberlo.

—Ellas no estaban allí —dijo Lewis con una voz apenas más alta que un susurro—. Allí no había nadie.

—Usted miente.

Una expresión de enfado cruzó su rostro.

—Por el amor de Dios, ¿no ve usted que estoy asustado? No habría venido a verle si me lo estuviera inventando. ¿Qué objeto tendría?

—¿Eso es todo?

Meneó la cabeza otra vez.

—Cuando llegué a casa —dijo—, revelé todas las fotos que había tomado aquí.

Absolutamente todas. Algunas eran normales, como debían ser. En otras había dos niñas, siempre juntas, con la pequeña siempre a la izquierda y la mayor a la derecha. Y aquí hay otra más.

Mostraba una escena del jardín de atrás, cerca del estanque de los peces. Allí estaban las dos niñas. Y con ellas, también vestida con ropas victorianas, se encontraba la mujer de las otras fotografías, la de la ventana. Era muy alta, llevaba ropas grises y en su cuello se veía un alfiler de azabache puro.

—Ésta en particular es la que yo quería que viera usted. —Lewis estaba sudando. Le serví otra copa y me serví una segunda para mí. Estaba empezando a creer su historia. En aquel hombre había algo que exhalaba convicción. Ni que decir tiene que más tarde no necesité pruebas.

Sacó la última fotografía de su carpeta, muy lentamente, anticipando su efecto.

En ella aparecíamos Laura y yo saliendo de la casa. Estábamos a unos diez metros de la puerta principal. Yo llevaba puesto mi abrigo de tweed y Laura sombrero y abrigo color verde. Íbamos medio metro separados, Laura un poco detrás de mí. Entre nosotros, con su abrigo amarillo y su bufanda roja, iba Naomí.

Todo está en silencio ahora. Tengo la lata de las galletas delante de mí. Dentro están las fotografías, las que estuvimos mirando después de la visita de Lewis.

No pude hacer nada para tranquilizarle. Por el aspecto de mi cara, podía ver que estaba tan afectado como él.

—No soy supersticioso —repitió, como si su racionalismo facilitara un poco las cosas. Si él y yo hubiéramos sido proclives a creer en lo sobrenatural, ello nos habría proporcionado una especie de guardia donde refugiarnos. Podríamos haber ofrecido explicaciones, compartido opiniones comunes, encontrado algún sentido críptico en las fotografías. Pero esa ruta de escape no estaba disponible para nosotros, no teníamos otra salida que la desnuda aceptación de lo que había ante nuestros ojos.

—¿Dice usted que nunca las había visto? —pregunté.

—Nunca. Excepto en las fotografías. Creía que usted podría conocerlas. Que vivían aquí. Que estaban en la casa.

—¿Cree usted que tienen relación con la casa?

—Seguramente. Es lo único que tiene sentido.

Pensé que llevaba razón, pero en aquel momento no supe ni adiviné hasta qué punto. Cuando Laura volvió de la ciudad, Lewis ya se había marchado y consideré prudente no decirle nada.

—¿Ha venido ese hombre? —preguntó—. El fotógrafo.

—Sí —respondí—. Ha venido.

—¿Qué quería?

—Oh, sólo curiosear en nuestros sentimientos. Tenía fotos de la casa; pensaba que podrían interesarme, acceder a ser fotografiado contigo.

—Yo diría que esto ya ha perdido interés para la opinión pública.

—Sí —convine—. Hasta que detengan a algún sospechoso.

—¿Crees que lo harán algún día?

—Por supuesto —respondí, sin creer realmente en ello—. ¿Por qué no?

—Fue muy extraño, Charles. La mayoría de los asesinatos son cometidos por personas allegadas a la víctima. En su mayor parte por un pariente, o un amigo. Aquí no hay nada de eso.

—Ruthven me dijo que el laboratorio del forense ha encontrado algunas cosas. Fibras en las ropas de Naomí, vestigios de cierta resina. —No se lo había mencionado antes para no perturbarla.

—¿Eso ha dicho?

Asentí.

—Quizás encuentren su abrigo —dijo ella—. Su bufanda.

—Quizás —añadí.

A veces no podíamos evitar hablar de ello, del asesinato. Estaba siempre en nuestra mente, obsesivamente. La gente nos visitaba ahora con menos frecuencia. Nos habíamos vuelto más aburridos y era muy difícil estar con nosotros.

Aquella noche se produjeron los primeros problemas. Los llamábamos «problemas», pero era algo más que eso. Supongo que un espiritista lo hubiera denominado manifestaciones. Empezaron de manera leve, como si la casa se estuviera despertando lentamente. Al final... No, eso no es correcto. Nunca ha habido un final.

Nos habíamos ido a la cama. Las noches nos producían un gran estrés. El médico nos había recetado píldoras para dormir, pero los tranquilizantes dejaron en seguida de hacer su efecto y, si acaso, exacerbaban nuestro insomnio. Yo había desistido de tomar los míos y lograba períodos de profundo sueño alternando con largos episodios de vigilia. Durante estos períodos de insomnio bullía en mi mente todo lo que había sucedido aquel día en Londres y los días siguientes. Era como una película que se iba repitiendo una y otra vez sin poder detenerla por muchos esfuerzos que hiciera. Laura yacía despierta a mi lado y no conseguía sino dormitar ligeramente alguna que otra vez. En ocasiones se agitaba y se quedaba traspuesta, víctima de unos sueños de los que no quería hablar al despertarse. Iba perdiendo peso.

Yo tenía una lamparita de lectura que me proporcionaba algún respiro. A veces leía hasta bien avanzada la noche, cayendo dormido a las cuatro o las cinco de la madrugada, y en ocasiones antes. Nunca hacíamos el amor. Nos había abandonado el deseo, incluso el deseo de tocarnos, la voluntad de buscar alivio en la mutua presencia física.

Eran casi las tres cuando empezó el ruido. Según la autopsia, a esa hora había muerto Naomi finalmente. Lo que oímos fue un grito agudo, infantil, fuerte, frenético, lleno de un indescriptible pavor. Se interrumpió repentinamente. Me incorporé en la cama y encendí la luz de la mesilla de noche. Laura estaba sentada a mi lado, con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión de terror plasmada en el rostro. Instintivamente, los dos supimos de dónde procedía el grito. De la habitación de Naomi.

Abandoné torpemente la cama, tiritando a causa del frío de la madrugada. Al llegar a la puerta titubeé. La visita de Lewis me había trastornado y cuando estaba a oscuras en la cama ya me habían perseguido las imágenes de unas niñas pálidas que me miraban fijamente y de una mujer alta vestida de gris.

El rellano estaba oscuro como boca de lobo. A mi izquierda había un interruptor de la luz. Recuerdo que lo busqué a tientas con mano temblorosa, aterrado de pensar en lo que podría ver. Pero no había nada. El grito había sido seguido por un recio y confuso silencio, la clase de silencio en la que te imaginas que hay alguien sentado

delante de ti, musitando palabras que no puedes oír ni entender.

Eché a andar por el corto corredor que conducía al dormitorio de Naomí. En la puerta había un azulejo azul con su nombre escrito en letras blancas. Ella misma lo había elegido en King's Parade a principios de aquel año. Me quedé un buen rato escuchando en la puerta. La razón me aconsejaba no tener miedo. Pero había visto las fotos, había visto a Naomí donde no debía haber estado.

Abrí la puerta. Por un momento esperé ver encendida la luz piloto, igual que estaba siempre que entraba a comprobar si Naomí dormía. Pero el cuarto estaba a oscuras. A oscuras, en silencio y muy frío. Más frío que cualquier otra habitación de la casa. Tiritando, busqué a tientas con mano temblorosa el interruptor de la luz.

En cuanto la encendí, supe que Naomí había estado allí. Sus regalos yacían por el suelo, con los envoltorios rotos y arrojados a un lado. Reconocí la muñeca llorona, su cuna y su cochecito. Sobre la cama estaba la caja de Lego que le había prometido. Había sido abierta y sus piezas estaban diseminadas por la colcha. Una caja de lapiceros había sido abierta también y su contenido esparcido por el suelo. Alguien había cogido algunos y había hecho un dibujo en una hoja sobre el escritorio.

Me incliné a examinar el dibujo. Había empleado varios colores y, con mano infantil, había esbozado tres figuras humanas. Con imperfectas letras de imprenta había escrito sus nombres debajo: Mami, Papi y Naomí. Las figuras eran muy toscas, pero una cosa era cierta: ella nunca nos había dibujado a Laura y a mí de aquella forma. El dibujo de Papi, hecho con pintura negra, llevaba en la cabeza algo que se asemejaba a una chistera. Naomí iba vestida de amarillo y tenía unos trazos rojos en la garganta, representando sin duda una bufanda. Pero lo que más me aterró fue la figura de Mami: era la de una mujer alta con un largo vestido. Un largo vestido gris.

Algo sonó detrás de mí. Me volví y vi a Laura de pie al otro lado de la puerta; tenía el cabello desmelenado y me miraba fijamente con los ojos enrojecidos.

—No es nada —empecé—. Algún gato o algo por el estilo... —Pero mi voz se fue perdiendo poco a poco al mirarla. Laura no me había seguido para investigar los ruidos procedentes de la habitación de Naomí.

—Charles —dijo. Su voz temblaba—. Hay alguien caminando arriba. He oído pasos. Encima de nuestro dormitorio.

—Pero si allí no hay nada...

—En el desván, Charles. Alguien anda por el desván.

Pasamos el resto de la noche en la planta baja, yo en un sillón y Laura en un sofá. Pulsé todos los interruptores que había a mano y dejé las luces encendidas toda la noche. Ahora que lo pienso, agradezco que por miedo, prudencia o simple instinto no me decidiera a subir aquella noche al desván. Entonces no estaba preparado para enfrentarme a lo que podía haber encontrado allí: ahora sé lo que *habría* encontrado. Incluso ahora me estremezco de pensarlo.

Pasamos una noche horrenda. El insomnio había desencadenado un auténtico pavor. Aquel horrible grito nos había helado la sangre y las regulares pisadas del desván —un desván que llevaba cerrado desde mucho antes de que fuéramos a vivir a la casa y que siempre había estado vacío— habían afectado los ya crispados nervios de Laura. Me preguntó qué había visto en la habitación de Naomí. Le conté lo de los regalos, pero no le dije lo de los dibujos ni lo que yo veía en las tres figuras representadas.

Por la mañana, ya pleno día, nos armamos de valor y subimos otra vez arriba. No había habido ruidos durante la noche, ni gritos, ni pasos misteriosos, ni siquiera el crujir de una tabla del suelo. A la fría luz de la mañana, nuestros temores parecían absurdos. El calor fue invadiendo la casa a medida que la calefacción central surtía efecto.

La luz del rellano del dormitorio estaba todavía encendida. A la derecha, la puerta de la habitación de Naomí seguía abierta, como yo la había dejado. De dentro salía un ligero rayo de luz. En aquella planta de arriba, donde la luz diurna era más tenue, volví a sentirme incómodo.

Entramos juntos en la habitación de Naomí. Todo estaba igual como lo había visto la noche anterior: el papel rasgado, los paquetes esparcidos por el suelo, el dibujo sobre el escritorio. Me agaché a recoger los fragmentos de papel, pensando que tal vez comportándome normalmente podría transmitir un sentido de normalidad a la situación. Una voz estalló a mi espalda.

—¡Déjalo! ¡Déjalo así! ¡No toques nada!

Me volví. Laura estaba en el umbral de la puerta, con los ojos llameantes, temblando de rabia. Dejé el papel en el suelo y por primera vez un pensamiento aleteó en mi mente. Todavía no podía explicar lo del grito, pero ¿habría sido el resto obra de Laura? ¿Los regalos abiertos, los lápices diseminados por el suelo, incluso los dibujos? Ello habría explicado mucho, lo habría explicado todo, incluso el relato de las fantasmales pisadas de encima de nuestro dormitorio. Era Laura la que había asegurado oírlas. Yo no las había oído.

—Está bien, querida. Dejaré todo como está. No te preocupes.

Salí y cerré la puerta. Laura me cogió la mano.

—Lo siento —dijo—. Es que...

—Tranquilízate, querida. Voy a subir al desván. Estoy seguro de que allí no hay nada. Los dos estamos muy excitados. Puede que hayan sido ratas, o algún pájaro.

No dijo nada, pero miró intensamente. La idea de que todo podía ser obra de Laura me había envalentonado. Me olvidé de las fotografías de Lewis. Era fácil trucar fotografías, hacer presa en las personas afligidas. ¿Qué sucedería a continuación? ¿Se presentaría el galés con una médium, con una mujer que, por dinero, establecería contacto con Naomí?

En el trastero donde guardábamos los artículos de la limpieza encontré una linterna grande. Al desván se entraba por una puertecita al final de un tramo de escalera de cinco o seis peldaños. Que yo supiera, aquella puerta había estado siempre cerrada con llave. Me habían enseñado el desván cuando compramos la casa, pero aparte de depósito de algunos baúles, cajas y muebles que no necesitábamos, aquel desván no tenía ningún otro uso. Era frío, mal diseñado y apenas tenía luz.

Me costó casi una hora encontrar la llave. La había metido en un cajón y me había olvidado de ella. Era una vieja y herrumbrosa llave, y pensé que, la cerradura también estaría oxidada. En efecto, cuando intenté abrir no giraba. Me costó mucho tiempo y la aplicación de varias rociadas de aceite lograr que su mecanismo se rindiera. La puerta se abrió de mala gana. Al otro lado reinaba la oscuridad. Una implacable oscuridad. Pero en aquel momento no alcancé a comprender cuán intensa e implacable era.

Encendí la linterna. El tramo de escalera ascendía hasta el suelo del desván.

—¿Hay alguien aquí? —grité con voz insegura, mostrando un valor que no sentía. Nadie respondió. Agucé el oído, esperando escuchar el ruido de unos pasos apresurados o el batir de unas alas. Pero no hubo nada de eso, sólo silencio.

El haz de la linterna puso al descubierto unos viejos paneles de madera, cubiertos de roces producidos por generaciones de muebles desechados y pesadas cajas, enmohecidos por la humedad y el frío. Unas recias telarañas colgaban como andrajosos estandartes suspendidos de las altas bóvedas de la nave de una oscura catedral.

Puse el pie en el primer peldaño y empecé a subir. Allí arriba hacía frío, tanto como en la habitación de Naomí. Mientras ascendía me temblaba la mano, enviando apresuradamente la luz de la linterna sobre telarañas y vigas desnudas.

Cuando mi cabeza llegó a la altura del suelo me quedé tenso, sin saber lo que me esperaba. La luz dejaba al descubierto extrañas y aterradoras formas, y proyectaba sombras raras en todas direcciones. Moví nerviosamente el haz de la linterna, localizando e identificando lo que había almacenado en el desván: tres cajas de té conteniendo chucherías, un maniquí de modista que había pertenecido a mi madre, unas viejas botas altas de goma, botes de pintura verde y blanca, una silla, una

cómoda antigua que parecía demasiado grande para nuestro dormitorio, un perchero, una diana de dardos, mi máscara de esgrima y floretes, y algunas estanterías. Todo estaba cubierto de polvo y telaraña, como era de esperar en un desván que llevaba años clausurado.

Avancé por las tablas del suelo y busqué con la linterna huellas o pisadas sobre el polvo. Por mucho que alumbré por todas partes, sólo descubrí una capa delgada de polvo gris. Fui de un lado a otro, de objeto en objeto, y lo encontré todo intacto. Empezaba a parecerme absurdo el que hubiese allí huellas de pies.

La luz jugaba sobre la pared más alejada, revelando de pasada el hueco de la ventana. Me pregunté por qué no entraba luz del exterior, pero, al retroceder con la linterna, recordé que yo mismo había sellado las contraventanas la última vez que había subido allí. Al ver las contraventanas tan firmemente cerradas como yo las había dejado, empecé a dudar de la veracidad de Lewis y sus fotografías. ¿Cómo diablos había podido Lewis fotografiar a nadie, aunque fuera un fantasma, asomado por aquella ventana?

Me acerqué a las contraventanas y tiré de la barra metálica que mantenía unidas las dos hojas. Al principio se resistía, pero acabó cediendo de golpe. Tiré de una hoja; sus bisagras sin engrasar chirriaron, luego se dobló y giró aunque no en todo su recorrido hasta la pared. La otra hoja fue más rebelde. Mientras intentaba abrirla miré por la ventana.

En pocos segundos, la escena al otro lado del cristal pareció cambiar y quedar desenfocada. Nada era igual que antes; sólo permanecían los contornos básicos del jardín y de la calle. Los árboles y los arbustos, incluso las exactas proporciones del césped, aparecían totalmente alteradas. No se divisaban en absoluto las casas de enfrente y creí ver a alguien... o algo... sobre el césped, justamente en la periferia de mi campo visual.

En aquellos instantes no sólo experimenté un trastorno visual, sino también una sensación que sólo podría describir como de amenaza, como la abrumadora sensación de que una terrible fuerza maligna me estaba amenazando. Al instante se me aclaró la visión; el jardín y la calle recobraron su habitual fisonomía, y la sensación de amenaza se trocó en simple malestar.

Abandoné la ventana y desanduve el camino hacia la escalera. No podía comprender lo que me había sucedido, como no fuera atribuirlo a la tensión que venía padeciendo y a la noche de insomnio que acababa de pasar. Laura me estaba esperando al pie de la escalera con expresión de ansiedad en el rostro. Según me iba acercando a ella se apoderó de mí un espasmo de rabia. Me faltó poco para levantar la mano y golpearla, castigarla por jugar conmigo de esta forma, por mentirme, por echar sobre mí nuevas cargas. Pero mi cólera pasó casi tan repentinamente como había llegado, dejándome sólo un ligero resabio, un temblor de violencia bajo la

superficie de mis pensamientos.

—Arriba no hay nada —dije, volviéndome para cerrar la puerta del desván.

—Pero yo he oído...

—Por favor, Laura. Los dos estamos muy nerviosos. —Eché la llave y la sentí sólida y pesada en la mano. Mis dedos la encontraban curiosamente familiar.

Cuando me volví hacia ella, Laura tenía la misma expresión de ansiedad muda en el rostro.

—Estás pensando que me he inventado lo de las pisadas.

—Allí no hay nada, Laura. —No la llamé «querida», como era mi costumbre—. No hay señales de que haya habido nadie. No hay huellas de pisadas. Nada.

Vaciló.

—Tú no le das importancia, Charles. Qué más da que haya pisadas o no. Los sonidos que oí eran bastante reales. Puede que no fueran físicos, pero eran auténticos.

—Por favor, Laura —la interrumpí—. Los dos necesitamos un descanso. Vayamos abajo. Te sentirás mejor después del desayuno. No hay de qué preocuparse.

Pero lo había. Estaba seguro. Al girar la llave en la cerradura, había experimentado algo más que su familiaridad, había vuelto a tener una sensación de amenaza, esta vez con renovadas fuerzas. Y cuando me abandonó aquella sensación, me acordé de algo: del sitio donde había visto a las dos niñas en las fotografías de Lewis.

Aquel mismo día, más tarde, telefoneó Lewis. Tenía algo que enseñarme, algo importante. Colgué el auricular. Volvió a intentarlo varias veces, hasta que dejó el auricular descolgado. Para entonces, naturalmente, yo sabía que me estaba diciendo la verdad, que las fotos no eran imposturas, sino imágenes de personas que ya no vivían, es decir, que ya no estaban vivas. Pero yo quería que las cosas terminaran allí, quería que los muertos continuaran muertos. No podía soportar la idea de que pudieran mezclarse con los vivos. Sobre todo, ahora lo comprendo, deseaba dar un entierro decente a mis propias sensaciones; insepultas sólo podían constituir un tormento permanente.

Al día siguiente se presentó el inspector jefe Ruthven. No había habido perturbaciones durante la noche. Por sugerencia mía, Laura y yo nos reclinamos en nuestro dormitorio, aunque ninguno de los dos dormimos. Ella estuvo con los nervios de punta, temiendo oír el ruido de pisadas en la habitación de arriba. El peor momento fue poco antes de las tres, cuando los dos esperábamos volver a escuchar aquel grito. Cuando pasó el momento y todo continuó en silencio, nos relajamos un poco. Yo caí en un sueñecito ligero, pero Laura —según me dijo después— estuvo alerta hasta el alba. No sonó ninguna pisada sobre nuestras cabezas. Por la mañana me aventuré a entrar en la habitación de Naomi. Nada más había sido tocado.

Ruthven traía una gran bolsa de plástico que contenía el abrigo de Naomi. A diferencia de las otras prendas, no estaba manchada de sangre. Cuando confirmamos su identificación volvió a meter el abrigo en la bolsa para devolverlo al laboratorio forense.

—¿Dónde lo encontraron? —pregunté.

—En una iglesia —contestó—. Una iglesia anglicana, la de St. Botolph's. Queda en Spitalfields, cerca de Brick Lane..., no lejos de donde encontramos el cuerpo de Naomi. Ahora tenemos gente rastreando el lugar, pero no creemos que encuentren nada. Es una vieja iglesia, apenas visitada. Acude a ella un coadjutor de otra parroquia a celebrar un oficio semanal, y eso suele ser todo. Asisten unas cuantas personas mayores y algunos vagabundos. Cualquiera podría haber dejado allí las cosas de su hija.

—¿En qué sitio? —pregunté.

—Ya se lo he dicho...

—Me refiero a la iglesia. ¿En qué sitio dentro de la iglesia? —Por alguna razón, era importante saberlo.

Me miró con extrañeza, como si mi pregunta revelara una perspicacia que él no había sospechado.

—En la cripta —contestó—. Podrían haber permanecido allí años sin que lo

encontrasen, pero se estropeó la caldera de la calefacción y cuando el operario bajó a echar un vistazo, se encontró con el abrigo. Lo habían dejado sobre una de las tumbas. Quienquiera lo dejase allí, debió entrar forzando la puerta. O disponía de llave. Eso al menos nos ha dado una pista.

Lo invité a tomar el té, pero denegó con la cabeza. Iba vestido con un impermeable y un abollado sombrero gris. Exceptuando sus ojos, era el estereotipo del policía. Todavía recuerdo el azul de sus ojos, su agudeza y su impenetrabilidad. Tenía algo oculto detrás de ellos, profundamente oculto, aunque a veces se hacía visible si uno sabía lo que estaba buscando. Yo lo sabía. Yo también lo llevaba oculto dentro de mí.

—¿Cómo está su esposa? —preguntó, disponiéndose a marchar.

Me dieron ganas de decir «Se va animando», pero no lo hice.

—Sufre mucho —respondí—. Jamás lo olvidará.

—No —dijo—. No se olvida. La gente piensa que se puede olvidar, pero te deja una cicatriz para toda la vida.

Se estaba refiriendo a su hija, aunque en aquel momento yo no lo sabía. El verbo que había usado era curioso pero adecuado. La muerte deja heridas que no acaban de cicatrizar nunca. Y sin embargo, yo pensé que se refería a otra cosa.

—Si hay alguna novedad... —dije.

—No se preocupe. Usted será el primero en saberlo.

Al día siguiente me llegó una carta de Lewis. En realidad sólo contenía una breve nota y dos fotografías dentro de un par de hojas de cartulina delgada.

«Por favor, póngase en contacto conmigo —escribía—. Éstas las tomé el día que fui a visitarle, antes de entrar. La primera fue tomada con una lente normal y la segunda con teleobjetivo. Creo que ustedes están en peligro. Tenemos que hablar».

Cogí las fotografías. La primera era otra copia de contacto que mostraba la parte alta de la casa. La observé detenidamente, sabiendo ahora dónde tenía que mirar, adivinando lo que podía descubrir, pero sin sospechar del todo la verdad de ello. Se me heló el corazón cuando descubrí la inconfundible imagen de un rostro en la ventana del desván. La misma contraventana que yo había abierto tan sólo dos días antes.

Cogí la fotografía tomada con teleobjetivo. Incluso ahora se me hiela la sangre al pensar en lo que vi. No era el rostro de la mujer pálida y gris, ni el de las niñas, ni el de Naomí. Era la cara de Laura, pálida y fría, mirando fijamente hacia abajo como si lo hiciera desde una gran altura.

Aquella noche se reanudaron las obsesiones. Aquella noche tuvo lugar una

pérdida de la inocencia. Cada etapa de aquellos acontecimientos representaba una forma de pérdida: una pérdida de amor o de fe o de dignidad. Pero la inocencia es como la confianza: una vez perdida, ya nunca puede ser restituida.

¿Qué quiero decir con inocencia? Yo era entonces un hombre maduro, un padre apenado. Había sufrido decepciones, desilusiones, duros golpes: el tributo que pagamos por la humana sabiduría. O si no sabiduría, por una clase de conocimiento. Mas, a pesar de todo ello, mi corazón era bastante inocente. Quiero decir que abrigaba cierta creencia de que una corriente de bondad impregnaba las cosas, veía una forma, un modelo en su totalidad, incluso a pesar de que la vida en sus pormenores pareciera a veces amorfa o incompleta, aunque los niños murieran con dolor. Era, supongo, un sentido religioso del mundo, aunque yo no lo formule en términos teológicos. Una teología más severa, un dogma, podría haber explicado lo que sucedió. Pero mi inocencia no estaba hecha de materiales tan férreos, ni tan bien protegida. Estaba a medio formular, era vaga, demasiado a tono con los tiempos y demasiado pobre respecto a la experiencia de las generaciones precedentes.

Desperté de un sueño inquieto poco antes de las tres. Laura estaba dormida a mi lado. No fue un grito lo que me despertó, sino algo mucho más maligno. Al despertar sentí como si tuviera un gran peso encima. Me costaba trabajo respirar. Mis pensamientos eran confusos y notaba que el pánico crecía dentro de mí. Mientras me esforzaba por incorporarme, oí lo que pareció el sonido de una respiración. No era la de Laura sino algo más silencioso y procedente de más lejos. Pensé que procedía de los pies de la cama. Mediante un esfuerzo, logré incorporarme sobre la almohada.

—¿Quién está ahí? —susurré.

Estaba seguro de que había alguien observándome a los pies de la cama. Laura se agitó, molesta, en su sueño. No hubo respuesta, pero el ruido de la respiración continuó. Me esforcé por ver, pero allí sólo había oscuridad, total e impenetrable.

—¿Quién es? —insistí—. ¿Qué quiere? —Temblando, alargué la mano para encender la luz de la mesilla de noche. Pulsé varias veces el interruptor, pero la luz no se encendía.

Y entonces tuve conciencia de algo terrible: Había vuelto la sensación de amenaza que había sentido antes en el desván, pero esta vez con mucha más fuerza. Lo espantoso era que lo experimentaba de dos formas diferentes al mismo tiempo: sentía que era objeto de un odio horrendo, de una cólera implacable que me perseguía con todas sus fuerzas y, simultáneamente, en mi interior experimentaba odio, ira, malevolencia, una gama de ásperas emociones que casi me ahogaban. Todavía me resultaba difícil respirar. La oscuridad me oprimía despiadadamente, sofocándome como si estuviera encerrado en un saco. De repente, a mi izquierda oí la voz de Laura.

—¿Qué ocurre, Charles?

Me esforcé por responder, pero no articulaba las palabras. Sentía como si me estuviera ahogando en el aire.

—¿Qué ocurre, Charles? ¿Dónde estás?

Su voz parecía muy lejana, tan débil que apenas podía oírla. Traté de hablar, sin conseguirlo, y percibí ahora otro sonido, un tenue frufú como de seda.

De pronto, una luz brillante estalló en mis ojos. Los cerré con fuerza y luego volví a abrirlos. Por un instante pensé que había visto a alguien de pie delante de mí, alguien alto y vestido de gris. Entonces me encontré respirando otra vez y pude sentir la mano de Laura en mi brazo y oír claramente su voz.

—Charles, ¿te encuentras bien?

Asentí, tragando aire.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —contesté—. Yo... he debido de tener una pesadilla. Era como si me estuviera ahogando. Pero ya ha pasado. Me encuentro bien.

Pero no estaba bien. Algo se había alojado profundamente en mi interior, algo inexplicable. No era un recuerdo sino una sensación, una conciencia persistente de la amenaza que había sentido y el oscuro conocimiento de algo más, que ya estaba allí, algo que había permanecido inmóvil hasta entonces. Los sentimientos de rabia y odio no procedían del exterior sino que los llevaba dentro de mí todo el tiempo. Me sentía manchado, como si algo sucio me hubiera contagiado. Cuando Laura alargó la mano para tranquilizarme, la rechacé. Jamás había hecho eso antes. Ella no dijo nada, pero yo sabía que mi gesto la había herido. Eso no importaba.

Por la mañana telefoneé a Lewis. Estaba esperando mi llamada.

—¿Lo sabe?

—¿Saber qué?

—Viene en las noticias de esta mañana —explicó—. Ruthven ha sido encontrado muerto. Asesinado. En la iglesia donde descubrieron el abrigo de Naomí.

—¿Qué ha pasado?

Lewis y yo estábamos en el despacho, mirándonos por encima de una mesa baja en la que yo había colocado una pequeña carpeta.

—Degollado salvajemente, según el informe que consta en la oficina. En Old Jewry nadie sabe por qué fue a la iglesia. Allí ya habían terminado, concluido su investigación y desistido. Al parecer, todavía no han encontrado nada. Opinan que el abrigo fue llevado allí al azar. Pudo habérselo encontrado algún vagabundo que lo llevó a la iglesia.

—¿Pero por qué lo dejaría en la cripta? ¿Con qué objeto?

—El operario de mantenimiento dice que a veces se meten los vagabundos, los más avisados, que saben que allí hay una caldera. Sin embargo, no duran mucho. Les asusta el sitio. Ninguno ha pasado allí más de una noche.

—¿Podrían tener alguna relación?

—¿Quién?

—Me refiero a los asesinatos. El de Naomi y el de Ruthven. ¿Tendrán un denominador común? Ruthven tal vez andaba detrás de una pista y el asesino, asustado, le atacó.

Lewis se encogió de hombros.

—Es demasiado pronto para saberlo. No hay constancia de ninguna pista. Ayer se limitaron a dar por cerrada la investigación en la iglesia.

—¿Cuándo encontraron el cadáver?

—Esta mañana, temprano. El operario de mantenimiento bajó a comprobar si la policía había dejado todo en orden y se llevó un buen susto. Había abundante sangre en una sepultura. Una vieja tumba francesa con un nombre curioso: Petitoeil.

Aunque Lewis no era estudiante, corregí su pronunciación:

—Petitoeil. Significa «Ojo pequeño». Seguramente es un nombre hugonote. Spitalfields fue un importante centro de refugiados hugonotes.

Era media mañana. Lewis había venido directamente de Londres. Le observé acercarse a la casa por el sendero, nervioso, mirando a su alrededor y levantando la cabeza de vez en cuando. Yo sabía lo que miraba, lo que estaba buscando. En esta ocasión traía su cámara dentro de un amplio bolso de fotógrafo.

—¿Recibió las fotos? —me preguntó.

Asentí.

—¿Me ha llamado por eso?

—No. Por otra cosa... por algo que ha sucedido.

Le conté los incidentes, manteniendo mi narración lo más clara y objetiva posible. Pero me di cuenta de que sus ojos aumentaban de tamaño a medida que hacía su

efecto la fuerza de mis palabras. Cuando terminé, cogí la carpeta.

—Hay algo más —añadí—, algo relacionado con sus fotos.

—En cierto modo pensaba que podía ser por eso —dijo. Lewis tenía un peculiar sexto sentido. Los celtas tienen algo así, son un poco videntes, están en armonía con otras dimensiones. Hijos del rey Arturo. Bueno, tal vez. Lewis, al menos, lo tenía. Y vivió para lamentarlo.

Saqué de la carpeta dos juegos de fotografías y las puse sobre la mesa.

—Las niñas me han trastornado —dije—. Las de sus fotografías. Hay algo que no deja de inquietarme. Me parecen familiares, como si las hubiera visto antes. ¿Tiene esto algún sentido para usted?

Asintió.

—Verá —continué—, al principio no fui capaz de situarlas, por mucho que pensara en ellas. Y luego... justo después de que subiera al desván, cuando Laura oyó las pisadas, lo recordé.

Cogí una fotografía. En el fondo aparecía Laura, varios años más joven, apoyando el brazo sobre la balastrada de piedra de un puente. Podía tratarse de Cambridge, pero no lo era. La foto había sido tomada en Venecia durante nuestra luna de miel. Un par de meses después compramos la casa.

—Mire —dije—. Mire detrás de ella.

Lewis cogió la foto y la miró detenidamente. De pie sobre el puente, a pocos pasos detrás de Laura, dos niñas sonreían a la cámara cogidas de la mano.

—¿Estaban las niñas visibles cuando hizo usted la fotografía? —preguntó Lewis—. Quiero decir si recuerda usted haberlas visto en realidad sobre el puente.

Meneé la cabeza.

—Es imposible acordarse ahora. Recuerdo que me extrañó cuando revelaron las fotografías. Estaba seguro de haber fotografiado a Laura en un puente desierto. No me gusta que en mis fotos salgan otras personas. El puente estaba en alguna parte detrás de San Marcos, de eso estoy seguro. Pero en Venecia hay gente por todas partes y resulta difícil esquivarla y quedarte solo. Supuse que las niñas habían aparecido en el mismo instante en que apretaba el disparador. —Hice una pausa—. Mire ésta.

Era otra fotografía de Venecia, una instantánea de los dos juntos hecha por un camarero en un pequeño restaurante, cerca de la Strada Nouva.

—Mírela bien —insistí.

En una mesa situada a nuestra izquierda había una familia comiendo. Se componía de un hombre vestido de negro, una mujer ataviada de gris y dos niñas con largas faldas. Todos miraban hacia la cámara. En la cara del hombre había algo que no me gustaba.

—Y aquí —proseguí empujando otra fotografía por encima de la mesa.

Era de Laura en la plaza de San Marcos dando de comer a las palomas. Escasamente visibles entre la multitud, inadvertidas hasta el día anterior, había dos niñas mirando fijamente no a la cámara sino a Laura.

—¿Qué hay respecto al hombre?

—Sólo aparece en la foto del restaurante.

Lewis asintió y examinó detenidamente las fotografías una a una. Para ello se valió de uno de esos curiosos artilugios de ampliación que llevan los fotógrafos, un pequeño soporte que se coloca tres centímetros encima de la foto.

—¿Y éstas? —preguntó, tocando con el dedo el segundo juego de fotografías.

—Las revelé ayer —repuse—. Son las que hicimos una semana o dos antes de Navidad, hasta... la desaparición de Naomí.

Empezó a hojearlas con esmero y meticulosidad, como anticuario manipulando un libro raro, o un cultivador de orquídeas plantando un nuevo espécimen. Había mucha disparidad entre su apariencia y la gracia de sus movimientos. Ello, la delicadeza con que sus manos sostenían y clasificaban las fotos, me hizo sentirme cómodo. «Tal vez —pensé— él llegue a comprender cómo ha sucedido esto y sepa qué hacer».

Cuando al fin levantó la vista, su cara estaba pálida.

—Dios mío —susurró. Y eso fue todo. Las niñas no aparecían tan bonitas en aquellas fotografías. Ni tan... bien arregladas.

Cuando recuperó la calma, volvió a meter las fotografías en la carpeta. Sus manos no eran ahora tan ágiles, y sus movimientos se habían vuelto torpes.

—Su esposa... —Dijo—. ¿Se las ha enseñado usted?

Negué con la cabeza.

—Bien —murmuró—. Más vale así.

—Sí, lo sé. Dígame, ¿tiene idea de cómo se han formado estas imágenes? ¿Por qué aparecen en la película y no en el visor de la cámara?

Meneó la cabeza lentamente.

—Realmente, no —contestó—. Desde luego he pensado mucho en ello, pero no he encontrado ninguna respuesta. Ninguna respuesta buena. Supongo que tiene que ver con el ángulo en que la luz cae sobre el objetivo. Quizás hubiesen sido visibles si usted las hubiera enfocado con la luz y el ángulo adecuados. No lo sé. No es mi especialidad.

—Pude sentir las —dije, se me puso la carne de gallina—. Las sentí en el desván. Estoy seguro de que se trataba de ellas.

—¿Ha tomado usted más fotografías desde... la muerte de su hija?

—Aquí no —contesté—. Pero fuimos a Egipto y allí sí hicimos algunas. No sé por qué, pues no estábamos para fotografías, pero parece que es obligado hacerlas. Uno no piensa.

—¿Las ha revelado ya?

—No. Al volver guardé los negativos en un cajón de la cómoda. No nos interesaban a ninguno de los dos. Al fin y al cabo, ¿qué nos podían recordar? Sólo fue... una distracción. Realmente no queríamos ver nada. Había estatuas, tumbas, un sol ardiente eso es todo lo que recuerdo.

—Déjeme los negativos. Los haré revelar hoy mismo.

—¿Pero cree que en Egipto...?

—Les siguieron a Venecia, ¿no? No creo que a ellas les importe la distancia.

—Claro —dije. Y empecé a preguntarme adónde más nos habrían seguido. Y cuándo habría empezado todo.

—Quisiera su permiso —apuntó Lewis— para tomar fotografías por toda la casa. Especialmente en la habitación de la niña y en el desván. Me gustaría saber lo que sale en ellas.

La idea me aterraba, pero accedí. Él tenía razón. Necesitábamos salir de dudas. Cogió su cámara y le acompañé por todas las habitaciones. Fotografió las ventanas, las puertas, los pasillos, las escaleras, y todos los sitios donde alguien podía estar de pie. Observó. Escuchó. Laura no estaba en casa. Como esperaba la visita de Lewis, le había pedido que fuera a pasar el día con una amiga y ella había accedido.

Arriba, la habitación de Naomí continuaba inalterada. Lewis cogió algunos juguetes, como si ello pudiera proporcionarle alguna especie de sensibilidad especial.

—No me gusta esto —dijo—. Produce una mala sensación. Y aquí no debería hacer tanto frío.

—En el desván es peor —dije.

—Sí, el desván. Vamos allí, si no le importa.

Cogí la llave y precedí a Lewis escaleras arriba. Al abrir la puerta me golpeó otra vez la sensación de amenaza, como si un cuerpo hubiera saltado sobre mí.

—¿Puede usted sentirlo? —pregunté.

Asintió. Incluso con las contraventanas abiertas, aquello aparecía lóbrego. Unas sombras profundas se cernían sobre los rincones de la habitación. Encendí la linterna que llevaba y enfoqué el haz de luz hacia el techo. Todo parecía estar como lo había dejado unos días antes.

Lewis había traído un trípode. Seleccionó un punto en el centro del desván y lo instaló.

—No quiero usar el flash —dijo—. Dándole más exposición, hay luz suficiente.

Se dedicó un rato a su trabajo, usando diferentes encuadres, filtros y velocidades. Mientras trabajaba la temperatura pareció ir descendiendo gradualmente. La sensación de amenaza dentro de la habitación era muy intensa. Continuar allí resultaba muy difícil.

La última instantánea debía ser tomada desde la ventana hacía el interior del

desván. En el lado opuesto de la cámara había una vieja pared. Lewis instaló el trípode y se inclinó para mirar a través del visor. Al hacerlo, la expresión de su rostro cambió, y se levantó.

—¿Lo siente usted? —preguntó quedamente.

—¿Qué? ¿La amenaza?

—¿La amenaza? No, no es eso. Es otra cosa... creo. ¡Por el amor de Dios, tenemos que salir de aquí!

Sus palabras me sobresaltaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué siente usted?

Pero él ya había recogido la cámara y el trípode y corría hacia la escalera.

—¡Por el amor de Dios, dese prisa! Cada vez es más fuerte.

Bajamos presurosos por la escalera. La voz de Lewis me había puesto los pelos de punta. Él estaba aterrado y no se detuvo, sino que continuó bajando, arrastrando la cámara y el trípode. Yo le seguí tropezando. Al llegar abajo me volví, cerré de un portazo y jadeando eché torpemente la llave.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, boqueando en busca de aire—. ¿Qué ha sentido ahí arriba?

Lewis se dejó caer pesadamente en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Temblaba y, a pesar del frío, su frente estaba perlada de sudor. Levantó la cabeza para mirarme. Transcurrió medio minuto, un minuto, antes de que pudiera hablar.

—Era igual que... —Cuando finalmente pudo hablar, su voz sonó débil y cavernosa—. Yo estaba vivo pero sabía que no vivía realmente. Podía verlo y oírlo todo a mi alrededor, pero no podía tocar nada. Excepto... —se estremeció—, excepto para volver a vivir mi muerte.

Lewis se marchó poco después, llevándose los carretes de película de Egipto y los que él había impresionado en la casa aquella tarde. A pesar del extraño pánico que había sufrido en el desván, estaba totalmente resuelto a seguir hurgando hasta llegar al fondo del misterio. Casi tan pronto como abandonó el desván y se vio abajo, su talante cambió. Dos buenas copas de coñac nos devolvieron parte de nuestra anterior serenidad y compostura. Yo reí un poco, tratando de quitar importancia a aquella repentina y precipitada fuga por las oscuras y empinadas escaleras, igual que niños asustados en medio de la noche. Pero Lewis permanecía sombrío.

—Lo sentía —dijo—. He sentido esa amenaza de que me hablaba usted. La he sentido en cuanto he puesto los pies en el desván. Bueno, más que amenaza, era una sensación de *estar* amenazado.

—Sí —asentí—. Supongo que es eso. Como si alguien le deseara a uno un mal.

—Exacto —dijo—. Pero es más que eso. —Bebió su coñac lentamente, más para aplacar su ánimo que para saborearlo—. Como si le quisieran hacer daño a uno —continuó—, un daño físico. Como si quisieran hacer una travesura. Por odio, supongo, un odio terrible. Y resentimiento; también he sentido eso. Y algo más. Celos, creo.

—¿A eso se refería usted cuando ha dicho que se sentía compelido a volver a vivir su muerte? ¿Que alguien quería matarle? ¿Por celos?

Sacudió la cabeza con aire de hastío, como si deseara poder decir «sí» y dejar las cosas como estaban. Recobrar ánimos le costó un buen rato y varios sorbos de su copa.

—No —dijo—, no. Algo más. Algo que no existía al principio. Era de una clase muy diferente a su primera impresión, a la amenaza. Como si yo estuviera compartiendo las mismas sensaciones de esa otra persona. Como si fuera yo quien quisiera cometer el asesinato. ¡Algo terrible! Una sensación horrenda. Pero lo peor era que yo no sentía la menor repulsa. Al principio me sentí exultante de júbilo. Animado. Luego me sentí desolado, como si sufriera una depresión. Sentí cólera, una cólera controlada que aumentaba cada segundo que permanecía allí arriba. —Levantó la vista—. Si hubiéramos estado allí más tiempo, yo podría haberle asesinado a usted.

—Estoy seguro de que no —dije, pero al mirar más de cerca su rostro, habitualmente amable, comprendí que decía la verdad. Y me acordé de la ocasión en que Laura y yo habíamos bajado del desván, cuando al volverme para echar la llave a la puerta me embargó un acceso de cólera y estuve a punto de golpearla.

No se lo dije a Lewis, como si quisiera guardar un secreto, de la misma forma que uno guarda para sí una fantasía sexual o una estúpida esperanza.

Ya pasa de la medianoche. El reloj acaba de dar la hora hace un momento. Le doy cuerda una vez por semana; es uno de mis pocos hábitos, una de las pocas cosas que conservo del pasado. Es un reloj con diseño *art nouveau*, parecido a un pilón egipcio, recio en su base y ahusado hacia la cúspide, donde es cuadrado y tiene un saliente de madera. Su frente es esférico y está hecho de bronce, con unos bonitos números grabados en negro. Es más pequeño que un reloj de caja y tiene un gran péndulo de madera y bronce que marca los segundos con exactitud: un reloj dinámico e impaciente. Naomí tenía prohibido jugar con él, aunque de muy pequeña se pasaba las horas contemplando fascinada el vaivén del péndulo.

A veces se para. Siempre que se para es malo, como si el tiempo ordinario fuera desplazado y sustituido por otra clase de tiempo. El tiempo de ellos. Tal vez por eso soy tan puntual en cuanto a darle cuerda.

La casa está en silencio por una vez. Tengo todas las fotografías delante de mí, aunque ya casi no las necesito; no pueden mostrarme nada que yo no haya visto con mis propios ojos. Si logro superar esta noche, si el reloj no para su tictac, mañana iré a la iglesia y requeriré un exorcismo. Ha pasado mucho tiempo, muchísimo tiempo. Pero ¿querrán concederme un exorcismo? Sin confesión, nada resultará eficaz. Él querrá una confesión, el celoso y joven sacerdote que han puesto al frente de la parroquia desde el año pasado. Le conozco, no hará nada sin eso. ¿Tendré ánimo para hacerlo? ¿Después de todo este tiempo? Apenas lo pienso, y sin embargo... este silencio presagia algo. El tictac del reloj parece muy inseguro esta noche.

Lewis me telefoneó aquella noche hacia las nueve. Creo que había bebido, pero estaba más asustado que borracho. Había revelado las fotografías.

Laura había vuelto a casa unas horas antes y estábamos sentados en el salón, leyendo, aparentando una vida normal. Se entretenía en clasificar unas diapositivas de pinturas del *Fitzwilliam*, obra italiana de comienzos del *trecento*, trípticos cargados de rojos y relucientes dorados. Había conseguido su antiguo puesto y debía empezar dentro de quince días. Yo leía el tedioso diario de Margery Kemp, preparándome para una conferencia. También planeaba volver al trabajo la semana siguiente. El rostro de Laura quedaba en la penumbra y yo no podía interpretar su expresión. La mayor parte del tiempo no había expresión que interpretar en su rostro. Ni la luz ni la sombra puede dar vida a un rostro en blanco.

—¿Qué ha encontrado? —pregunté a Lewis—. ¿Hay alguna cosa?

—No puedo decírselo por teléfono —respondió. Parecía nervioso—. Tengo que visitarle otra vez.

—¿De qué se trata? Parece usted... —no podía decir «asustado», pues Laura sospecharía—, parece usted angustiado.

—¡Jesús! Estoy realmente despavorido. Se trata de las fotos, las que he tomado esta tarde en el desván. No sabe usted lo que tiene ahí. Esas pisadas que su esposa dice haber oído... eran auténticas. Afortunadamente no han subido ustedes allí. Siga mi consejo: Lárguense de esa casa. Si no por usted mismo, hágalo por su esposa. De ser posible, esta noche. Busque cualquier excusa, pero salgan inmediatamente de ahí.

—¿Qué ha visto usted? ¡Dígamelo, por el amor de Dios! —Me había olvidado de la presencia de Laura; el miedo de Lewis era contagioso.

—No puedo describirlo por teléfono. Escuche, telefonéeme a la oficina mañana por la mañana. Dígame dónde están e iré en el primer tren. Pero, por favor, salgan de ahí antes de que sea demasiado tarde.

Colgó, y yo hice otro tanto, temblándome la mano. Laura levantó la vista de su tarea.

—¿No puedes quitártelo de encima, Charles? ¿Qué quiere ahora? —Había adivinado que era Lewis. Le había dicho que me había visitado por la tarde. Empezaba a ponerme nervioso el tener que buscar una explicación a mis idas y venidas. ¿Pero cómo podía explicar su consejo de que abandonáramos la casa? ¿Que estábamos en peligro si continuábamos en ella? ¿Qué clase de peligro? Laura haría preguntas. ¿En qué habitación estaba el peligro? Dejar la casa estaba fuera de toda duda.

—¿Y bien? —insistió Laura. Tenía los nervios de punta y se le deterioraban cada día más. Marcharnos de allí no serviría de nada, ni tampoco tener otro hijo. Ella necesitaba a Naomí, pero Naomí ya no estaba.

—Tiene algunas fotografías —dije.

—¡Oh Dios! No más fotografías. Supongo que tratará de venderlas a *News of the World* o a cualquier otra publicación. Bien, puedes decirle a ese pequeño bastardo que no le queremos por aquí. Si no se lo dices tú, lo haré yo.

Había mentido a Laura acerca de las primeras fotografías, diciéndole que sólo se trataba de unas instantáneas de la casa tomadas por Lewis y que él necesitaba mi permiso para su publicación. No estoy seguro de que se lo creyera. La situación seguía siendo tensa entre nosotros, la mayor parte del tiempo éramos como dos extraños.

—Escúchame, Laura. —No valía la pena mantener un engaño que al final no haría más que empeorar las cosas—. No te he contado todo lo referente a las fotografías que trajo Lewis. Puede que sirva de algo que te las enseñe. Te ayudará a comprender.

Pensé que estaba haciendo el ridículo, pero era lo único que se me ocurrió. Laura no dijo nada. Aguardó en silencio mientras yo me dirigía al despacho en busca de la carpeta que contenía las fotografías: las de Lewis, las de Venecia y las de Navidad. Me senté al lado de ella y cogí las fotografías de Lewis.

—Éstas son algunas fotos que Lewis sacó dentro y fuera de la casa hace algún tiempo —expliqué—. Fueron tomadas después de que... Naomí se fuese. No quería enseñártelas porque algunas de ellas podrían ser... dolorosas. Pero creo que debes saberlo.

Fui enseñándoselas una a una, salvo aquella en la que aparecía Naomí. En el estado de Laura, podría haber significado una hiriente crueldad. Cogió la foto en que aparecían las dos niñas tomadas de la mano y de pie junto al columpio. Esbozó una sonrisa.

—Ésta es adorable —dijo—. Han quedado muy bien.

Debió de sorprenderle que yo la mirara tan extrañado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Habías visto antes alguna fotografía de estas niñas?

Meneó la cabeza. La luz del fuego daba de lleno en su rostro, otorgándole tonos de amarillo.

—No —contestó—. Pero las he visto a ellas jugando en el jardín. Parecen tan felices que no tengo valor para echarlas. Son muy dulces, aunque un poco raras.

—¿Dulces?

—¡Oh sí! He hablado con ellas. Dicen que viven aquí. ¿No resulta encantador? Pero nunca dicen dónde viven realmente, ni quiénes son sus padres, o quién las viste con esas prendas tan antiguas.

Volvió a contemplar la fotografía y luego otras donde aparecían las niñas. Finalmente, me miró.

—Charles, ¿quiénes son?

No respondí. Me estaba acordando del día de Nochebuena, de la comida en Dickins & Jones con Naomí, de cómo había sonreído cuando me había hablado de sus amigas imaginarias.

—Por favor, Charles, ¿quiénes son?

Extendí un dedo y señalé en la fotografía.

—Ésta es Victoria —contesté—. Y ésta es su hermana Caroline.

Laura no quería marcharse de la casa. Estaba asustada, desde luego; ¿quién no iba a estarlo? Pero no de la forma en que lo estábamos Lewis y yo. Creo que quería... Creo que, al haber visto antes a las niñas, hacía conjeturas acerca de Naomí. Así que le enseñé la fotografía en que ella y yo caminábamos por el sendero, mientras Naomí nos observaba. Ahora me pregunto, si no le hubiera enseñado aquella fotografía, ¿podrían haber salido las cosas de otra manera? Yo podría haberla persuadido de abandonar la casa, si no aquella noche, al día siguiente o al otro. Pero cuando le mostré la fotografía dijo que quería quedarse.

Pasamos el resto de la velada hojeando el viejo álbum de fotografías familiar. Empezamos con las de nuestra luna de miel, pero éstas nos llevaron a otras y, finalmente, a las de las Navidades anteriores. En vez de alterar su espíritu, aquellas últimas fotografías de Naomí parecían conferir a Laura una especie de paz. Ni siquiera la presencia en ellas del hombre y la mujer o las dos niñas podía alterar el hecho de que Naomí apareciera riendo, sonriendo, feliz. Creo que Laura hubiera aceptado cualquier cosa sólo por ver otra vez a Naomí.

Nos fuimos a acostar muy tarde y, por primera vez en más de dos meses, hicimos el amor. Fue el amor más triste que jamás habíamos conocido, un acto de afirmación carnal, una negación de la muerte de Naomí. Duró bastante. Después, Laura lloró, la primera vez que lloraba verdaderamente desde el asesinato de Naomí. La estreché en mis brazos hasta que se quedó dormida, y luego me dormí yo también, sin dejar de abrazarla, como flotando en la oscuridad, desnudo, incapaz de soñar.

Me despertó Laura sacudiéndome el hombro.

—Despierta, Charles. Despierta, por el amor de Dios.

—¿Qué pasa?

Estaba oscuro como boca de lobo. Recuerdo haberme aturdido como si hubiera bebido demasiado. Laura estaba sentada rígidamente en la cama, a mi lado.

—Escucha —susurró—. Escucha.

Al apagarse su voz, la habitación quedó en silencio.

—¿Qué...?

—Sssh.

Escuché. La quietud crecía a mi alrededor. Podía oír mi respiración, los latidos de mi corazón. En las profundidades del estómago sentí surgir el miedo. Y entonces escuché el sonido que Laura estaba esperando. El llanto de un niño. En la habitación. En la oscuridad, invisible pero perfectamente audible. El sollozo de un niño.

La mano de Laura aferró mi brazo y, sin darme tiempo a detenerla —¿y yo por qué habría de detenerla?— ella habló.

—¿Naomí? ¿Eres tú, Naomí? Háblame, cariño. ¿Eres tú?

El llanto cesó. Jamás había presenciado un silencio tan terrible. Yo quería que el llanto se detuviera y no deseaba pensar qué significaba aquello.

—¿Naomí? Si puedes oírme, háblame.

El silencio se prolongó durante varios minutos. Yo tenía erizados todos los pelos del cuerpo. No sabía qué era peor, si el llanto o el silencio subsiguiente.

—Naomí, cariño, no hay nada que temer, estoy aquí.

El sonido de unos sollozos ahogados, una respiración pesada, una absoluta oscuridad... Sentí ganas de gritar.

Encendí la luz que surgió repentinamente, blanca y áspera. Toda mi vida había soñado con una luz que acabara con la oscuridad tal como hizo aquella luz. La aspiré como si fuera aire, hasta el fondo de los pulmones; aire casi perfumado. La necesitaba toda.

Allí no había nadie. La habitación estaba vacía. Frente a nosotros se hallaba el tocador de Laura, con sus frascos y sus botes. Vi mi cara reflejada en el espejo redondo. Nuestras ropas estaban esparcidas por el suelo, donde las habíamos dejado con la premura de nuestro abrazo una hora o dos antes.

De repente, sentí un golpe, luego un segundo y después un tercero. Sin darme tiempo a recobrar el aliento, Laura se puso a horcajadas sobre mí, agitando los brazos y golpeándome con los puños en la cara y en el pecho. Tenía el rostro demudado y sus senos oscilaban con la violencia de sus movimientos.

—¡Maldito seas! —gritaba—. ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!

Sus puñetazos eran contundentes y dolorosos. Su ferocidad me agobiaba; y no podía impedir que me lastimara.

—¡Estaba aquí! —exclamó—. ¡En esta habitación! Y tú la has ahuyentado. ¡Has sido tú, maldito! ¡Podría matarte! ¡Igual que tú la mataste a ella!

Desesperado, la sujeté por los brazos y con un gran esfuerzo la aparté a un lado, derribándola. Las sábanas y mantas me tenían sujeto y me impedían revolverme debajo de Laura, a fin de usar mi mayor peso y fuerza para contrarrestar su furia. Parecía poseer la fuerza de dos o tres mujeres. Yo no soy un hombre fuerte ni un atleta; era cuanto podía hacer para librar mi cara de sus golpes, y mucho menos para dominarla. Me sangraba la nariz y el labio inferior, y sentía sangre en la lengua y las mejillas.

Finalmente conseguí sacar las piernas de entre las mantas y apoyar una rodilla contra su cadera. Mientras la obligaba a mantenerse de espaldas sobre la cama, empezó a lanzarme puntapiés y luego trató de darme un rodillazo en la entrepierna. Grité «¡Para! ¡Para!», pero ella seguía luchando, como poseída por el demonio.

Y entonces, cuando me puse a horcajadas sobre ella, sucedió algo terrible. Como un golpe más en mi ya magullado cuerpo, sentí un acceso de lascivia. En cosa de segundos, no sólo no traté de calmar a Laura, sino que intenté someterla y volver a

hacerle el amor. No, me he expresado mal, no había amor en ello. Este sentimiento no guardaba relación con los que experimentaba aquella noche, distintos de todo lo que había experimentado antes. Quería poseerla, eso era todo. No, había algo más. En el mismo instante supe que también quería matarla. Era un doble deseo lascivo y apenas podía diferenciar el uno del otro. Ello me proporcionaba fuerzas, rabia y arrogante decisión. Laura se estaba debilitando ahora. Su cólera la había abandonado tan rápidamente como había llegado la mía, como si una hubiera dejado paso a la otra.

—¡Charles! ¡Me estás haciendo daño! ¡Déjame! No te tocaré, déjame marchar.

Pero la obligué a seguir allí, usé mis rodillas para obligarla a abrir las piernas.

—¡Por favor, no! —gritó. El terror de su voz me excitaba más que nunca—. ¡Me estás haciendo daño!

En aquel momento se oyó un terrible estruendo, como si algo hubiera estallado, e instantáneamente me abandonaron la rabia y la lujuria. Fue como si éstas hubieran sido arrojadas de mi cuerpo por su propia explosión. Caí encima de Laura, sollozando, y los dos permanecimos así durante largo rato, igual que amantes exhaustos, quejándonos de las magulladuras que nos habíamos causado mutuamente. Al cabo de un rato, rodé sobre la cama.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

Laura se había incorporado.

—Mira —dijo.

Me arrastré hasta sentarme junto a ella y miré hacia donde señalaba con el dedo. Todo lo que había sobre la mesa del tocador —frascos de perfume, botes de crema, cajas de cosméticos— había sido barrido y arrojado violentamente contra una pared. El espejo estaba hecho añicos, no solamente cascado, sino convertido en mil fragmentos. Había cristales por todas partes.

Nos abrazamos fuertemente, necesitándonos el uno al otro más que nunca, más incluso que cuando la muerte de Naomi. Ninguno pronunció palabra. Tal vez nos temíamos oír nuestras propias voces. Así nos quedamos dormidos, agotados por el amor, la rabia y un acceso de lujuria que me resultaba difícil comprender.

Debí de haber apagado la luz antes de quedarme dormido. Recuerdo que desperté en medio de la oscuridad, sintiendo frío e inquietud. Tenía una sensación de peso, de que algo me estaba oprimiendo el pecho, como un fleje de hierro. Laura se había separado de mí, llevándose con ella casi todas las mantas y, no sentía el peso ni el calor de su cuerpo a mi lado. Una voz me estaba susurrando algo al oído. Una voz de hombre, suave, muy suave, dulce como la miel, pero la voz más odiosa que había oído jamás.

—No puedo estar tranquilo, señor. Su mujer es deliciosa, señor, pero es preciso detenerla. Debe usted detenerla como sea. Entonces tendrá usted toda la carne que quiera. Mucha, señor, mucha. Me encargaré de que ellas se desnuden para usted,

señor. Pero antes debe detenerla a ella, si no con palabras, entonces a la vieja usanza. Todos lo hemos hecho alguna vez. Hacerlo no es lo peor.

No era un sueño, aunque al principio creía que lo era, que estaba sólo parcialmente despierto. Pero la voz continuó, insinuándose dentro de mi conciencia tan clara e inconfundiblemente como si entrara por mis oídos. Y todo el tiempo se mantenía la presión sobre el pecho, ahogándome, imposibilitando mis movimientos.

Bruscamente, la voz se detuvo. Percibí un siseo en mis oídos y luego, nada. Simultáneamente se hizo el silencio y el peso me abandonó. Seguí echado varios minutos, recuperando el aliento, y luego me volví hacia Laura. Mi mano tocó las sábanas y las mantas pero no su cuerpo.

—¿Laura? —Me incorporé, experimentando una repentina sensación de pánico. Busqué torpemente a tientas la luz, resbalando en la oscuridad. Cuando pulsé el interruptor, vi que, efectivamente, la cama estaba vacía. Laura se había marchado.

En aquel momento oí un ruido encima de mí. El ruido de unas pisadas en el desván. Y, con ellas, algo más. El ruido de un pesado objeto que estaba siendo arrastrado por el suelo.

Dios mío, el reloj se ha parado. Le di cuerda ayer y no había motivo para que se detuviera ahora. Por supuesto, puede que eso no signifique nada. Pero hay un silencio opresivo. Cómo me gustaría abandonar esta casa. Cómo me gustaría dejarla.

Encontré a Laura en la habitación de Naomí. Estaba jugando con la casa de muñecas que mi padre había construido en sus ratos libres para Naomí. La niña tenía entonces tres años y era algo pequeña para la casa, pero mi padre había querido regalársela. Se había inspirado en una que había visto en el museo de juguetes de Wallington Hall, en Northumberland, pero había modificado el diseño del original para que su versión fuera una réplica más o menos exacta de la casa en que vivíamos.

Laura estaba hablando consigo misma en voz baja. Al menos, pensé que sus susurros iban dirigidos a ella misma. Ahora lo sé, por supuesto. Iban dirigidos a Naomí. Y posiblemente a Caroline y Victoria, aunque no puedo asegurarlo. No es que eso importe ahora.

Sostenía las muñequitas en la mano y las iba colocando con gran exactitud en las habitaciones de la diminuta casa. Hacía tiempo que Naomí había puesto nombre a las muñecas. Charles, Laura y Naomí, naturalmente. Y nombres corrientes que no significaban nada, como Caroline y Victoria. Y doctor Liddley y señora Liddley, lo cual nos había hecho reír. ¡El Dulce Jesús nos había causado risa! Nos preguntábamos de dónde diablos habría sacado aquellos nombres. Quité las muñecas de las manos de Laura y la aparté de la casita. Ella me siguió sin protestar, como una niña obediente que hubiera terminado de jugar. Volvimos a la cama, pero ninguno de los dos durmió durante el resto de la noche. Ya no hubo más ruidos en el desván, ni dije a Laura que había oído nada. En el suelo, junto a la mesa del tocador, brillaban los fragmentos de cristal a la fría luz artificial.

Lewis se presentó al día siguiente poco después de las nueve. Le presenté a Laura. Ya no tenía objeto continuar con la farsa. Le dije que Laura había visto las fotografías. Eso fue después, cuando ella se marchó de la habitación. Le mencioné que había algo que me había reservado para mí. Entonces me contó rápidamente lo que había visto al revelar las fotografías del día anterior, las mismas por cuya causa me había telefoneado.

—Les siguieron a Egipto —dijo—. Todas ellas. Incluso Naomí. Parecen que pasan... de un estado a otro. A veces a un estado enteramente normal, como habrían sido en vida. Otras, como han sido en el momento de la muerte. A veces sin forma

real. Es como si estuvieran transformándose constantemente.

Me estremecí. No le pedí que me enseñara las fotografías.

—¿Qué hay del desván? —pregunté. Laura estaba preparando café y disponíamos de unos minutos.

Palideció y miró en torno de la habitación y luego la puerta.

—Hay tiempo —dije—. La oiremos venir. Por el amor de Dios, dígame qué ha visto.

Por respuesta abrió una cartera de mano que llevaba y sacó un pequeño paquete de fotos. Me di cuenta de que su mano temblaba.

—Anoche —dijo—, antes de telefonarle, creí que estaba volviéndome loco. De ningún modo permita usted a su esposa ver estas fotos. —Golpeó levemente la pequeña carpeta—. Podrían alterar su equilibrio mental.

Empujó el montón de fotografías por encima de la mesa.

—Ahora no pasa nada —dijo—. A usted no le impresionarán. Estamos a plena luz del día. Pero yo las vi en el cuarto oscuro. Ojalá hubiera habido alguien conmigo, créame.

Abrí el paquete y saqué la primera fotografía. Al principio creí que se trataba de un error. No era en modo alguno nuestro desván, sino una habitación extraña que yo no había pisado en mi vida. Parecía más grande que nuestro desván. Las paredes estaban cubiertas de un monótono papel de color beige, en el suelo había más desgastadas alfombras y, desordenados grupos de pesadas piezas de anticuado mobiliario. Y la luz... la luz pertenecía a otra época del año. Tal vez a mediados de invierno.

—No se trata de ningún error —aseguró Lewis—. Ha salido del mismo rollo de película que el resto. Ya verá.

Más instantáneas correspondientes a la misma descolorida y desconocida habitación. Aunque habían sido cogidas en un papel vivo, a todo color y con una cámara moderna, nada de moderno había en la habitación. En una foto se veía arder una lámpara de aceite y la luz parecía mucho menos intensa, como si hubieran transcurrido horas y estuviera próximo el anochecer. Sin saber por qué, advertí una sensación de profunda melancolía en la escena, como si la habitación que contemplaba se hallara impregnada de una gran tristeza. Los muebles eran viejos, mal proporcionados y poco estéticos. Hasta la luz parecía viciada a su paso a través del aire de la habitación.

Lewis me agarró firmemente por la muñeca.

—Vaya despacio, ahora —indicó.

En la siguiente fotografía la habitación había cambiado. Una silla yacía de lado en el suelo. Las alfombras habían sido enrolladas, dejando el entarimado al descubierto. Y las paredes... las paredes estaban manchadas de sangre. Más que manchadas,

empapadas. Parecía sangre fresca, como si alguien acabara de pintar las paredes con ella. Asimismo, había chorreado abundantemente al suelo.

—Continúe —musitó Lewis.

Un ángulo diferente. Sangre en las paredes como antes, pero una luz diferente. Dos formas confusas en primer término. Las miré más de cerca. Dos niñas desnudas, puestas a gatas, y muy delgadas. Una miraba a la cámara y la otra al suelo. Había vestigios de sangre en su piel y en su cabello largo y enmarañado. Sus delgados cuellos estaban rodeados por unos collares de cuero y los collares estaban sujetos con cadenas. Creí reconocerlas; sabía que las había visto antes.

—Sí —asintió Lewis—. Las mismas.

Arrojé a un lado aquella fotografía y miré la siguiente. En ésta sólo había una niña, la mayor de las dos. Estaba desnuda, como antes, pero empapada de sangre. Estaba... ¿cómo lo diré?, ¿me atreveré a escribirlo? Mencionaré sólo sus brazos. Estaban extendidos hacia mí, hacia el observador, levantados en un gesto mudo de... ¿de qué? ¿Rabia? ¿Súplica? ¿Repulsa? ¿Persuasión? Tenía las manos cortadas por las muñecas. Pero no de una manera burda, sino que parecían amputadas con la precisión de un cirujano. Eso es todo lo que diré. No tengo valor para decir más.

Se oyeron pisadas de Laura en el corredor y el sonido del tintineo de la vajilla. Recogí presurosamente las fotos y se las devolví a Lewis, que las deslizó dentro de su cartera de mano. Laura llamó a la puerta. Al abrir me invadió una oleada de absoluta repugnancia. No vomité en el cuarto de baño, sino que devolví el desayuno a mitad de la escalera.

Cuando regresé, dije a Laura que mi malestar gástrico obedecía a la tensión de la noche anterior. Naturalmente, no me creyó y nos miró a los dos como si sospechara que nos traíamos algo grave entre manos. Cogí una taza de café e hice un esfuerzo para beberlo, sorbo a sorbo, sin azúcar, tan negro como mi talante. Lewis tuvo el valor que a mí me faltaba.

—Mrs. Hillenbrand —dijo—, he enseñado a su marido algunas fotografías más. Las tomé ayer en el desván. Contienen... —Vaciló—. Digamos que son muy impresionantes. A Charles no le he mostrado las peores. Pero ya ha presenciado usted el efecto de las que acaba de ver.

Laura no dijo nada. Lewis prosiguió:

—Creo que tienen ustedes dos opciones. La primera es salir de esta casa ahora, hoy mismo, en cuanto hayan hecho las maletas. Acudan a un corredor de fincas, pongan la casa en venta, despréndanse de ella. —Hizo una pausa—. Ésa es su primera opción. Desgraciadamente, deja sin resolver la situación. Quienquiera venga a vivir aquí después, puede encontrarse con lo que han encontrado ustedes.

—No ha sido tan espantoso —replicó Laura—. No veo motivos para abandonar la casa por culpa de ello.

—No —respondió Lewis. Estaba muy tranquilo. Lo había pensado detenidamente—. Tiene usted toda la razón. Hasta aquí nada grave había ocurrido. Es más cuestión de nervios que otra cosa. Pero ahora ha ocurrido algo que rompe el equilibrio. Sospecho que ese algo se debe a la muerte de su hija. Antes de eso, ustedes no tenían problemas. Estas... ¿cómo llamarlas?... presencias, fantasmas, como prefiramos, no han estado presentes solamente aquí, sino dondequiera han ido usted y su esposo. En Venecia, por ejemplo. Y estoy seguro de que también en otras partes. Pero después de la muerte de Naomi parecen haberse hecho más visibles dentro y alrededor de esta casa. Su esposo me dice que ha visto usted realmente a esas niñas y ha hablado con ellas.

Laura asintió con la cabeza. No estoy seguro, pero creo que se estremeció. Tenía más miedo al recuerdo que al hecho. Lewis continuó:

—En las fotos de Egipto y las que he tomado aquí, ellas presentan el inicio de una mutación.

—¿Una mutación? —Las cejas de Laura se enarcaron por un instante. ¿Le estaría ella siguiendo la corriente incluso entonces?

—Cambiar de un estado a otro distinto. Mostrarse en más de una forma. Especialmente las niñas, pero también la mujer de gris y la hija de usted. Adquieren distintas formas, que desde luego no voy a detallar, pero si las viera usted en esos... estados de mutación, puede que no arqueara tanto las cejas.

Conque se había dado cuenta. Bien, nuestro Mr. Lewis no era ningún patán. Era un galés recalcitrante, un exalcohólico, pero lo bastante agudo para percibir todo aquello.

—El hombre es diferente —continuó—, aunque también cambia, a su manera. Las habitaciones son igualmente susceptibles de transformación.

—¿Las habitaciones? ¿Qué quiere decir?

—Tengo fotos de esta habitación —explicó—. Es la misma, pero tal como era hacia mediados del siglo pasado. Tal vez un poco antes. Al menos, ésa es mi opinión. En una de las fotografías, la mujer está sentada en una silla. Exactamente aquí, junto a la ventana.

Señaló un punto y nosotros seguimos la dirección de su dedo. Me estremecí, pensando que ella podía estar allí ahora, observándonos. Lewis continuó. Se seguía dirigiendo principalmente a Laura.

—Ha habido... algunas manifestaciones. Ustedes han escuchado sonidos. Ayer, su esposo y yo estuvimos en el desván. Sentimos... —Se detuvo, buscando el modo de expresar lo que habíamos experimentado.

—Un cambio de emociones —apunté, intentando distanciarme de la atrocidad que había sentido.

—Sí —dijo Lewis—. La cólera desplazando a lo que quiera que hubiese habido

anteriormente.

—Bien, ¿qué objeto tiene todo esto? —preguntó Laura con impaciencia. El insomnio no había mejorado su humor.

—¿Qué objeto? —Ahora le tocó a Lewis enarcar las cejas—. El objeto es el siguiente, Mrs. Hillenbrand. —Siempre reservaba una cortés formalidad para con ella—. Si estos cambios se vuelven más... violentos; si las... criaturas que rondan por su casa adquieren un estado más tangible, usted no deseará estar aquí. No exagero. Es más, temo por ustedes, aunque no logro explicarlo. Siento... Permítame decir que he sentido aquí una terrible sensación de amenaza. Puede que usted no, pero le aseguro que está aquí.

—No entiendo —dijo Laura, haciéndose eco de mis propias dudas anteriores— cómo es posible que una cámara recoja imágenes invisibles a simple vista. Una cámara no es... un instrumento espiritual. No es un objeto que forme parte del arsenal de un médium. —Mostraba una deliberada afectación. Podía hacerlo, por supuesto, formaba parte de su carácter. El amaneramiento y el desdén.

Lewis dejó su taza de café después de beber un sorbo. Vi que su mano había dejado de temblar. Parecía muy tranquilo.

—En los últimos días he estado pensando mucho en este pequeño detalle. Mucho. Ha sido para mí una fuente infinita de molestias. Como usted dice, la película fotográfica es sensible a la luz, no a las emanaciones espirituales. Sin embargo, ahora me parece que hemos estado mirando todo este asunto de atrás hacia delante, por así decirlo.

Hizo una pausa, no tanto para causar efecto como para ordenar sus ideas, que todavía estaban sólo a medio formar. Laura guardaba silencio. En las maneras de Lewis había algo que la cautivaba.

—La cuestión es que —continuó él—, como usted dice, la cámara es un instrumento de dimensiones limitadas. Sólo puede ser empleada así o así. —Hizo un gesto con los dedos, como si estuviera sosteniendo una cámara—. Se puede alterar la longitud focal o la velocidad del obturador o el ángulo del objetivo. Pero si no está mal enfocada o puesta a una velocidad errónea, impresionará con bastante precisión todo lo que entre por su objetivo.

Se pasó la mano por la cabeza, atusándose el cabello.

—Ahora bien —continuó—, al ojo humano no le ocurre exactamente lo mismo. El ojo es, quizás, enteramente inflexible. No podemos hacerlo sensible a los rayos infrarrojos ni actuar como un microscopio. Una cámara puede ser más flexible. Pero la visión real no está en el ojo, sino en el cerebro. Es el cerebro el que graba las impresiones que le envía el ojo. Nuestro cerebro no es de fiar. Las percepciones varían de un sujeto a otro.

Hizo otra pausa para beber y, creo, para aplacar sus nervios.

—Lo siento —murmuró—. No me estoy explicando bien. Mire, lo que quiero decir es esto: pienso que lo que ha visto mi cámara, que lo que yo he fotografiado es... como son las cosas realmente. A veces son normales, como esta habitación en este momento. A veces es la misma habitación pero como ha sido en el pasado. Y a veces es la misma habitación, todavía en el pasado, pero cambiada. Es como si la habitación se desplazase a través del tiempo y la cámara fotografiara exactamente esas distintas épocas. Pienso... pienso que las imágenes están ahí la mayor parte del tiempo y, por tanto, aparecen en la película. Lo que ocurre es que nosotros no las vemos. No estamos... sintonizados. ¿Lo comprende? La carencia está en nosotros, en nuestra percepción, no en la cámara.

Miré alrededor de la estancia y me estremecí.

«Como son las cosas realmente...». Estábamos viviendo en un estado de irrealidad, en un sueño de nuestra propia realización. Aquella habitación podía estar llena de espectros, poblada de todos los muertos que había habido en esta casa, pero nosotros no podíamos verlos.

—Pienso —prosiguió el galés con una voz que había descendido a poco más que un susurro—, pienso que, poco a poco, la presencia de ellos puede estar asentándose aquí, que empezaremos a verlos y a escucharlos cada vez más a menudo.

—Ha dicho usted que teníamos dos opciones —terció Laura—. ¿Cuál es la segunda?

Lewis no respondió en el acto. Tal vez se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, de que ella, después de todo, podía preferir la segunda opción.

—Subir al desván —anunció, finalmente—. Ahí está el alma de este asunto, ésa es su morada. Averiguar lo que es. Y poner fin a todo esto.

Nadie habló durante un buen rato. Lewis había disparado su última andanada y esperaba ver alguna señal de que había hecho efecto. En medio del silencio el reloj dejó de hacer tictac por primera vez. Me llamó la atención por lo extraño, pero no dije nada. Estaba pensando en lo sucedido el día anterior. Para mi sorpresa, Laura fue la primera en hablar.

—No concibo que tenga que irme de aquí —dijo—. Es mi hogar. Es el hogar de Naomí. —Vaciló—. Su único hogar. Si ella está aquí, yo no puedo irme.

Lewis, antes de hablar, la miró durante un largo momento.

—Entonces, ¿subirá conmigo al desván?

—No tengo miedo —contestó ella.

—Debería tenerlo.

—Después de lo ocurrido ayer... —acotó—. ¿Cree usted que estaremos seguros volviendo allí?

Lewis se encogió de hombros.

—¿Seguros? —exclamó—. ¿Cómo voy a estarlo? Ni siquiera estoy seguro de que mis hipótesis sean correctas. Creo que si escogemos un mal momento, podremos subir allí y volver sin ver, oír o sentir nada. Lo difícil es saber cuándo es el momento oportuno para hacerlo. Nos ayudaría mucho conocer si hay una especie de periodicidad. Tal vez la haya, pero llevará tiempo averiguarlo.

—¿Qué espera usted averiguar?

—Si lo supiera, no tendría que subir ahí. Pero tengo la sensación de que en su desván hay más de lo que los ojos ven.

Se puso de pie.

—Primero salgamos fuera —dijo—. Tengo que comprobar algo.

Le seguimos. En el jardín aparecían los primeros signos de la primavera. Los árboles presentaban un aire de absoluta normalidad. No podía imaginarlos deslizándose para revelar otra realidad. Poseían raíces, eran firmes, seguros, y sus únicos cambios eran internos y estacionales: la caída de las hojas secas y el brote de las yemas.

Lewis echó a andar directamente por el lado de la casa. Alzó la cabeza y miró hacia el desván, y luego avanzó decididamente a grandes zancadas por el flanco del edificio, contando los pasos en voz alta.

—Cincuenta y tres —dijo, volviendo la cabeza hacia nosotros—. Ahora, vamos a ver qué encontramos arriba.

Subimos por la escalera, angustiados y en silencio. Yo ya empezaba a sospechar lo que buscaba Lewis. Laura estaba tensa y todavía enojada, como si la presencia del galés la amenazara de alguna forma. Sin darme cuenta, me encontré escuchando

atentamente, como si esperase oír alguna protesta de aquellos seres cuyos secretos estábamos tratando de revelar. Pero el único ruido que se oía era el de nuestras propias pisadas y el ocasional crujido de algún peldaño.

Giré la llave de la puerta del desván. Ahora que lo pienso, me asombro de mi propio valor —de mi estupidez, debería decir— al manipular el pomo y abrir la puerta de un tirón. Las fotografías me habían predispuesto para presenciar cualquier horror pero solo no habría tenido agallas para subir. Mi linterna puso al descubierto la escalera y nada más. Allí sólo reinaba la oscuridad y una sensación de expectación. Allí estaban, invisibles, esperando que subiéramos, con sus viejas y mohosas ropas y su cabello desordenado.

Vacilé un momento en el umbral. Podía sentir que aquello estaba allí, tirando de mí igual que una araña tira de los andrajosos bordes de su tela. Miré a Lewis.

—¿No hay forma de saberlo? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo.

—¡Oh, por el amor de Dios! —estalló Laura—. Os estáis comportando como dos niños.

De pronto, me arrebató la linterna de la mano, me hizo a un lado y traspuso decididamente la puerta. Sus pisadas se dejaron oír con fuerza y su voz empezó a llegar amortiguada hasta nosotros, como si viniera de muy lejos.

—A mí me parece que todo está en perfecto orden.

—No se trata de cómo parezca, Mrs. Hillenbrand —gritó Lewis—. Lo que realmente importa es cómo es. Vamos a subir, pero esté lista para largarse al menor indicio de algo anormal.

Me dio la linterna que llevaba y sacó otra de su cartapacio. Empecé a subir delante de él, con el corazón desbocado, peldaño a peldaño, observando, atento a cualquier señal.

Laura estaba esperando junto a la ventana. El desván parecía igual que siempre. Me resultaba imposible relacionar las fotografías que me había mostrado Lewis con lo que había a nuestro alrededor. La luz diurna entraba por las contraventanas abiertas de la ventana, debilitando la luz de las linternas. Apagué la mía, como Laura había hecho ya con la suya.

Lewis se aproximó a la ventana, ignorando a Laura, y se puso de espaldas con una media vuelta rápida. Seguidamente, empezó a dar pasos y contarlos, jadeando, como había hecho en el jardín, hasta llegar a la pared más apartada.

—Treinta y siete —anunció.

Ninguno dijo nada. Creo que todos comprendíamos lo que significaba aquello. El sudor se me helaba en las manos. Deseaba salir para siempre de aquella habitación. Laura continuaba donde estaba desde el principio, cerca de la ventana.

—Lo que buscamos está al otro lado de esta pared —informó Lewis. Hablaba con calma, sin apresurarse; pero yo sabía que su autocontrol era su medio de protegerse de un pánico que, si no lo refrenaba, podía destruirle.

Golpeó la pared fuertemente con el puño. Parecía muy sólida, hecha de ladrillo. Quizás estuviéramos equivocados, después de todo.

—Vamos a necesitar algo contundente. Una maza o una piqueta.

—¿Se propone derribarla? —pregunté y supe que era una pregunta estúpida.

—Preferiría no hacerlo —repuso Lewis—. Pero si queremos averiguar qué está provocando todo esto...

—Iré a buscar algo —dije—. Espere aquí.

Cuando regresé cinco minutos más tarde, provisto de una piqueta y una recia pala del cobertizo del jardín, en el desván reinaba una tensión incómoda. Lewis alzó la vista cuando entré.

—Esto sigue tranquilo —dijo.

Laura bufó, airadamente:

—Te está tomando el pelo, Charles. ¿No lo ves? Ha trucado las fotografías en su maldito estudio.

—Cierra la boca, Laura. —Nunca le había hablado de aquella forma. Se quedó muda, como si le hubiera propinado una bofetada. En cierto modo, así era.

Lewis cogió la pala y yo usé la piqueta. En la hoja quedaban astillas de madera, de cuando yo había cortado leña para la chimenea en el otoño. Era un alborozo ahuyentar el silencio y el miedo a fuerza de golpes. El yeso se desprendía en placas y se pulverizaba al caer al suelo. La obra de ladrillo resultó más obstinada. Trabajamos juntos sobre un pequeño trozo del centro de la pared, golpeando con todas nuestras fuerzas pero sin mucho éxito, hasta que de improviso cedió un ladrillo y cayó al suelo. Centramos nuestro esfuerzo en el agujero, agrandándolo a golpes de piqueta, trozo a trozo, y con violentas acometidas de la pala.

—Espere —indicó Lewis, alzando la mano—. Ya es suficiente para ver lo que hay al otro lado. Páseme la linterna.

Había dejado la linterna apoyada encima de una caja, para que nos proporcionara iluminación mientras trabajábamos. Se la tendí. Se inclinó y oteó por el hueco, manteniendo la linterna pegada a su mejilla y moviendo el haz de luz lentamente a través del largo arco. Debió de estar un minuto o más en cuclillas, pegado al agujero. De sus labios no salía ni una palabra. Finalmente se retiró.

—Oiga —dijo—, véalo usted mismo. —Le temblaba la voz. Aun sin la linterna, pude ver que su rostro estaba pálido.

Me incliné hacia el agujero y dirigí el largo y blanco haz de la linterna hacia el espacio que había al otro lado. Al principio, apenas descubrí nada. Luego, lo que vi cobró forma. Con una serie de imágenes captadas a la luz de la linterna, creé una

escena completa.

Detrás de la habitación donde estábamos había otra. Seguramente no había cambiado en más de cien años. Era, con ciertas alteraciones, la misma habitación de las fotos de Lewis, la habitación cuyas paredes relucían de sangre. El mohoso papel de las paredes estaba cubierto de manchas oscuras. De los rincones y las esquinas salientes colgaban telarañas. Junto a la pared de atrás había dos sillas y una mesita con una gruesa capa de polvo. Aún descansaban sobre la mesa lo que parecían ser platos y una jarra. Detrás de ello había una lámpara de aceite rota. Se veía una pila de libros, engrosados por el polvo de décadas. Una mesa larga y estrecha, que parecía demasiado baja para comer en ella. Un pesado cajón de madera. Y en el suelo, envueltos en lo que parecía una tela de saco, tres delgados bultos atados con cuerdas.

No quiero describir lo que encontramos en aquella habitación. Si lo contara todo, no me creerían. ¿No es extraño que después de todo este tiempo, después de haber acontecido tantas otras cosas, me muestre tan reticente? Pero en torno a lo que encontramos y vimos había una intimidad, una particularidad, que incluso ahora me resulta embarazosa. Era como si hubiéramos irrumpido en algo íntimo, como el sexo, o como una larga muerte. Éramos intrusos en las tinieblas de alguien.

Lewis y yo seguimos agrandando el agujero hasta que pudimos pasar por él sin dificultad. Laura se unió a nosotros. Ahora no decía nada, rendida a la evidencia. Le entregué mi linterna y fue dirigiéndola hacia atrás y adelante a través de las telarañas y el escaso mobiliario. Se estremeció al ver que un ratón huía velozmente del foco luminoso. Me devolvió la linterna.

—Yo ya he visto antes esta habitación —susurró en voz muy baja, junto a mi oído.

—No puedes haber... —empecé.

—¡Oh, sí! —exclamó—. En sueños. He soñado con ella más de una vez.

—Pero cuando viste las fotografías...

Meneó la cabeza.

—En mis sueños no aparecía como en las fotografías. Era como ésta.

Quise preguntarle más, pero se alejó. Parecía reacia a entrar en la habitación o a estar cerca de ella. Me pregunté cuándo había tenido tales sueños y qué había ocurrido en ellos. Lewis fue el primero en pasar por el hueco. Yo le seguí más tarde, resbalando con los pies sobre una capa de polvo. Algo cruzó velozmente por las vigas que había sobre mi cabeza. Apunté con la linterna hacia el techo, pero no vi nada. En otra época había habido allí una claraboya, pero alguien la había tapado con tablas y clavos hacía muchos años. Sin luz natural, aquel desván debía haber estado realmente muy oscuro. Creo que fue en aquel instante cuando me di cuenta por primera vez de lo que ya debía haber sido obvio para mí: de que, una vez levantada la pared, nadie podía haber entrado ni salido de la pequeña habitación.

Dejamos para el final los bultos que había en medio del suelo. Creo que los dos teníamos una idea de lo que podían contener. Eché una ojeada a la pila de libros. En su mayoría eran publicaciones médicas. Encima había ejemplares encuadernados de viejas revistas de medicina: el primer volumen de *The Lancet*, publicado entre 1830 y 1832, varios años de *The Medical Time and Gazette*, y un paquete muy deteriorado de *The British and Foreign Medical Review*. Hallé varios libros de texto que databan de mediados del siglo pasado: *Lectures on the Principles and Practice of Physic*, de Watson; una última edición de Cullen, *Materia Medica; Study of Medicine*, de Good, y *Anatomie Générale*, de Bichat.

Encima de una silla encontré un estuche de madera, casi sepultado bajo una gruesa capa de polvo y telarañas. La esparcí hacia un lado, cogí el estuche y lo puse sobre la mesa. A un lado tenía una oxidada cerradura de bronce. Lewis me dio un cortaplumas. Metí la hoja bajo la cerradura, hice palanca y saltó. Al levantar la tapa quedó al descubierto una colección de instrumentos quirúrgicos con mango de marfil: escalpelos, una sierra pequeña, pinzas, un trépano y otras herramientas cuyo nombre ignoro. A pesar de los años transcurridos, sus pulimentadas superficies brillaban a la luz.

Dejé el estuche y seguí buscando en la habitación. No sabíamos qué estábamos buscando, ni si realmente existía algo en concreto que pudiéramos encontrar. Un momento más tarde oí que Lewis me llamaba en voz baja. Crucé la habitación y me aproximé a él, que estaba arrodillado al lado de la pared.

—Mire esto —señaló.

En el suelo se veían varios trozos de cadenas, cada uno enganchado a la pared por una recia argolla. Algunas cadenas tenían en los extremos collares de cuero, unos con hebillas y otros con grilletes de metal. Los collares estaban desabrochados. Sentí como si me inyectaran agua helada, al acordarme de la niña de la fotografía, la que estaba a gatas, con un collar alrededor del cuello.

Cerca de las cadenas había una mesa larga. De no haber sido por la parafernalia médica, no hubiera podido adivinar su propósito tan rápidamente. Pero me pregunté por qué habría sido necesario, incluso en épocas anteriores al uso de la anestesia, acoplar a la mesa aquellas fuertes correas con hebillas metálicas. No era tan difícil adivinar el propósito de los surcos que habían sido practicados en la superficie, y que conducían a unas pequeñas aberturas en el centro y en cada esquina.

El gran arcón de madera contenía ropas, en particular vestidos confeccionados para una niña de más de ocho años. Lewis sacó una prenda y la levantó delante de mí. Estaba muy gastada pero era reconocible. Pertenecía a una de las niñas de las fotografías.

—No me siento bien —dijo Lewis—. Llevamos aquí mucho tiempo. No creo prudente tentar nuestra suerte.

—Pienso que antes de marcharnos deberíamos examinar eso —opiné, señalando los bultos cubiertos de telaraña que había en el suelo—. Si no lo hacemos, tendremos que volver.

Asintió de mala gana. Extendió el brazo y me pidió el cortaplumas. Se lo di sin pronunciar palabra; y prefería que los abriera él. Se acercó al primer bulto y se arrodilló. Medía un metro de largo y parecía el cuerpo de un moderno aspirador.

La navaja cortó la cuerda sin dificultad. La arpillera, por su parte, no ofreció demasiada resistencia. Cuando Lewis se puso a horcajadas encima, el tejido cedió, arrojando pequeñas nubes de polvo y suciedad contra su cara. En pocos segundos

hizo una gran incisión a lo largo del fardo. Dejando la navaja a un lado, tiró de ambos lados de la abertura y el saco se rompió por sus extremos, dejando al descubierto su contenido. Enfoqué con la linterna.

Lewis maldijo en voz baja, y se apartó, lleno de repugnancia. Allí había un cúmulo de restos humanos parcialmente momificados. Era obvio que el cuerpo había sido cortado en trozos que habían sido metidos allí, sin orden ni concierto. El cráneo, ya seco, aún conservaba pelo, un pelo largo y enredado del color del oro viejo. En un dedo de una mano momificada relucía un anillo. Inmediatamente resultó claro que aquellos restos pertenecían a un niño.

Lewis se incorporó. Yo era incapaz de retirar la vista de aquella lastimosa imagen. En aquel instante, de pronto, la temperatura descendió. En pocos segundos se volvió lacerantemente fría. Lewis me tiró del brazo.

—¡Por el amor de Dios —gritó—, vámonos de aquí!

El haz de la linterna iluminaba el vapor de mi aliento. Al volverme, vi a Lewis junto al hueco de la entrada, haciéndome señas de que le siguiera. Entonces, como si se hubiera operado un cambio en mi vista, me percaté de que en la habitación había otra fuente de luz. Miré alrededor y vi que alguien había encendido la lámpara de aceite que había encima de la mesa. Y la luz que despedía me permitió ver que la habitación ya no era tan sórdida, que habían desaparecido el polvo y las telarañas y que alguien me estaba observando desde la pared del fondo. Era el hombre del traje negro y el rostro blanco que me había seguido a Venecia y Egipto. Estaba sonriendo.

—Ellos no lo entenderían, señor —dijo. Su voz parecía venida desde muy lejos, de las profundidades de una gruta. Era la misma voz que había oído en sueños la noche anterior. El hombre sostenía en la mano algo que brillaba apagadamente a la luz amarilla. Se parecía a un cuchillo.

Noté que me tiraban del brazo y entonces fui apartado de aquella figura de negro. Lewis me estaba sacando a rastras por el agujero. El desván que había al otro lado estaba cambiado también. En la ventana había unas cortinas grises, un espejo colgaba de una pared y unas velas ardían en unos candelabros de bronce situados sobre una mesa muy alargada.

Y entonces me arrastraron escalera abajo, medio tropezando, medio cayendo. La puerta estaba abierta. Lewis me hizo pasar por ella y la cerró de un portazo. Su mano temblaba cuando echó la llave.

Una voz susurró seductoramente en mi oído:

—Llegará a ser más fácil, señor. Se lo aseguro.

Miré en derredor, pero allí no había nadie.

Nos costó un rato recuperarnos. Laura estaba muy afectada, aunque optó por encerrarse en sí misma. Su resistencia parecía totalmente rota. El escepticismo había constituido un medio de aislarse de su cada vez mayor conciencia de que una nueva realidad amenazaba con minar el frágil mundo que había levantado alrededor de ella.

No es que Laura fuese una acérrima atea o una inflexible racionalista, alguien para quien la presencia de lo sobrenatural podía encerrar una amenaza. Iba a la iglesia de vez en cuando, leía su horóscopo en los periódicos y revistas y casi creía en ello. En una ocasión en que le salió un herpes y sufría mucho, acudió a un curandero. Creer en fantasmas y huir de aparecidos no le hubiera resultado difícil.

Su problema estribaba en aceptar la muerte de Naomí. Si se hubiera convencido de que Naomí estaba realmente muerta, bien como un ángel en los brazos de Jesús o con sus restos en un camposanto rural, eso habría sido duro pero soportable. Pero lo que golpeaba con más fuerza a Laura era saber que de alguna manera la niña podía estar todavía con vida, consciente y accesible, aunque en una dimensión distinta. Era incapaz de dormir, sabiendo que Naomí podía necesitarla y que ella no tenía a su alcance medio alguno de satisfacer rápidamente aquella necesidad.

Un rato después, Lewis me llevó aparte. Estábamos en el jardín, donde habíamos ido a buscar refugio, lejos de la casa.

—Tendrá usted que averiguarlo todo —dijo—. Su esposa necesita algo más que palabras tranquilizadoras, amigo. Necesita entenderlo en términos absolutos, necesita una razón de todo esto, una explicación.

—¿Cree usted que puede existir alguna? —pregunté. Laura estaba sentada en un banco del jardín, no muy lejos, contemplando cómo los pájaros construían un nido blanco en las ramas de un castaño.

—Naturalmente, no quiero decir que podamos encontrar una explicación científica a esas manifestaciones. Ni aquí ni allí. Pero algo sucedió hace mucho tiempo en esta casa, algo que aún sigue perturbándola. Conociendo su origen, tal vez pueda resultar menos amenazador. El miedo a lo desconocido es lo peor.

Yo estaba de acuerdo y dije que empezaría a trabajar en la investigación. ¿Habrían sido las cosas diferentes si hubiera dicho que no? ¿Habría hecho lo que hice si no lo hubiera sabido?

Hace días que no veo a Laura. Debe de estar malhumorada, en alguna parte. Me pregunto si sabrá lo que me propongo, lo que estoy escribiendo. Me pregunto si habrá visto las fotografías...

Durante las tres semanas siguientes me consagré a la investigación. Dividí mi

tiempo entre la biblioteca pública y el registro del condado, en Shire Hall, con algún que otro viaje a la biblioteca de la universidad y al Trinity College. En aquellos días, la biblioteca pública se hallaba aún detrás del Ayuntamiento. La bibliotecaria encargada de la recaudación de Cambridge me condujo amablemente por entre las complejidades de las listas de contribuyentes del lugar, de las viejas guías de calles y de las guías generales de Cambridge, que databan de 1790.

Durante semanas recorrí kilómetros de pasillos por los archivos, sorteé infinidad de papeles impresos y manuscritos, hasta que llegué al hombre de negro. ¿O todo el tiempo él estuvo viniendo a mi encuentro?, o ¿Nos buscábamos el uno al otro, igual que dos planetas convergentes a punto de chocar y caer a plomo en el esculpido y ladeado centro de las cosas?

El simple acto de la investigación fue más terapéutico para mí de lo que podrían haber sido jamás un descanso o unas vacaciones. Estaba haciendo una labor que me era muy familiar. Me pasaba los días entre archivos, desenterrando nombres, fechas y hechos largo tiempo olvidados. Aunque se trataba de un tema muy diferente del de mi profesión, sus técnicas me resultaban suficientemente familiares como para infundirme un sentido de la rutina, una ilusión de que lo que estaba haciendo era una cosa normal y que mis inquietudes no eran más que inquietudes cotidianas.

Pedí a Laura que fuera a Northampton con su hermana. Al principio puso reparos, pero la experiencia vivida en el desván la había abierto a la persuasión. Por mucho que la presioné, no quiso contarme exactamente lo que había visto allí. Cuando el desván sufrió la mutación, ella estaba en el otro extremo. Por lo menos acerté en que no había visto al hombre de negro. Eso fue todo lo que me contó.

Con el pretexto de que estaba haciendo reformas en mi casa, logré convencer a la dirección del colegio de que me dejara alojarme en una habitación de huéspedes. Las primeras noches tuve miedo de que me siguieran hasta allí. Cuando me dirigía a mi habitación desde la biblioteca, oía pisadas en la oscuridad. En la cama, por la noche, contenía la respiración cada vez que sonaban pasos en las escaleras del pasillo. Pero pasaban de largo y me dejaban solo, con el corazón desbocado.

Pieza a pieza, recopilé un archivo de notas y fotocopias. Todavía lo tengo aquí, en el despacho, un cajón de metal negro abovedado y cerrado con llave en mi armario del rincón. Por supuesto, ya no necesito mirarlo; conozco al detalle todo su contenido.

Su nombre era Liddley, doctor John Augustus Liddley, MB, LSA, MRCP. La sigla LSA correspondía a licenciado de la Sociedad de Farmacéuticos. Las cualificaciones pasaron a ser de uso corriente después de la Ley Médica de 1858, pero antes de eso solían obtenerlos los médicos de medicina general. En los días de Liddley seguía habiendo mucha rivalidad entre los estamentos de la medicina: médicos, cirujanos y farmacéuticos. Las enfermeras y comadronas aún no estaban en

liza. La élite seguía siendo la élite: la Escuela de Médicos no tenía nada que ver con la Escuela de Cirujanos, ni ésta con el Paraninfo de Farmacéuticos.

Pero los otros —los miembros y licenciados ordinarios— no eran tan quisquillosos, especialmente los que vivían fuera de Londres. Los colegiados podían mantenerse al margen de realizar cortes, hacer sangrías y usar la lanceta, pero los médicos ordinarios difícilmente podían permitirse tales remilgos. La promulgación de la Ley de Boticarios de 1815 hizo obligatoria la posesión del LSA para cualquier profesional de la medicina que deseara preparar y recetar medicamentos.

John Liddley se graduó en medicina en 1823, tres años después que su licenciatura en filosofía y letras, a la edad de veintiún años. Aparece registrado en el *Munk's Roll*, el original de 1878, no en el volumen posterior de Browne. Allí pueden ustedes encontrar todos los detalles concretos, como hice yo, y leerlos por ustedes mismos. Sólo los hechos básicos, por supuesto, porque Munk no dice mucho acerca de los detalles personales ni de la vida fuera del doctorado.

Liddley pasó sus años de estudiante en Downing, un colegio no muy prestigioso en aquellos días. Naturalmente, tuvo suerte de estar en Cambridge, pues el gran Haviland acababa de empezar sus reformas y la enseñanza de la medicina estaba mejorando rápidamente.

Después de graduarse se dirigió a Londres para ampliar estudios en los hospitales de allí. Pasó su primer curso en el London Hospital, donde ganó la medalla de oro en patología. El London estaba cerca de la casa de su familia, lo cual significaba que podía vivir allí y evitar gastos mientras realizaba sus prácticas. No está claro por qué no continuó allí. El London era todavía uno de los pocos hospitales con escuela de medicina en cualquier especialidad, y su medalla de oro habría asegurado a Liddley excelentes perspectivas.

Al año siguiente se trasladó al Hospital Guy, donde fue uno de los primeros estudiantes seleccionados por Addison para un archivo clínico, que incorporaba un nuevo sistema de prácticas en 1828. Nuestro hombre tenía entonces veintinueve años y todas las perspectivas de hallarse al borde de una gran carrera.

Puedo imaginarlo en Guy, pálido, larguirucho, trabajando hasta bien tarde a la luz de una lámpara en la sala de disecciones, arrancando la piel del músculo, el músculo del hueso, con sus manos rojas y el rostro iluminado por... ¿por qué? ¿Por la sabiduría? ¿Por el sufrimiento? ¿Por la bestialidad? Un hombre de traje oscuro caminando con un bastón por las salas a medio iluminar, señalando con un dedo largo a los amputados, al zanquivano, al tísico.

Pero me temo que mi imagen de él sea imperfecta y parcial, como consecuencia de mi visión retrospectiva, indigna de mi preparación. Debo ser objetivo. Por mucho que haya llegado a conocer de él, John Liddley no era una figura terrorífica. Tenía poco que ver con la cirugía, considerándola, como hacían muchos médicos en esos

días, un trabajo mecánico, un comercio impropio de un caballero. Sus antecedentes en los hospitales de Bart y Guy eran ejemplares. No era querido, pero ¿qué doctor espera que le quieran? Sus colegas le respetaban, sus profesores le alababan y sus pacientes le temían. ¿Qué más podía haber deseado? ¿Qué más, realmente?

Por motivos desconocidos —hay una laguna en este período de su vida—, dejó la metrópoli y la perspectiva de una especialidad, casi un puesto seguro en el Royal College. En lugar de ello, regresó a Cambridge y se puso a ejercer la profesión de médico general. Esto ocurría en 1829. Se rumoreaba —he encontrado cartas referidas a aquella historia— que al marcharse de Cambridge había dejado allí a una mujer, la hija de uno de sus profesores, y regresaba con la intención de pedir su mano. Como quiera que fuese, no se casó hasta ocho años más tarde, cuando su profesión estuvo bien afianzada y le permitió tener una esposa y una familia.

Digo «permitió», pero por descontado que nunca pasó estrecheces. Su padre era un comerciante londinense que trataba en sedas, un hombre acaudalado al que sólo le faltaba posición social. Naturalmente, quería lo mejor para su hijo: el doctorado no era entonces el pináculo social como lo es hoy, era poco más que un negocio. En Londres, John podría haber llegado a ser alguien, haber encontrado mecenas ricos, haberse abierto camino hasta la nobleza; pero en Cambridge el ascenso a esa escala social estaba fuera de cuestión. Sin embargo, Liddley padre no escatimó a su hijo los fondos que necesitaba para abrirse camino en el mundo. ¿Qué otra cosa podía ofrecerle?

Tuvo dos hijas, Caroline y Victoria, nacidas en 1838 y 1839, respectivamente. Sus nombres aparecían en el censo de 1841, junto con el de su madre Sarah, de soltera Galsworthy.

Sarah era hija única del párroco Samuel Galsworthy. No consta cómo se conocieron ella y Liddley, pero su matrimonio fue perfecto, una unión que cimentó la creciente reputación del doctor Liddley en la pequeña ciudad. Ella se casó mayor, a los veintiocho años de edad, según consta en el certificado de casamiento del Registro Civil.

Liddley impartió clases en la universidad, pero al parecer hubo algunas dificultades para que le ofrecieran un puesto fijo y tampoco está claro si él lo quería así. Le nombraron médico del Madingley Medical Club, hizo clientes entre profesores, párrocos y abogados, y fue el favorito de los niños.

Esto obedecía en gran parte a la amabilidad de su trato. En ciertos barrios ganó una falsa reputación como homeópata, tan próximos a Hahnemann estaban sus prescripciones y consejos. No recetaba calomel ni siquiera para casos venéreos, tampoco practicaba sangrías ni purgaba con jalapa, y era prudente en el uso del antimonio y la quinina. Algunos de sus colegas le esquivaban por su falta de principios, pero, igual que los homeópatas europeos y americanos, se ganaba la

confianza de los pacientes y éstos al menos no morían con sus tratamientos.

Construyó su casa en 1840, justamente a tiempo de ser incluida en el catastro nacional del año siguiente. Fue una de las primeras que se levantaron en el terreno de Pemberton. Al parecer, los Pemberton eran pacientes suyos.

Tenía su sala de cirugía abajo, en la habitación que ahora es mi despacho. En uno de los primeros números de la revista *Nineteenth Century* aparece una fotografía de la habitación, que se corresponde enteramente con otra posterior hecha por Lewis en mi presencia. Y desde entonces la he visto por mí mismo, de carne y hueso, por decirlo de alguna forma: los aparadores llenos de jarras de cristal, las pesadas sillas, los estuches con los instrumentos, los diplomas enmarcados sobre la pared. Está mejor en colores.

Su servidumbre era exigua para la época: una cocinera, dos doncellas, un jardinero y una institutriz para las niñas, Miss Sarfatti. Los Liddley vivían bien, pero nunca hacían ostentación de su riqueza. Iban andando a todas partes, aunque John acudía en un calesín cuando visitaba a sus pacientes. Sólo la sala de cirugía y el despacho de Liddley tenían luz de gas.

En 1845 Liddley despidió a las doncellas, y al año siguiente al jardinero. No consta qué fue de ellos. Parece que la cocinera, Mrs. Turret, se hizo cargo de todas las tareas de la casa. En una carta que Liddley envió a su suegro en 1846, justifica esta medida en aras de la economía. La respuesta del reverendo Galsworthy, si es que la hubo, no se conserva. Pero no era de suponer que una mujer de la clase y expectativas de Sarah fuera a mover un dedo para limpiar, cocinar o coser.

En la correspondencia familiar hay pruebas de que Liddley se recluyó una vez más, y su familia con él. Se mostraba taciturno e incommunicativo. Muchos de sus pacientes empezaron a abandonarle y los que seguían con él era por lealtad o por algún tratamiento en particular. Se hacía notar que no asistía regularmente a la iglesia, si bien Mrs. Liddley y sus hijas eran vistas todos los domingos, tanto en los servicios de la mañana como por la noche.

¿Qué había sido de Sarah Liddley? ¿Qué reveló mi investigación acerca de ella? Muy poco, si he de decir la verdad. Al parecer, se peleó con sus padres poco antes de casarse con John y estaba considerada una testaruda. Las cartas entre su padre y un hermano de éste (militar) ponen de manifiesto que fue una niña impopular y una mujer maliciosa. A los dieciocho años rompió un noviazgo, provocando no poco escándalo. No se conoce el nombre del novio. Por la época en que se casó con Liddley, estaba considerada una incasable, y hay buenas razones para creer que el matrimonio no fue un dechado de amor. Por supuesto, Liddley se benefició de él, y ella, al principio, parecía contenta.

En el verano de 1846, alrededor del 3 de julio, Liddley dijo a Miss Sarfatti que ya no necesitaba sus servicios y que él mismo se encargaría de la educación de las niñas.

En los archivos del Registro de Londres he hallado documentos relativos al despido de la institutriz. Le proporcionó unas buenas referencias y la paga de tres meses a manera de indemnización, un generoso trato para aquellos tiempos. Mrs. Turret corrió la misma suerte pocos meses después, en enero de 1847. Los Liddley vivieron solos a partir de entonces.

Resulta difícil establecer exactamente lo que ocurrió después. Durante unos años todo marchó lo bien que cabía esperar. De vez en cuando iba una muchacha a hacer la limpieza. Los proveedores eran recibidos en la casa por Mrs. Liddley, la cual se granjeó fama de mujer fuerte e imprescindible. A los padres de ella —de cuya correspondencia y diarios procede en gran medida nuestra información— se les negó la entrada en la casa, y su hija tampoco iba a visitarlos a la rectoría. El jardín se volvió selvático, aunque no había vecinos que pudieran quejarse.

En el espacio de tiempo comprendido entre el invierno de 1848 y la primavera de 1849, se observó que Mrs. Liddley y sus hijas no habían sido vistas ni en la iglesia ni en la ciudad. El propio Liddley trasladó su consultorio a las habitaciones de Sidney Street, «para estar más cerca de los pacientes que le necesitaran». Su suegro hizo una inesperada visita a la casa en marzo de 1849 y encontró a Liddley solo, trabajando en su despacho. El doctor le dijo que su esposa e hijas habían ido a Londres a pasar una temporada con unos parientes de él.

Galsworthy hizo algunas averiguaciones y descubrió que nadie había visto a Mrs. Liddley, a Caroline ni a Victoria. Acorralado a preguntas, Liddley confesó que su esposa le había abandonado, llevándose a las niñas con ella. Al preguntarle cómo se las arreglaba ella para vivir, el doctor contestó que había accedido a pagarle una pensión anual, cuyo dinero le enviaba a Londres a través de un abogado. Y era cierto, pues el abogado confirmó haber recibido y pagado el dinero. Pero no podía revelar el paradero de su cliente.

Las cosas no quedaron así. Fue registrada la casa y el jardín, toda vez que Liddley era sospechoso de haber asesinado a su familia. Pero no se encontró nada, ningún cadáver, ningún rastro de violencia, ninguna señal de tierra removida en el jardín. Galsworthy continuó aireando sus sospechas, pero éstas con el tiempo dejaron de presentar interés para la gente. A Liddley le volvieron la espalda y, hasta la hora de su muerte, vivió solo quince años más, rodeado de sus libros y sus sustancias químicas.

Murió, casi con toda seguridad, el 9 de marzo de 1865. No se conoce la fecha exacta, ya que transcurrieron casi dos semanas hasta que lo encontraron, después de varias visitas infructuosas del cartero. Sus parientes de Londres reclamaron el cuerpo y dos días después fue devuelto a la metrópoli y sepultado en la parroquia donde había nacido.

En la oficina del Registro Civil no hay constancia de los fallecimientos de Sarah, Caroline o Victoria Liddley entre 1849 y 1929, fecha en que yo, arbitrariamente, interrumpí mi larga investigación. Por supuesto que hay defunciones con esos nombres, pero los demás datos no concuerdan: fechas de nacimiento, estado civil, lugares de residencia.

Miré bajo el nombre de Galsworthy, naturalmente. Tampoco había nada al respecto. Pero yo ya conocía la respuesta. Si algún desconocido reclamaba sus restos para ser transportados al cementerio de algún condado o para devolverlos a un panteón familiar, podría haberle dicho dónde mirar. Lo que no sabía decir aún era precisamente cómo habían llegado a estar allí, cómo o por qué los había matado Liddley.

Mis fuentes, públicas y privadas, me habían dicho todo lo que podían decirme. Estaba a punto de volverme loco. Las cosas que realmente quería saber, el móvil, la forma en que ejecutó el crimen y, sobre todo, las causas de tanto odio, de tanta cólera... estas cosas se me negaban. No basta con ser perspicaz; también hace falta suerte. Bueno, yo tuve suerte; pero lo contaré a su debido tiempo. Cada cosa a su hora.

Cuando creí tener bastante información me puse en contacto con Lewis. Me pidió que fuera a Londres y comimos en el hotel Basil Street. Fue idea mía, pues me alojaba en él cuando tenía que pernoctar en la ciudad, pero lamenté haberle citado allí en cuanto le vi llegar. Parecía desentonar, como un jugador de rugby galés con la cara rubicunda y la corbata sucia. Pero, por supuesto, no era realmente eso lo único que le hacía desentonar. Era el mal aspecto que tenía con relación a la última vez que le había visto.

Durante el almuerzo pareció apocado. Nos sentamos junto a una ventana desde la que veíamos pasar el tráfico por Brompton Road, según giraba en torno de la Casa de Escocia, hacia Knightsbridge. Lewis no dejaba de mirar por la ventana, como si estuviera esperando a alguien.

—Parece usted más optimista —dijo.

—Lo estoy. —Le conté lo que había encontrado y le mostré mi paquete de fotocopias. Las examinó minuciosamente y manifestó su interés, pero yo advertía que él no estaba realmente allí. Su mente estaba en otra parte, o acaso en ninguna.

—¿Qué pasa? —pregunté.

No contestó. En su plato se enfriaba un trozo de rosbif. En la mesa contigua, los norteamericanos de la temporada charlaban acerca de una reciente maratón de compras. Para algunos turistas, Londres es un corto paseo entre Basil y Harrods.

—Mire —dijo finalmente, pasándome algo por encima de la mesa.

Era otra fotografía. Para entonces, ya estaba harto de fotografías y terriblemente seguro de mí mismo desde que me había mudado al colegio.

—No más fotos —exclamé.

—Mire ésta —insistió.

No era la fotografía que yo esperaba. En ella aparecía el inspector jefe Ruthven de uniforme, sentado a una mesa larga y flanqueado por otros policías de mayor edad.

—La tomé durante la rueda de prensa que Ruthven celebró al día siguiente de encontrar en St. Botolph's el abrigo de su hija. El día antes de que le mataran. Ahora, dígame si reconoce a los acompañantes del inspector.

El hombre que yo había tomado en principio por un ayudante de uniforme, de pie detrás de Ruthven y ligeramente a su izquierda, no era otro que Liddley. Tenía las manos cruzadas delante y los ojos fijos en el inspector. Sentí un escalofrío. La mirada malévola del doctor era brillante, como un filo de acero.

—Ésta fue tomada después, cuando se marchaba —prosiguió Lewis, pasándome una segunda fotografía. El borde de la fotografía rozó un jarrito con flores y lo derribó. El agua mojó el mantel de la mesa. Yo rescaté la foto mientras Lewis limpiaba el agua con una servilleta. Un camarero retiró el carrito abovedado con el rosbif restante.

Lewis había sacado la instantánea en la entrada principal de la Jefatura Superior de Policía. Ruthven aparecía solo en ella y llevaba puesto el chubasquero de color marrón mate con que yo le había visto más de una vez. Caía una lluvia fina y la luz se desvanecía en el cielo. La cara de Ruthven presentaba un cansancio y un dolor más marcados que de costumbre. Curiosamente, parecía ajeno a la cámara.

—No noto nada fuera de lo corriente —dije.

—¿Ve esas pequeñas motas? —preguntó Lewis.

—Sí —contesté—. Parecen gotas de lluvia.

Asintió.

—Exacto, lo son. Pregúntele a cualquier fotógrafo y le dirá lo mismo. He examinado el negativo, todas las exposiciones del rollo en que estaba ésta. Es lluvia. Pero aquel día no llovió en Londres. Puede confirmarlo en el Servicio Meteorológico. Cuando llovió fue al día siguiente, el día en que Ruthven fue asesinado. Pero hay algo más. El abrigo de Ruthven está mojado. Esto me desconcertó durante mucho tiempo, hasta que recordé.

—¿Qué recordó?

—Que Ruthven no llevaba el abrigo aquel día al salir de la rueda de prensa. Estoy seguro de ello. Y hay algo más: cuando le encontraron en la iglesia llevaba puesto el abrigo.

—Tal vez...

—¿Si?

—Tal vez esté usted confundido. Puede que esta foto fuera tomada en otra ocasión.

Como respuesta, Lewis señaló un punto justamente detrás de Ruthven. Podía distinguirse un quiosco de periódicos y medio cuerpo del dependiente. Lewis me pasó una pequeña lupa.

—Fíjese en la portada del *Evening Standar* del quiosco —dijo.

La leí: ACCIDENTE DE COCHE EN LA M-1: TRES MUERTOS.

—Fue el mismo día de la rueda de prensa —señaló Lewis—. Aquel día no llovió.

—Bueno —dije—, eso no es más que otra anomalía. Si aceptamos...

Meneó la cabeza.

—No se trata sólo de eso. No es sólo una anomalía. Vea esto otro.

Me pasó una tercera fotografía, en blanco y negro. Era una fotografía de cuerpo entero de él mismo. Detrás de él había otra figura, un hombre vestido de negro. Liddley, con su mirada malévola.

—La tomé yo mismo —explicó—. Quería actualizar mi archivo, por si alguien necesitaba hacer uso de mi fotografía. Me tomo una nueva cada cinco años.

—¿Por qué...? —Mi voz se fue ahogando.

—¿No le resulta obvio? —replicó Lewis. Su mano temblaba. Levantó su copa de vino, que no había tocado en toda la comida, y apuró su contenido de un solo trago.

—No pensará que sólo porque...

—El tiempo —prosiguió—. Exactamente igual que en la fotografía de Ruthven. Hace sol. ¿Lo ve? Pues cuando las tomé no hacía sol.

—¿Cuándo...?

—Hace una semana. Desde entonces no ha salido el sol. Pero me despierto sudando todas las mañanas. Ya no tengo valor ni para mirar por la ventana para ver si luce el sol o no. ¡Jesús, estoy asustado!

—Pero también había fotografías de Liddley conmigo. Nada menos que en Venecia. Eso no tiene por qué significar nada.

—¿Que no? ¿Qué me dice de las de su hija? La última Navidad, poco antes...

—Tiene que haber algo que podamos hacer —sugerí—. Para detener a Liddley y acabar con lo que está ocurriendo en mi casa. Tenemos que encontrar el modo de ponerlos a descansar a todos.

—Mediante un exorcismo. Pruebe con el exorcismo.

—Ridículo. Nadie realiza exorcismos en nuestros días. Eso no es más que una superstición.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que está rondando por su casa? ¿Una emanación de racionalidad cartesiana? Doctor Hillenbrand, parece incongruente que un hombre tan listo como usted sea tan tonto.

Seguimos discutiendo un rato, pero de nada sirvió; Lewis estaba sobreexcitado.

Finalmente convine en interesarme por su idea sobre el exorcismo y le dije que hablaría con el vicario de mi parroquia, el reverendo Bigley, y sondearía su opinión acerca de semejante medievalismo. Para mis adentros, ponía en duda que aprobase tales proceder. No era su estilo. Era un sacerdote muy moderno, más dispuesto a celebrar un servicio para creyentes de diversas religiones o una colecta para Amnesty, que a permanecer con la campanilla, el libro y la vela en la habitación de un feligrés nervioso.

Yo quería exorcizar mis fantasmas a mi manera. Necesitaba localizarlos, saber lo más posible acerca de ellos y descubrir cómo y por qué habían encontrado la muerte. Sobre todo Liddley, quería saber dónde había sido enterrado, visitar su tumba, convencerme realmente de que se había convertido en polvo.

—He llegado a una especie de callejón sin salida —dije—. Sé más o menos cuándo Liddley mató a su esposa e hijas, pero ignoro cómo y por qué. Después de matarlas vivió bastantes años, de manera que debe de haber tenido muchas ocasiones de sentir remordimiento, mucho tiempo para escribir un diario o contárselo a un amigo. Pero no tengo pistas, nada con que continuar.

Lewis permaneció callado. Tomamos nuestros postres en silencio. El restaurante se estaba quedando vacío. Las sombras se agitaban en las paredes de color verde pálido, sobre las pinturas de reyes y reinas grabadas en el cristal. El jefe de camareros nos dirigía unas miradas significativas.

—¿Qué ocurrió después de su muerte? —preguntó Lewis por último.

—¿Ocurrir?

—Con la casa. Con sus pertenencias. No tenía herederos, al menos directos. No quedaban hijos. Tenía... ¿cuánto?... ¿sesenta y cinco, sesenta y seis años? Sus padres habrían muerto. ¿Había algún testamento?

Asentí. Lo había buscado en la *Index Library* de la British Record Society y había examinado una copia en el Departamento de Familia de Somerset House.

—No he averiguado gran cosa acerca de sus padres. Parece haber algún misterio. En el Registro de Londres no figura inscrito con ese nombre ningún comerciante de sedas en los años en que ellos vivieron allí. Pero es de suponer que los padres de Liddley fallecieron antes que él. Se lo dejó todo a una hermana, Beatrice Ransome. Ésta vivía en Brighton, había recibido una buena herencia de sus padres y su esposo era rico. No le interesaba la casa y la vendió, con todos sus enseres, a una familia llamada Le Strange. Él acababa de ser nombrado profesor ambrosiano de griego. Antes de eso había sido uno de los primeros profesores de la nueva Universidad de Durham. Él y su esposa construyeron el jardín, casi como está ahora.

—¿Y Beatrice? ¿No se quedó con nada? ¿Ni siquiera con un recuerdo?

Negué con la cabeza.

—Llevaba más de veinte años sin mantener contacto con su hermano. Si no me

equivoco, sus celos respecto a Sarah y las niñas habían dañado gravemente su opinión sobre John. Estoy seguro de que no se hubiera quedado con nada perteneciente a él. Pero aunque se hubiera quedado con algo, no creo que fuera fácil localizarlo.

—¿Eso es todo, entonces? ¿Nada más?

Me quedé pensativo.

—Había una cosa —dije—. Dejé sus libros médicos y documentos a su antiguo colegio, a Downing.

—Seguramente es lo que encontramos en el desván.

—Sí —asentí—, puede que tenga usted razón. Pero yo no estoy totalmente seguro. Allí arriba no había mucho. Liddley fue un hombre muy erudito, con dinero a su disposición. Desde los años en que su trayectoria profesional empezó a declinar hasta que falleció, estuvo implicado en varias controversias médicas. Aquella vieja reputación suya de homeópata parece que no le abandonó. Los homeópatas estaban prosperando y los médicos ajenos a esta práctica se defendían con dureza. Liddley se unió a ellos. Escribió cartas a los periódicos y publicó un par de folletos. Incluso se las tuvo con lord Grosvenor, después de que éste defendiera a los homeópatas en la Cámara de los Comunes. El testamento habla de una «biblioteca». Lo que encontramos en el desván no podría calificarse así. Mi propia biblioteca es por lo menos diez veces mayor. Creo que vale la pena comprobarlo. Puede que en la biblioteca de Downing haya algo.

—Muy bien —aceptó Lewis—. Si encuentra usted alguna cosa, hágamelo saber. Pero hable con ese párroco suyo acerca del otro asunto. Puede que no quede mucho tiempo.

Pasé el resto de la tarde en Portugal Street, en el Censo del Registro Civil. Como ya había estado allí haciendo los trabajos previos, estaba en condiciones de pasar más de dos horas directamente en los censos de Cambridge de 1841 a 1871. Los de las décadas anteriores me eran de escaso valor, toda vez que no proporcionaban detalles de nombres o familias. Encontré lo que buscaba en los asientos de 1841 a 1851.

Queda sólo a cinco estaciones de Metro desde Holborn a Bethnal Green. Desde allí, un corto paseo conduce a Spitalfields. A la hora en que el Registro cerraba busqué un sitio para comer; una pizzería o restaurante, no recuerdo su nombre. Mientras comía no me abandonaba la idea de realizar aquel corto viaje. Sentía la necesidad de ver el lugar donde habían encontrado a Naomi, como si una fuerza tirara de mí hacia su muerte. Al salir del restaurante, mis pies me llevaron a la estación de Metro de Holborn. Las puertas se abrieron en Bethnal Green. Por un instante continué sentado mirando fijamente el nombre que había en una placa de la pared. Entonces, cuando las puertas empezaban a cerrarse, salté a través de ellas y salí al andén.

Los alrededores del mercado de Spitalfields estaban desiertos. Era un mercado de frutas y verduras, frente al que había un mercadillo de flores. Por la mañana temprano, entre las cuatro y media y las diez, aquello es una colmena en actividad, pero cuando se van los camiones y las carretillas elevadoras, la soledad se apodera de todo el barrio.

Me costó trabajo encontrar la callejuela. Era un malsano pasaje entre casas viejas, impregnado de un rancio olor a verduras podridas. Al lado de las desvencijadas puertas traseras se veían los tubos de basura y bolsas de plástico. Un gato se movía silenciosamente por entre los desperdicios, parándose de vez en cuando a olisquear los desechos de comida. Las paredes estaban cubiertas de *graffiti*, palabras de amor y consternación en lengua extranjera. Susurré su nombre.

—Naomí. Naomí. —El aire de la noche se estremeció. No podía ver nada—. Naomí —musité.

Alguien rió detrás mi mí. Fue una risa infantil, rápida y susurrante. Me volví. Sólo sombras. Entonces vi el gato, en el centro del callejón, de espaldas a mí. Era muy peludo, encorvaba el espinazo en un arco tenso y emitía un bufido suave hacia algo que había en la oscuridad. Empecé a andar en aquella dirección. Una sombra se movió.

—¿Naomí? —susurré—. ¿Eres tú? —El gato resopló, apartándose de lo que quiera pudiese ver o sentir. Otra risa. Luego el sonido de unos diminutos pies corriendo. El gato se dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo por encima de una tapia. Sombras. Luego un terrible silencio.

Esperé allí una larga hora, pero no ocurrió nada más. Las sombras permanecieron

quietas y no volvió a oírse la risa ni sonaron más pisadas. Finalmente, di media vuelta y volví a encaminarme hacia la estación de Liverpool Street, preguntándome por qué había ido a aquel sitio.

Tomé el último tren a Cambridge y me senté solo, con la cartera sobre las rodillas, como el profesor que regresa después de un duro día de trabajo en la Biblioteca Británica. Había hecho tan a menudo este viaje de regreso a casa, que ahora casi me parecía rutinario. Pero las notas que llevaba en mi cartera distaban mucho de serlo, y los pensamientos que cruzaban por mi cabeza no tenían nada de comunes. Hubo momentos en que estuve a punto de llorar, pero me puse a mirar fijamente por la ventanilla y dejé que la oscuridad y las luces de las pequeñas estaciones se llevaran mis lágrimas.

Decidí ir andando desde la estación a la ciudad. No está excesivamente lejos y necesitaba tiempo para mí mismo, para reflexionar. Mi investigación estaba llegando a su fin y, sin embargo, todavía quedaba mucho por aclarar, muchas piezas por encajar en el puzzle.

Eché a andar por Hills Road y continué hacia St. Andrew's Street. Por las noches, Cambridge se vuelve extrañamente tranquilo. La universidad se queda acurrucada detrás de sus altos muros, bebiendo, comiendo, cayendo en los estupores académicos. La ciudad se pone a ralentí con un puñado de restaurantes y pubs, y las calles están desiertas. Las pisadas producen un eco distante. El pasado encuentra entonces su momento, entra andando en el presente, no hay barreras ni murallas.

Para llegar a Pembroke tenía que enfilear Downing Street y continuar hacia Trumpington Street. Es una calle estrecha, flanqueada por unos elevados y formidables muros. Silencio. Pasos de fantasmas. Ecos. El retorno de la quietud. Yo caminaba con celeridad, repentinamente consciente de la escasez de farolas, de la ausencia de viandantes, de las oscuras y apagadas ventanas a cada lado. En lo más profundo sentí una sensación de espantoso malestar. Volvía mi solitaria vigilancia de la callejuela de Spitalfields. Una risa infantil. El pelo erizado de un gato.

Se oyó un agudo alarido. Un largo y horrible grito que me puso los pelos de punta y envió por todo mi cuerpo un escalofrío semejante a oleadas de hielo. Me detuve. Algo estaba pasando. Las farolas se habían esfumado y solamente quedaba una débil luz de gas cerca de donde yo estaba. No oía coches, ni autobuses. De repente, se oyó el ruido de unos pasos corriendo y luego, una vez más, el grito, agudo y lleno de dolor. Un grito infantil. Lo había escuchado antes, aquella noche en casa, en nuestro dormitorio.

«Seguramente es algún viandante —pensé—. Seguramente he oído a alguien». Pero no apareció nadie. La calle continuó desierta y muda. No había luces encendidas por ninguna parte.

Y entonces la vi. Al principio era solamente una sombra, pero luego se hizo más

sustancial, aunque todavía no definida a cinco o seis metros de distancia. La sombra empezó a rizarse y de pronto la vi claramente: mi hija, exactamente igual que el día en que murió. Tenía los ojos fijos en mí y las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Intenté avanzar hacia ella, pero tenía los pies clavados al suelo.

—Papaíto —oí que decía—. Ayúdame, papaíto. Por favor, ayúdame.

Aquella vocecita me oprimió el corazón.

—Estoy aquí, cariño. Estoy aquí —dije.

—Ayúdame, papaíto —repitió, como si no me hubiese oído. Ahora cobraba forma más rápidamente, como si la palabra le proporcionara materialidad.

—¿Qué te pasa, Naomí? ¿Qué quieres que haga?

Respondió dándose la vuelta y empezando a alejarse de mí. Yo reparé en que ahora podía moverme. Caminamos juntos, igual que en nuestro viejo y familiar paseo por Trumpington Street hacia Newtown. Permaneció todo el tiempo delante de mí, una pequeña forma oscura apenas perceptible entre las sombras. No había alumbrado público. La calle y el pavimento estaban cambiados. Nada era como yo lo recordaba.

Llegamos a la casa veinte minutos después. Se alzaba prácticamente aislada, como seguramente estaba cuando acabaron de construirla. Había una luz en la ventana del desván.

Naomí me precedió en la puerta de la entrada. Cuando probé con mi llave, descubrí que no había cerradura. Empujé y la puerta se abrió lentamente. Traspuse el umbral siguiendo a Naomí. Mi corazón palpitaba con la sensación del más terrible presagio. Seguía viéndola delante de mí, con su cabello pálido brillando ligeramente en la oscuridad. Se dirigió a la escalera.

—No subas, Naomí —supliqué. Pero ella no me oía o no me escuchaba. La seguí. Era mi hija, ¿no?

La casa estaba totalmente a oscuras, pero una luz procedía de la puerta abierta del desván. Una luz pálida e insuficiente dentro de la cual Naomí se volvió plenamente visible. Subió por la escalera del desván y yo la seguí.

La luz procedía de la habitación interior. Cuando estuve más cerca, distinguí tres formas en el suelo. Naomí se detuvo junto a ellas y se volvió hacia mí.

—Por favor, ayúdame, papaíto.

Miré las formas inmóviles. Sabía lo que eran. Algo apareció ante mis ojos. Era una figura negra al fondo de la habitación. Levanté la vista de los bultos del suelo. Alguien se estaba moviendo en las sombras. Un hombre de traje negro.

Entonces la luz parpadeó y se apagó.

Lo único que recuerdo después es haber paseado como un poseso por el pantano Causeway. Cuando miré mi reloj eran las dos de la madrugada. Sin saber cómo, emprendí el camino de regreso al colegio. Me metí en la cama con la luz encendida.

A las nueve, cuando descorrí las cortinas y miré fuera, vi que las nubes habían desaparecido. Hasta que bajé a desayunar no sentí la necesidad de saber qué podía significar eso. Telefoneé a Lewis a su oficina, pero la secretaria dijo que todavía no había llegado. A las once, partí para Downing.

Había hablado ya con el bibliotecario y éste me había dicho que fuera en seguida, pues tenía la mañana libre y podía pasar conmigo un par de horas examinando la colección de documentos privados del colegio.

Hacía un hermoso día para pasear. El rostro de la gente había cambiado. El sol bañaba la piedra de color miel. Los estudiantes me cruzaban velozmente en sus bicicletas, sin importarles otra cosa que llegar a tiempo a su próxima clase. Yo caminaba parsimoniosamente, con una sensación de libertad, casi de euforia, por primera vez desde hacía meses. Los episodios de la noche anterior parecían un mal sueño. Me había sobreexcitado yo mismo. Lejos de la casa y de la amenazadora presencia de Liddley, casi me sentía humano otra vez.

El bibliotecario era un hombrecillo llamado doctor Burnett, de cabeza grande, ojos acuosos y pálidas mejillas. Vestía un traje verde de tweed que parecía confeccionado para un hombre más grande que él. Tal vez hubiera encogido hasta llegar a su tamaño actual durante la vida del traje. Recuerdo que mientras paseábamos no dejé de tirarse nerviosamente de una guía de su largo y enmarañado mostacho.

No hemos vuelto a vernos desde entonces. Se había graduado en química y había aceptado el puesto de bibliotecario cuando éste quedó vacante, como medio de satisfacer su desmedida pasión por los libros. Su colección personal de los primeros tratados de química, incluyendo varios incunables, tenía fama de valer una pequeña fortuna y no encontraba rival, salvo en las más importantes bibliotecas.

Localizó bastante pronto a Liddley, en una entrada caligráfica en el libro de adquisiciones de 1865. La entrada tenía fecha del 15 de junio y se encontraba entre un ejemplar de *Expedition to the Zambesi*, de Livingstone, publicado el mismo año, y una colección de sermones sobre la separación entre Estado e Iglesia, donados por un tal doctor Oliphant, graduado superior en teología. Tal como había imaginado, la donación de Liddley había sido considerable, tanto en cantidad como en calidad. Cada volumen estaba clasificado meticulosamente por su título y su autor, y tenía un número de adquisición junto a la marca de clasificación que se le había asignado. Las marcas de clasificación estaban ya obsoletas y habían sido sustituidas por las

clasificaciones de Dewey en el presente siglo, pero una lista aparte las registraba junto con sus equivalentes modernos.

La colección de Liddley constaba en su mayor parte de libros sobre temas médicos, pero con una respetable profusión de volúmenes sobre química, biología, botánica y otras ciencias. Además de eso, vi varios libros de teología, unos ochenta volúmenes de textos normales de griego y latín, numerosas colecciones de poesía e historia suficiente para satisfacer a cualquier aficionado. El doctor Liddley había sido un hombre más culto y erudito de lo que el simple registro de Munk me había dado a entender.

—Es una hermosa colección —apuntó Burnett, recorriendo las columnas de arriba abajo con un dedo manchado de tinta seca: tenía toda la apariencia de un contable computando el debe y el haber de un cliente—. Este ejemplar de *Vesalius* es extremadamente raro. —Señaló la entrada de un ejemplar de *De Humani Corporis*—. Y lo mismo esa primera edición de Dresde de *Organon der rationellen Heilkunde*, de Hahnemann. Todo el lote sería un paquete fascinante en Magg's o Quaritch's.

—¿Qué hay acerca de los documentos personales? ¿Están relacionados aquí? —pregunté.

—Si hubo alguno, sí. Estarán aparte, por supuesto, pero la adquisición se hallaría registrada en la forma usual. No resulta difícil localizarlos, tiene su propia marca de clasificación. Comienza con las letras D. P., «documentos privados». O, como mi predecesor solía decir, «degenerados y pervertidos».

Se fijó en mi cara de asombro.

—¡Oh!, era un chanza que él empleaba. Muchas colecciones particulares solían estar guardadas bajo llave. Sabe Dios por qué serían donadas. Por vanidad, supongo. Algunas personas no soportan desprenderse de las cosas, ni siquiera de los secretos culpables. No es que haya realmente mucha suciedad en esos papeles: le sorprendería ver lo que algunos viejos profesores consideraban que debía mantenerse bajo llave, lejos de las miradas curiosas. De todos modos, las costumbres se relajaron algo hace varios años; de hecho, poco después de que yo empezara a ejercer. Todavía quedan algunas cajas que no pueden ser abiertas, donde hay una familia detrás dispuesta a dar voces. De otro modo, surge la pelea. ¿Cree usted entonces que su doctor Liddley tenía secretos?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? —exclamé.

Burnett había estado todo el rato revisando páginas, buscando las marcas de clasificación D. P.

—Aquí están —indicó—. D. P. Muy pocas entradas. ¿Tiene idea de lo que busca? Meneé la cabeza.

—Será mejor sacarlos y ver lo que hay. Le dejaré con ellos. Puede coger una llave

y entrar y salir cuando quiera. Si fuera usted miembro de Downing, le dejaría llevárselos de aquí. Pero Pembroke... bueno, eso ya es otra cuestión.

Después de una comida frugal, los expedientes y cajas que Burnett puso delante de mí me parecieron un festín. Notas sobre casos, una revista médica comenzada durante los días de estudiante de Liddley, informes, cartas, apuntes... No sabía por dónde empezar.

Burnett se marchó a atender otras obligaciones, dejándome solo en la pequeña biblioteca. Sobre el mediodía se presentaron un par de estudiantes, estuvieron menos de una hora y se marcharon. Entró un licenciado, se puso a leer un periódico y al cabo de un rato se quedó dormido. Apenas reparé en ellos. Liddley iba tomando forma ante mis ojos. Mi monstruo de Frankenstein, mi *golem*, mi Grendel.

Había sido un hombre tierno, eso era lo curioso. Era un detalle que yo había observado leyendo sus preferencias terapéuticas. La mayoría de los médicos de su época dispensaban continuos sufrimientos. Sólo la rutinaria administración de mercurio causaba interminables dolores y, con frecuencia, estaba abocado a la muerte. Lo llamaban «terapia heroica», pero los verdaderos héroes eran aquellos pacientes que tenían que sufrir a manos de los médicos. Liddley permaneció al margen. No tomó parte en ello. Eso yo lo sabía y lo había dicho. Pero al leer sus relatos, entre observaciones clínicas y notas sobre tratamientos, descubrí algo acerca del hombre que era. Todavía recuerdo un pasaje suyo, fechado en 23 de enero de 1825:

«¿Qué voy a hacer con todas estas sangrías y purgantes, estos eméticos y antimonios, estas dosis mercuriales, que son consideradas las principales armas de mi arsenal médico? Este último caso, el del joven Simpson, ha deprimido en extremo mi ánimo. Un chico de diecisiete años que nos trajeron con fiebre tifoidea hace siete semanas. El doctor Beauchamp le administró mercurio en las dosis acostumbradas.

»Dos semanas más tarde, al muchacho le salieron unas manchas púrpuras a ambos lados de la cara, luego necrosis y escaras de esas partes. No tardó mucho en quedar al descubierto su hueso maxilar, al perder la carne que lo cubría. Desaparecieron totalmente sus labios y en el lado derecho la necrosis se le extendió al ojo, al cuero cabelludo y la oreja. Hubiera perdido estos órganos también, pero, por fin, le sobrevino la muerte para aliviarle de sus espantosos sufrimientos. Su madre inspiraba compasión cuando vino a recuperar el cuerpo, pero yo no podía dejar que lo viera.

»¿Ha de ser éste, pues, el fin regular de la medicina? ¿Causar sufrimientos cuando no pueden curar, hacer que la muerte sea una cosa más horrible de lo que ya es? Yo hubiera dado su descanso al muchacho, pero eso va contra todas las reglas de nuestra práctica y moral. Cuando me quejo de tales prácticas, mis profesores me riñen por la debilidad de mis sentimientos. Creo que voy a volverme loco...».

Con el fin de encontrar sentido a una existencia que se le antojaba cada vez más frágil y absurda, Liddley se embarcó en un ambicioso proyecto de superación personal, leyendo vorazmente y casi sin distinciones tanto a clásicos como a modernos. De manera lenta e imperceptible, como consecuencia de su vasta lectura, una serpiente empezó a desenroscarse dentro de su alma. Éstas no son palabras mías, sino suyas en una carta fechada el 24 de abril de 1834, de la que conservaba una copia. Iba dirigida a un tal Martin Pinchbeck, miembro del Real Colegio de Médicos, antiguo profesor de Liddley y, al parecer, iniciado en los misterios de la francmasonería.

«Pensará usted que soy un tonto o algo peor, por la inquietud mental y la turbulencia de espíritu que me han llevado a la Escila y Caribdis entre los que actualmente me encuentro. Pero he bebido profundamente del manantial al que usted, en su viejo entusiasmo, me envió y, una vez lo he bebido, no puedo vomitarlo. He leído a Libavios y a Paracelso, a Bruno y a Andreae. En todos ellos hay disparates, pero también sabiduría. Y he leído mucho más. Pero no he encontrado respuestas firmes. Más bien pienso que una serpiente ha penetrado en mi alma y sus anillos hacen presa en mí como si de los ayudantes de Esculapio se tratara. Y aunque la serpiente era un animal sagrado para los dioses, temo que para mí puede ser mortal».

No sólo había leído copiosamente, sino que había estado ampliamente relacionado por medio de una correspondencia que abarcaba no sólo Inglaterra, sino que se extendía también al continente. Entre sus interlocutores había, además de médicos, filósofos, poetas, francmasones, filólogos y otros hombres del saber y la ciencia. En una carta cita las palabras de Bacon sobre la conveniencia de una fraternidad del saber: «Seguramente, de igual modo que la Naturaleza crea la hermandad de las familias y las artes mecánicas convierten las hermandades en comunidades, y la unción de Dios impone una hermandad a reyes y obispos, así en el conocimiento no puede haber sino una fraternidad en la sabiduría y en la iluminación...».

Y sin embargo... y sin embargo, la fraternidad a la que él había pertenecido parecía incapaz de serenar su mente, no sólo en los asuntos médicos, sino también en los metafísicos. Empezó a meditar tristemente sobre el sentido de la existencia. La serpiente iba royendo su cuerpo y conturbando su espíritu. Pero había algo más, algo que no revelaban sus cartas, una gran angustia que estaba destruyendo su corazón.

Aquel día salió de la biblioteca mucho menos jubiloso de lo que había entrado. Sentía mi mente inquieta, tenía la sensación de que, en cierto modo, me estaba convirtiendo en un involuntario testigo de la inexorable oscuridad que había envuelto la mente de John Liddley. Podía oír su voz con más claridad que nunca, aquella voz suave y verosímil que susurraba excitadamente en mi renuente oído.

Ya estaba bien entrada la noche cuando regresé al colegio. Todavía se servía la

cena en el comedor, pero yo tenía poco apetito y fui directamente a mi cuarto. Permanecí sentado unas dos horas con una botella de whisky que había recogido en mi casa, bebiendo y pensando, luego tratando de no pensar, escuchando las animadas voces de los estudiantes que pasaban por debajo de mi entreabierta ventana.

Poco después de las nueve, me acerqué a la portería para hacer una llamada telefónica. Había olvidado a mi amigo Lewis, le había dejado arreglárselas solo el primer día de sol después de hacerse la fotografía.

Marqué su número. Estuvo sonando un buen rato, y cuanto más sonaba más incómodo me sentía. Sabía que vivía solo y que pasaba muchas noches bebiendo en El Sapo y la Rata, su taberna favorita, por lo que pensé, lógicamente, que estaría allí, fortaleciéndose contra la larga noche que le esperaba, contra la oscuridad donde moraba el inquietante John Liddley. ¿Le seguiría el doctor hasta Londres, como Lewis creía que ya le había seguido? Conocía el camino, de eso no había duda. ¿Qué más conocía?

Volví a telefonarle a las diez, a las once y a las doce. El portero me preguntó si ocurría algo. Sonreí levemente y respondí que no, pero, en efecto, algo estaba ocurriendo.

Aquella noche dormí mal. Soñé que John Liddley hablaba conmigo. La expresión de su rostro era honesta y sincera, y tenía una mirada vivaz y atormentada. La de un hombre que sufre. Pero ¿qué clase de sufrimiento y dolor? Dijo que venía del depósito de cadáveres, de hacer una disección que había durado todo el día. Me preguntó si había algo debajo de la carne, debajo del hueso. Yo no podía responder. Lo intenté, pero no pude, porque yo mismo ignoraba las respuestas.

Por la mañana, me salté el desayuno. En la mesa del portero había unos periódicos. La cara de Dafydd Lewis me miraba fijamente desde la primera página del *Daily Mirror*.

Lewis había sido... ¿qué palabra era la apropiada?, ¿destripado?, ¿despanzurrado?, ¿diseccionado? Sus entrañas habían sido cuidadosamente extraídas y, menos cuidadosamente, diseminadas por una callejuela de Spitalfields. Sí, Spitalfields, un lugar casi equidistante entre el callejón donde se había encontrado el cuerpo de Naomi y la semidesierta iglesia donde Ruthven había hallado la muerte.

Nadie, sin embargo, lo relacionó. El *modus operandi* no era el mismo; no había motivos para relacionar a Dafydd Lewis, fotógrafo de un periódico, con un inspector jefe de policía y, mucho menos, con el doctor Charles Hillenbrand, el afligido padre de la niña asesinada.

Lo cierto era que yo no podía creer que lo hubiese hecho Liddley, que tuviera fuerza física para ello. Yo había sentido la cólera, el odio y la desesperación de Liddley, pero no la fuerza de su mano. Tanto Lewis como yo habíamos captado un clima de muerte en el desván, hubiéramos podido ser impulsados a matar, pero ninguno de los dos nos habíamos sentido directamente amenazados.

¿Sería posible que Lewis tuviera razón, en el sentido de que no era Liddley quien carecía de sustancia, sino nosotros? ¿Que Liddley no se estaba manifestando en nuestro mundo, sino nosotros en el suyo? En caso afirmativo, ¿cabía la posibilidad de que, en tales ocasiones, el doctor tuviera poder sobre la carne como lo había tenido en vida? Ello parecía admisible, tanto como cualquier otra de sus circunstancias y, sin embargo, yo nunca había experimentado una inmediata corporeidad, una presencia carnal capaz de presagiar tal inminencia o tal fortaleza.

Cogí el primer tren para Londres, arrastrado por la mirada fija y la expresión impotente que había en el rostro de Lewis. Durante todo el viaje recordé aquel otro que Naomi había hecho conmigo cuando no existían en mi vida más sombras que las creadas por mí mismo. Me acordé de *Magoo*, el muñeco de nieve que observaba el paso de nuestro tren, como un espantapájaros en el níveo campo. Y me acordé del rostro de Naomi, de su tensa excitación y su entusiasmo en su viaje para pasar el día en Londres.

En una ocasión creí haber visto una figura negra erguida en medio del campo. Otro espantapájaros, me dije, colocado para espantar a las aves de primavera. Pero estaba rodeado de una bandada de mirlos que picoteaban los surcos del terreno. El tren pasó velozmente y la figura se perdió detrás de mí.

Spitalfields era un barrio abarrotado y miserable; hilera sobre hilera de casas ruinosas que se extendían entre Shoreditch y Whitechapel. Ni siquiera el sol podía hacer nada aquí para levantar mi espíritu. Por primera vez se me ocurrió que aquel barrio había sido la zona de pensiones baratas donde habían vivido las víctimas de Jack *el Destripador*: Dorset Street, Whites's Row, Fashion Street, Flower y Dean

Streets. Uno de los cuerpos, el de Annie Chapman, había sido encontrado en Spitalfields el 8 de setiembre de 1888, el segundo asesinato. Pareció el lugar idóneo.

Había traído mi plano y marqué en él con tinta roja la calle secundaria detrás de la cual había sido hallado el cuerpo de Lewis, Fashion Street. Pero creo que podría haber ido directamente allí con los ojos vendados, sin ninguna ayuda.

La policía continuaba aún rastreando el lugar. En las calles adyacentes a la del crimen, los agentes uniformados llamaban de puerta en puerta, hacían preguntas rutinarias y recibían rutinarias respuestas. «Otra vez no», oí decir a una señora mayor al abrir la puerta y ver en las escaleras a una pareja de policías, hombre y mujer, plantados delante como si fueran de la funeraria.

Traté de entrar en la callejuela para ver por mí mismo lo que hubiera que ver. Pero la entrada estaba aislada por varios metros de cinta de plástico y custodiada por dos fornidos policías que reían contándose un chiste en voz baja. Más adelante, un gran furgón blanco estaba aparcado junto a algunos coches de la policía. Su distintivo rezaba «Unidad Policial de Incidencias». Las personas aparecían y desaparecían rápidamente como escarabajos por su pequeña puerta. El sol bañaba sus caparazones. No se veía sangre. Incluso el aire olía casi a limpio. Di media vuelta para ponerme en camino pero en aquel instante alguien pronunció mi nombre a mi espalda.

—¿Doctor Hillenbrand? ¿Es usted?

Me volví. Era la mujer policía que acompañaba a Ruthven aquel horrible primer día, la que nos enseñó las ropas de Naomí metidas en bolsas de polietileno. No recordaba su nombre; quizá no había llegado a decírmelo. Lo cierto es que apenas me había fijado en ella.

—¿Cómo se encuentra, doctor? ¿Qué le trae por aquí?

Recuerdo que empecé a tartamudear, sonrojándome, tratando de ocultar mi turbación. Me encontraba azorado no sólo por ser sorprendido en mi morbosa curiosidad, por mi gratuita intrusión en el mundo de la violencia, sino porque me sentí arrepentida e inexplicablemente excitado por aquella mujer. La atracción que sentí era tan fuerte, que me dejó perplejo y durante un momento todo me pareció confuso: mis recuerdos de Lewis, mi búsqueda de manchas de sangre en las piedras de la callejuela, la muerte de Naomí, su ropa en las bolsas de plástico, la mujer policía, sus pechos, sus piernas, su intimidad, el sol en mis mejillas.

—¿Se encuentra bien, doctor Hillenbrand?

—Yo... yo... Sí, estoy perfectamente. Sólo es el calor. Yo... he estado viajando. Dafydd... Dafydd Lewis... Quería ver donde...

—¿Conocía usted a Dafydd Lewis?

—¿Lewis? Sí... sí, le conocía. —Estaba aturdido, atormentado entre hablar de la muerte e implorar por el sexo. Me sentía enfermo.

—Creo que debería usted entrar y descansar un momento. Tiene el rostro

congestionado.

Me llevó al furgón policial, hizo sitio para mí y me ofreció una silla. Mis deseos sexuales desaparecieron casi tan rápidamente como habían llegado, como me había ocurrido la última vez. Recordé que hacía unas semanas había experimentado en la cama con Laura unos inconfesables deseos morbosos.

La mujer policía se acercó a uno de sus superiores, un hombre al que yo no conocía. Cuando entré, me había observado como un matarife mira a un ternero. Me fijé en él mientras se acercaba. Era un hombre cauteloso, que andaba con paso fácil sobre un terreno que conocía y estaba seguro de entender. Tenía unos círculos oscuros debajo de los ojos, la piel floja y pálida, y daba la impresión de llevar varias noches sin dormir. Quizá fuera cierto. La mujer policía le dijo quién era yo.

Era amable; dijo que conocía todo lo relativo al caso de mi hija y que estaba haciendo cuanto podían para localizar al asesino o asesinos. Sentí un impulso de decirle que estaban perdiendo el tiempo, que el asesino de Naomi estaba fuera de su alcance, que llevaba estándolo más de cien años. Y, sin embargo, me era imposible llegar a creer que Liddley hubiera sido el responsable de la muerte de Naomi ni de cualquier otra muerte reciente. Liddley era un catalizador, ni más ni menos.

—¿Qué le ha traído hoy por aquí? —preguntó el policía, amablemente pero con firmeza, como si yo resultara sospechoso por el mero hecho de estar allí.

—Conocía a Lewis —contesté—. Me reuní con él en un par de ocasiones que fue a mi casa a tomar fotografías.

—¿De veras? ¿No quería usted eludirlos? Me refiero a los periodistas.

Asentí.

—Sí, sí, por supuesto. Pero Lewis consiguió traspasar nuestras barreras y nos fue útil. Llegué a conocerle.

El policía pareció reflexionar sobre mis problemas.

—Su hija fue encontrada cerca de aquí, ¿verdad? —dijo.

Asentí.

—¿Ha estado usted en el sitio?

—No —mentí—. Nunca he querido ir.

—Y sin embargo, está usted hoy aquí, figoneando donde han matado a Lewis.

—No estoy figoneando —repliqué con cierta vehemencia—. Yo no figoneo. — Mi azoramiento me dejó acalorado. Nadie me había ofrecido una taza de té. Me sentía como un sospechoso, como un asesino pillado en las inmediaciones del lugar del crimen.

—Lo siento. Tenemos tantos fisgones. No, desde luego que no. Usted le conocía. ¿Qué hacía Lewis por aquí? ¿Lo sabe usted?

Meneé la cabeza.

—¿Podría esto tener algo que ver con su hija? ¿Le estaba ayudando de alguna

forma? ¿Era ésa la causa de que estuviera por aquí? ¿Le prometió hacer una investigación por su cuenta y valerse de sus contactos periodísticos para localizar al asesino?

—No, nunca —contesté.

—Doctor Hillenbrand, su presencia hoy aquí resulta algo extraña. El inspector Ruthven ha aparecido asesinado en la iglesia donde encontramos el abrigo de su hija. Ahora un periodista amigo suyo aparece brutalmente asesinado a un par de calles de distancia y usted viene a examinar las cosas. ¿No le parece extraño?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? También a mí me parecía extraño. ¿Qué estaba pasando exactamente?

—Piénselo bien, doctor Hillenbrand. Si tiene algo que decirnos, aunque sólo sea una sospecha, hágalo. Lewis puede haber sido asesinado porque estaba demasiado cerca del autor de la muerte de su hija. A propósito, ¿cómo se llamaba?

—Naomí. Su nombre era Naomí.

—Bien, puede que el asesino de Naomí ande merodeando por aquí a la espera de su próxima víctima. Otra niña, tal vez. Puede que usted sepa algo que nos ayudaría a resolver estos crímenes. Tal vez pueda usted evitar que se cometa el siguiente.

—¿Cree que se cometerá otro?

Se encogió de hombros.

—Quizás usted lo sepa mejor que yo —dijo.

No respondí.

—¿Puedo irme ya? —pregunté.

Guardó una pausa y luego asintió.

—Sí. Si necesita ponerse en contacto conmigo, me encontrará en Old Jewry. Mi nombre es Allison. Inspector detective Allison. Puede llamarme a cualquier hora. Sólo tiene que pedir a la centralista que le ponga conmigo.

Se levantó y yo le seguí. Al llegar a la puerta me volví.

—Liddley —dije.

—¿Sí?

—Busque a un tal Liddley. Es todo lo que puedo decirle.

Me miró fijamente un buen rato y luego asintió.

—¿Liddley? —exclamó—. Muy bien. Le buscaré. Si recuerda alguna cosa más, háganoslo saber.

—Sí —repuse—. Lo haré.

Salí al exterior. Desde las inmediaciones llegaba el ruido del veloz tráfico que circulaba por Commercial Road. Eché a andar por la estrecha calle, viendo cómo el sol caía sobre el ladrillo, las puertas cerradas, las cortinas corridas. A mi derecha se abrió una puerta y se asomó un hombre que me observó; era un judío de larga barba, uno de los últimos que quedaban en el distrito. Sobre el pavimento jugaban los niños

de Bangladesh mientras sus padres recordaban otro cielo y otro sol.

Había venido demasiado lejos para muy poco. Dios sabía por qué le había dicho a Allison que buscara a alguien llamado Liddley. ¿De dónde había venido la inspiración? ¿Era instinto, intuición, un capricho de la fantasía? ¿O algo más sólido? Estaba empezando a sintonizar. Con Liddley. Conmigo mismo.

Quizá fue el mismo instinto que me ayudó a decidirme sobre qué hacer después. Mientras me dirigía a Londres no había pensado en otra cosa excepto en encontrar el sitio donde había sido asesinado Lewis, como si el lugar fuera a decirme algo por sí mismo. Pero no me había dicho nada, nada que yo no supiera ya. Podía haber seguido hasta el lugar donde encontraron a Naomí, pero algo me decía que no me encontraba preparado para eso otra vez.

En lugar de ello, me encontré en Brick Lane. Creo que no tenía idea de a dónde iba hasta que doblé una esquina a la izquierda y enfilé una estrecha calle con ruinosas casas georgianas. Al final de la calle, el elevado capitel negro de una iglesia anglicana se dibujaba como una sombra sobre el azul del cielo. Cuando me dirigía hacia ella, sentí un profundo escalofrío por todo el cuerpo. El día pareció más frío y el sol, menos brillante, menos seguro de sí mismo. El cielo iba perdiendo su resplandor a medida que las nubes bajas se deslizaban raudamente desde poniente. Mis pisadas sonaban cavernosas. En la calle no había nadie más que yo.

La iglesia parecía desierta. Entre los bajos muros del perímetro y la puerta delantera se extendían dos parches de hierbajos aplastados ahogados por el polvo, adornados con papeles de caramelos, una lata de cerveza aplastada y bastantes colillas. El tablón de anuncios aparecía torpemente inclinado hacia delante, como si de un momento a otro fuera a estrellarse contra el suelo. Uno de sus paneles de cristal estaba cascado y alrededor el suelo aparecía sembrado de fragmentos de vidrio. El único aviso consistía en una página amarilla y arrugada de la hoja diocesana con las horas extraordinarias de los servicios. Era sólo cuestión de tiempo que St. Botolph's se convirtiera en una mezquita, en una sala de bingo o en un aparcamiento.

Empujé la puerta principal. Se abrió fácilmente y entré. La escasa luz que se colaba por las ventanas caía, exhausta, sobre un lugar más ruinoso que sagrado. Si aquella era la casa de Dios, Dios debía de estar arruinado. La obra era de finales del siglo XVIII, posterior a la Reforma, una olvidada pieza maestra de Hawksmoor, sita en Commercial Road. Los restauradores Victorianos habían hecho todo lo posible para proteger el interior original. La pobreza moderna y las ocasionales tentativas de situar algunas partes de la iglesia en línea con los gustos de esta época habían logrado algo peor que un mal trabajo.

Durante mucho rato miré fijamente el candelabro barato que había en el altar y un rayo de luz que se colaba hacia él sin fuerza suficiente. Ruthven había apuntado una vez la sugerencia de que Naomí hubiera sido asesinada aquí, precisamente aquí, en la

iglesia. Pero no habían encontrado pruebas que lo confirmaran. No había manchas de sangre, cabellos, nada que pudiera llevar a esa conclusión. Sin embargo, al mirar alrededor y sentir la miserable ambigüedad del templo, el malestar reinante en el ambiente, comprendía por qué pudo pensar eso. Y quizá, pensé, sólo quizá, podía estar en lo cierto.

La puerta que llevaba a la cripta estaba a la derecha, entre dos grandes monumentos Victorianos. A pesar de lo que había sucedido, no estaba cerrada con llave. Un interruptor situado detrás de la puerta encendía una bombilla desnuda en la escalera y otras más abajo. Procedente de la cripta subía olor a humedad y espesas telarañas poblaban las paredes. Le sentí a él, estaba muy cerca. ¿Pero por qué? ¿Por qué aquí?

La cripta estaba estructurada en angostos corredores con celdas a cada lado. Las celdas eran cámaras bajas, cada una con su propia puerta. En algunas puertas, los nombres de las familias estaban pintados sobre un recuadro de madera. Al principio me sorprendieron muchos nombres. Eran nombres franceses: Le Houcq, Crespin, De la Motte. Y entonces recordé que los hugonotes habían acudido a Londres en gran número después de las *dragonnades* y la Revocación del Edicto de Nantes en 1685. Aquélla debía de haber sido originalmente una de las iglesias construidas por los hugonotes en Spitalfields.

Fui recorriendo detenidamente un pasillo tras otro. Me preguntaba sobre el lugar exacto donde habían encontrado el abrigo de Naomí. Una rata cruzó velozmente por delante de mis pies. Bajé la vista y vi una botella de Guinness vacía y una bolsa de papel que a buen seguro había contenido bocadillos.

Aún era reconocible el sitio donde habían encontrado a Ruthven. Nadie se había molestado en borrar el contorno de su cuerpo, marcado con tiza, y todavía había manchas de sangre en el suelo. Alguien había dejado flores, tal vez alguno de sus colegas. Era de suponer que su esposa no había estado allí. Reparé en que ni siquiera me había molestado en visitarla. Todo estaba en silencio, en completo silencio.

Creí oír algo a mis espaldas. Sobresaltado, miré en derredor, pero no había nada. Miré otra vez al suelo. No lejos de las marcas de tiza advertí algo, un pequeño bulto de ropa. Me agaché y lo recogí. Era la bufanda de Naomí. La apreté fuertemente en mi mano, acordándome de la última vez que se la había puesto alrededor del cuello.

Me incorporé despacio. Al levantarme, mis ojos se fijaron en el nombre de la placa que había en la puerta situada delante de mí. Al principio no me llamó la atención; era un nombre más, un nombre francés igual que el resto, perteneciente a una familia de comerciantes textiles: Petitoeil. Era la tumba al lado de la que se había encontrado el cuerpo de Ruthven. Me acordé de la traducción que Lewis había dado del nombre: «Ojo pequeño». Y de las palabras dichas por Naomí durante todos aquellos meses: «Él dice que tiene los ojos pequeños, que sus ojos pequeños me están

observando». Y entonces me volví y miré más detenidamente el nombre que había en la placa de la puerta de la tumba. La fecha del fallecimiento del último nombre debía haberme sido familiar: 9 de marzo de 1865. El nombre era Jean Auguste Petitoeil: John Augustus Liddley.

Regresé a Cambridge conmocionado. El sol se había ocultado tan bruscamente como había venido y efectué el viaje de regreso a través de unos campos cada vez más sombríos y desolados. No tenía necesidad de consultar el Registro de Enterramientos para saber que John Liddley —Ojo Pequeño, Petitoeil— había sido enterrado en la cripta de St. Botolph's al lado de su padre, de su madre y quién sabe de cuántos otros miembros de su familia. Lo que no conseguía entender era cómo su mano había salido de la sepultura para golpear a tres víctimas inocentes, para llevarlas tan cerca del lugar donde reposaban sus huesos. Empecé a preguntarme cuánto tiempo nos quedaba, cuánto tiempo faltaba para que viniera por Laura y por mí mismo.

En la portería me aguardaba un mensaje. Mi esposa había llamado rogándome que telefonara a casa de mi hermana. Era la primera noticia que tenía de Laura en varios días. Durante las últimas semanas habíamos hablado por teléfono media docena de veces y habíamos intercambiado tres o cuatro cartas. Pero ni hablar ni escribir nos resultaba fácil, pues había tantos tópicos que eludir, que ambos sentíamos una espantosa reserva.

Cuando llamé estaban cenando. Carol respondió a la llamada y estuvo un rato hablando conmigo. Me contó lo mucho que había mejorado Laura y lo bien que le habían sentado el cambio. Luego, se acercó al teléfono la propia Laura.

—¿Cómo estás, querida? —pregunté—. Carol dice que te encuentras mucho mejor.

—Muchísimo mejor, cariño. Carol se ha portado como un ángel y a mí me ha servido de mucho ayudarla a cuidar de Jessica.

Jessica, la hija de tres años de Carol, era el resultado de un desastroso romance con un hombre casado, un contratista de la construcción de la zona que tenía otros siete hijos. Jessica, sin embargo, no había resultado ningún desastre. Era adorable y adorada, y no era sorprendente que operase un cambio en Laura.

—Charles —continuó Laura—, quiero ir a casa. Quiero que los dos volvamos a la casa.

—¿A la casa...? Pero, Laura, sabes por qué no podemos hacer eso, sabes lo que sucedió.

—Lo sé, sé todo eso, pero no va a pasar nada. Lo creo sinceramente. Hemos cometido un error, un terrible error. No hay motivos para asustarse, sino todo lo contrario. —Su voz descendió casi a un susurro—. Cariño, no se lo he dicho a Carol, no se lo he dicho a nadie. —Vaciló durante un buen rato y luego habló con súbita precipitación—: He visto a Naomi. Aquí, anoche, en mi dormitorio. Me habló, Charles, Naomi me ha hablado.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. «Ayúdame, papáito, ayúdame». Las palabras resonaron en mi mente.

—Querida...

—No, no me pasa nada, me encuentro bien. No ha sido ninguna alucinación, la he visto realmente. No sé por qué te cuesta tanto creerlo después de las cosas que hemos visto, después de las fotografías y todo lo demás. No me crees, ¿verdad?

La sangre se me heló. La creía. Bien sabe Dios que la creía. ¿Por qué no iba a creerla?

—Dice que debemos volver. Dice que me echa de menos, que nos echa de menos a los dos, que no podrá dormir, descansar ni hacer nada hasta que volvamos a estar con ella.

—Querida, los espectros no duermen.

—¿Cómo sabes tú lo que hacen? Tal vez tengan una vida exactamente igual que la nuestra. Es nuestra hija, Charles, no importa lo que le haya ocurrido, sigue siendo nuestra hija. ¿O lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, cariño. ¿Cómo podría olvidarlo? Lo que pasa es que...

Laura continuó como si no me escuchara.

—Dice que debemos volver, que no nos ocurrirá nada malo. Todas esas habladurías sobre las fuerzas del mal no son más que invenciones de ese horrible galés, de ese fotógrafo. Ya sabes que a mí no me gustó desde el principio. Yo...

—Ha muerto, Laura. Lewis está muerto. Acabo de regresar de Londres. Lo encontraron anoche asesinado, en una calleja de Spitalfields, cerca de donde Naomí...

Volvió a interrumpirme.

—Siento oír eso, Charles, lo siento de veras, pero no veo que ello cambie nada las cosas. Creo en Naomí. Dice que Carol y Jessica tienen que venir con nosotros también. Carol ya ha accedido a ello. Naturalmente, no le he dicho por qué quiero que venga, pero ella opina que tiene mucho trabajo de papeleo que puede hacer igualmente y que no le vendría mal pasar allí la próxima quincena con Jessica. Así que todo marcha estupendamente. Ya lo verás, no habrá nada de qué preocuparse. Llegaremos mañana en el tren de las doce y cuarto. ¿Puedes ir a la estación a recogernos, o cogemos un taxi?

No contesté. Me quedé tan frío, como si me hubiese dado un baño en hielo puro.

—Querido, ¿no te alegras de que vuelva a casa? ¿No te alegras?

—Sí, claro —contesté—. Claro que me alegro. ¿Por qué no iba a alegrarme?

Pero me había quedado terriblemente frío.

Llegaron al día siguiente, como habían prometido. Todos parecíamos contentos. Yo desempeñé mi papel, cogiendo su equipaje y llevándolas a casa en el coche como

un servicial marido y hermano. Paramos delante de la casa como si nada hubiera sucedido, como si no nos hubiéramos alejado nunca de ella. Cuando entramos, alcé la vista hacia la ventana del desván. No había ningún movimiento. Todo estaba tranquilo.

Laura parecía otra vez feliz, fortalecida por su reciente devoción por Jessica. La muerte de Lewis no parecía haberla afectado en lo más mínimo. Pero ocurría que ella no le había conocido tanto como yo. Decidí no contarle nada sobre los extraños hechos de Spitalfields, ni que lo habían encontrado donde estaba enterrado Liddley. Tal vez ella tenía razón y lo que necesitábamos era dar una oportunidad para que las cosas volvieran a su cauce. Por lo que yo sabía, otras personas habían vivido en la casa antes que nosotros sin que ocurriera nada terrible.

Hablé con Carol durante el desayuno, comprendí que no sabía nada de lo que había estado ocurriendo. Simplemente daba por sentado que la tensión después de la muerte de Naomi había sido muy fuerte para los dos y que ambos necesitábamos estar separados algún tiempo. Cosa perfectamente natural y comprensible en tales circunstancias. ¿Por qué algunas personas son tan acérrimamente comprensivas? Por todo ello, confié en que no ocurriera nada que la sacara de su engaño.

Aquella tarde, dejé a las tres en casa y volví a Downing. El hallazgo de la tumba de Liddley sólo había servido para avivar mi voracidad por saber más cosas de él. Estuve tres horas examinando sus cartas, familiarizándome con su apretada pero erudita caligrafía, sus curiosos cambios de estilo y su clasicismo. Las personas con que se carteaba eran de diversa educación y procedencia, mas de similar tendencia. Sin conocer el sentido final de la vida, ésta se tornaba carente de significado, insípida y, a la postre, insoportable. Sólo el hombre con coraje, el hombre cuya alma ha sido templada por el sufrimiento podría alcanzar la verdadera sabiduría y, desde ella, el conocimiento perfecto.

«La gente ordinaria, la comunidad, no tiene percepción de tal conocimiento, ni afán por él o respecto a él —escribía un interlocutor epistolar, un doctor en teología de la Universidad de Leiden—. Nosotros, por el contrario, al tener acceso secreto a estos arcanos, a la semilla de esa Gnosis Universal en la que radica el germen de Todas las Cosas, podemos considerarnos por encima de las esperanzas y sentimentalismos del vulgo.

»Es posible que nosotros neguemos valor a su moralidad, a su pequeña y rastrera observancia de ésta, una cuestión de costumbre y no de principios, por lo poco que en verdad vale. Remontémonos por encima de ella y se nos abrirán colinas y valles de conducta verdadera y acción correcta. Un hombre puede yacer con una mujer contra la ley y, sin embargo, cosechar deleites superiores a los del tálamo nupcial. Puede tomar lo que no es suyo y, sin embargo, procurar un beneficio inestimable a su supuesto propietario. Puede matar y, sin embargo, dar vida a su propia alma y

acelerar con ello su propia perfección y su amor a la Sabiduría».

Había más, mucho más, del mismo tenor. Aquellas respuestas de Liddley que habían sobrevivido —parecía que al llegar a cierta etapa había sido suficientemente meticuloso como para guardar copia de todo lo que escribía— se expresaban en un lenguaje similar. Empecé a percibir una muestra, unas ansias, algo que insinuaba —y a veces hacía más que insinuar— la desesperación del hombre que se siente encadenado y sin embargo piensa que puede oler el aire de los campos abiertos y anhela correr por ellos.

Las cartas eran sugestivas, pero solamente se acercaban a los límites de la pesadilla de Liddley. ¿Era únicamente la búsqueda del saber y el significado de las cosas lo que le había arrastrado a su oscuridad final, o era algo más? Yo necesitaba una respuesta y empezaba de nuevo a desesperarme por encontrarla.

Cuando estaba recogiendo las cosas para marcharme, hice el descubrimiento que me llevaría a la verdad; o a la mayor parte de verdad que hubiera soñado alcanzar nunca. Metí las cartas en su caja, la até con la cinta y la puse a un lado. Al lado había otra caja, de la cual había sacado ya varios cuadernos de notas, que no había mirado todavía. Cuando empecé a meterlos otra vez me llamó la atención uno que era bastante distinto de los otros: un pequeño volumen encuadernado en piel con la inscripción «Informes clínicos 1838-47». No le había dado ninguna importancia por considerarlo sólo una continuación de las anteriores notas recogidas por Liddley en sus primeros años de médico. Pero ahora lo cogí y miré su contenido.

La caligrafía era inequívocamente de Liddley. Las entradas iban por orden de fechas, pero el primer párrafo que leí no se parecía en nada a un informe médico. Creo que fue el nombre de Sarah lo que me hizo sospechar que aquel cuaderno de notas contenía algo más íntimo que los otros. A los pocos minutos sentí un arrebató de excitación nerviosa. El título era un engaño: lo que tenía en mis manos no era otra cosa que el Diario personal de John Liddley.

Casi era hora de cerrar. La biblioteca se encontraba desierta y yo estaba sentado solo junto a una lámpara de luz amarilla. Burnett se había ido a las estanterías a restituir los libros consultados aquel día por los lectores y sólo me llevó unos segundos deslizar el Diario dentro de mi cartera de mano, recoger los otros cuadernos de notas y volverlos a guardar en su caja. Burnett volvió un minuto después. Le entregué las cajas. Apenas las miró. Me había entregado dos cajas y dos cajas le devolvía. Estuvimos charlando un par de minutos sobre nimiedades y me marché. En aquellos días, como ahora, Cambridge funcionaba basándose en la confianza. Los miembros de la Biblioteca de la Universidad no precisaban de tarjeta para entrar en ella y sus encargados eran bastante descuidados. Los académicos no son ladrones, hasta que se les pilla *in fraganti*. A mí no me pillaron.

Cuando llegué a casa, la cena estaba lista. La mesa era una llamarada de velas. Velas rojas, elegidas como para una fiesta, para la comida de Navidad que no llegamos a celebrar. La casa parecía más normal que desde hacía meses. No había en ella aquel peso, aquella sensación de opresión y remordimiento con que Laura y yo la habíamos llenado.

Mi esposa y mi hermana habían pasado la tarde limpiando, jugando con Jessica y cocinando. Les había sentado bien; dijeron que eso las unía, dos mujeres y una niña poniendo orden en sus vidas. Me sentí excluido, incluso esquivado. Desde el momento en que crucé la puerta, sentí como si hubieran alejado mi hogar de mí, y la inseguridad creció en mi interior como una burbuja.

Laura estaba realmente radiante, era una persona nueva, una resucitada. Al menos lo estaba para con Carol y Jessica; sus maneras para conmigo, su marido, eran más reservadas. Creo que estaba resentida conmigo por haberme ido después de su regreso, como si la hubiera desairado, cuando lo que realmente había estado haciendo era localizar a Liddley para que ella se encontrara segura. Durante la cena me lanzó unas raras miradas de soslayo, como si yo fuera un extraño y estuviera arrepentida de haberme invitado a su casa.

Jessica llevaba un vestido rosa idéntico al que tenía Naomí. Recordé que Carol les había comprado dos conjuntos iguales durante su visita previa a la Navidad, pero consideré una ligereza por parte de Carol dejar que su hija se sentara a mi mesa con un vestido tan cargado de recuerdos. Había momentos en que se me nublaban los ojos y creía ver a Naomí en el sitio de Jessica. Después de todo, eran primas y muy parecidas.

Cené ligeramente y las dejé allí, con las velas derritiéndose lentamente y su charla insustancial. Una abogada y una historiadora de arte hablando sin pausa sobre bebés. Cuando abandoné la habitación parecieron mirarme de una manera extraña, como si

hubiera dicho o hecho algo inoportuno. Pero las ignoré. Estaba ávido de ver mi preciado descubrimiento.

Me dirigí al estudio y abrí la cartera de mano. Allí estaba, finalmente, sobre mi escritorio, la clave de lo que había buscado con ahínco durante todo aquel tiempo. Entonces, en los primeros minutos dedicado a las memorias del bueno del doctor, sentí una rara excitación. Pero, a medida que leía, la excitación dio paso al recelo, luego a la piedad y finalmente al horror. Comprendí a John Liddley como jamás he comprendido a nadie.

Cuando terminé de leer era tarde. Una hora o dos antes había oído a Carol y Laura irse a la cama. La casa estaba silenciosa. Empecé a notar que hacía frío en el estudio. Estaba sentado inmóvil en mi sillón, encorvado sobre el escritorio, con los ojos fijos en la cubierta del Diario. Me había dicho todo lo que necesitaba conocer. Sabía por qué las había matado y cómo lo había hecho. Incluso creía saber lo que había sucedido en Spitalfields.

No abrigaba dudas sobre lo que debía hacer. Cogí el Diario, me levanté y fui directamente al salón. Laura y Carol habían dejado un exiguo fuego ardiendo en la chimenea, que casi se había extinguido. Lo removí con el badil y añadí unos troncos. A los pocos minutos, empezó a arder de nuevo.

Una vez reavivado el fuego plenamente, cogí el Diario e hice añicos sus páginas. No tardaron en levantar llamas y en arder vorazmente hasta convertirse en negras cenizas. Cuando acabé, salí al exterior y arrojé la cubierta al cubo de la basura. Aspiré el aire de la noche, tiritando, y volví a entrar en la casa.

Laura estaba dormida. Oí su respiración nada más entrar al cuarto, sumido en la penumbra. Me desnudé y me metí en la cama junto a ella. Estaba de espaldas a mí y me sentí inmensamente aliviado de no tener que hablar con ella y mentirle. Permanecí tendido a oscuras; pero no ya imaginando, sino sabiendo lo que había ocurrido en la casa, aquí, en esta habitación, y arriba, en el desván.

Todo había comenzado con la atracción de Liddley por Miss Sarfatti, la institutriz de su hija. Su nombre de pila era Anna. Era una mujer de origen oscuro, y ni siquiera Liddley había sido capaz de sonsacarle ninguna información sobre ella misma. No tenía ascendencia inglesa, aunque había sido criada en este país. Tampoco está clara su nacionalidad. Sarfatti no es apellido italiano, y yo no conseguí averiguar su auténtica procedencia.

A juzgar por la descripción de Liddley, Anna Sarfatti era una mujer bella. «Soy incapaz de describir el placer que sentí al verla por primera vez», escribió en su Diario, y sus palabras han permanecido conmigo. «Fue como si hubiera pasado por una puerta y entrado en una estancia completamente distinta a aquella en la que había estado, una estancia cuyas dimensiones, luz y colores eran del todo diferentes a los de cualquier otra donde hubiera entrado o deseado entrar. Estoy hechizado. Sus ojos me

extasían, sus orejas, sus labios, su cuello, el modo en que se detiene en medio del discurso buscando la palabra justa. Es vacilante, coqueta y, sin embargo, sincera y honesta. Si digo que la amo, me quedo muy corto de lo que sé y lo que siento. Ella me revelará todas esas cosas que hasta ahora han estado veladas a mis ojos».

La infatuación del doctor alcanzó rápidamente proporciones de obsesión. A buen seguro que su esposa lo sabía; me niego a pensar que no lo supiera y que el propio Liddley no sospechara que lo sabía. En una ocasión, Sarah trató de despedir a la institutriz, pero su marido la desautorizó y Anna siguió en la casa. Al principio, Liddley se mantuvo a distancia de ella, admirándola, enfermo de amor, pero leal a su esposa, con la que se había casado sin afecto. Su necesidad de Anna, sin embargo, se hizo gradualmente demasiado fuerte e irresistible. Sus interlocutores epistolares le escribían mientras tanto diciéndole que era aceptable desdeñar la baladí moral de las masas, si sus instintos le apremiaban a acostarse con la hermosa mujer con que se encontraba y hablaba a diario. Y Anna, al parecer, no estaba en contra de ello.

Así escribe sobre la primera vez que se acostó con ella: «Me he elevado hasta las más vertiginosas alturas que un hombre puede alcanzar y, sin embargo, continuar con vida. No me importaría morir esta noche». Sus citas de amor eran cuidadosamente planeadas para que coincidieran con la ausencia de Sarah durante las visitas que hacía a sus padres o amistades. O bien Liddley se inventaba visitas a pacientes ficticios y se encontraba con Anna en la ciudad, en una habitación alquilada por él. Así continuaron las cosas durante más de un año. Entonces, Anna le dijo que estaba encinta.

Sarah se enteró de la situación. Los amantes habían sido muy poco discretos, casi habían buscado ser descubiertos. La posición de Anna resultaba insostenible: soltera, carente de amigos, de familiares y de recursos, imploró la misericordia de Sarah Liddley. Pero la esposa escarnecida no tenía misericordia que dar. Esta vez a John no le quedó alternativa: si no la despedía en el acto, se quedaría sin esposa, hijas, reputación y carrera. Resulta difícil saber cuál de estas cosas pesaban más en su balanza. Ciertamente, su Diario deja bien claro que quería apasionadamente a sus hijas.

En contra de su voluntad, convocó a Anna a su despacho, le entregó una suma y le dio un beso de despedida. Ella partió desconsolada para Londres, portando una pequeña maleta con sus escasas y míseras pertenencias y un papel con los nombres de unas personas conocidas de su amante, que, según había dicho él, la ayudarían. Aquello ocurría en julio de 1846.

El Diario guarda silencio acerca de los meses siguientes. No hay entradas en él y tampoco quedan cartas que se recojan o relaten los acontecimientos ocurridos a lo largo de aquel período. El Diario se reanuda a finales de setiembre con una furiosa y despavorida entrada en la que Liddley manifiesta que ha contraído la sífilis. Su

perplejidad es alarmante, a juzgar por la casi incoherencia de sus palabras, más o menos, en la semana siguiente. Sabe que no puede haber contraído la infección de su mujer, pero encuentra todavía más difícil aceptar la amarga verdad de que ha sido contagiado por Anna, esa modosa criatura de aspecto casi virginal a la que tanto adora y por la que tanto ha arriesgado.

A lo largo de los meses siguientes se observa un marcado deterioro en el estado mental de Liddley, recogido con detalle en las páginas del Diario. La angustia que siente por la pérdida de Anna, su amargura y confusión en torno a la evidente perfidia de ésta, el odio que experimenta contra su esposa y su creciente frialdad hacia sus hijas, todo ello combinado hace que su razón se tambalee. En la correspondencia de este periodo, de la que han sobrevivido un par de ejemplos, Liddley sobrepasa todos los límites anteriores en su determinación de elevarse por encima de lo trivial, de encontrar en el incumplimiento de las reglas morales el camino hacia la verdad.

En este punto, empero, se produce un fatal sesgo en su filosofía. Al parecer, en cierto sentido, ha comenzado a considerar a Anna como un foco, como una lente a través de la cual podría ver más claramente la forma del cosmos. En una ocasión cita al espurio panfleto de rosacruz, de comienzos del siglo xvii, *Fama Fraternitatis: mundum minutum omnibus motibus magno illi respondentem fabricasset* (él fabricó un microcosmos que se correspondía en todos los movimientos con el macrocosmos). Anna había sido el microcosmos de John Liddley y éste había imaginado que, en ella y a través de ella, lograría la sabiduría que hasta entonces se le había negado, que la fuerza del amor completaría lo que no había completado la fuerza de la mente y la voluntad.

Ahora, viendo contaminada su fuente de inspiración y corrompido él mismo, corporal y mentalmente, empieza a concebir el conocimiento y la sabiduría como cosas malignas. El vicio —escribe—, no el amor, es la fuerza que mueve el universo. La crueldad, no la piedad, es el vínculo que une a los hombres. Cae en la cuenta de que el propósito de la medicina no es curar, sino destruir.

Tales sentimientos se intensificaron a principios de enero del año siguiente, cuando, para su horror, Anna Sarfatti llamó a su puerta, aterida de frío, famélica, casi muerta y a punto de dar a luz. Sarah no la dejó entrar en la casa. Liddley, a pesar de las protestas de su mujer y de sus propios sentimientos de asco, llevó a su amante a una especie de cobertizo y la atendió durante un largo y penoso parto, para perderla al final.

Ella dio a luz un niño, el cual, por insistencia de Sarah, fue llevado a un hogar de la localidad para niños huérfanos. Liddley le bautizó como John, su propio nombre. Posteriormente fue adoptado, por recomendación de Liddley, por un matrimonio sin hijos amigo de sus padres, unas gentes llamadas De la Mere, que vivían cerca de los Liddley —los Petitoeil, en Spitalfields.

Para entonces, sin embargo, Liddley había perdido por completo su control mental. Externamente conservaba la razón, pero su interior era un torbellino de rabia y sufrimiento. No podía soportar mirar a Sarah ni a sus hijas. Comía y dormía solo y se comunicaba con su esposa mediante notas dejadas en el vestíbulo. Un triste silencio recayó sobre la casa. La mayor parte del tiempo, Liddley estaba recluido en su despacho leyendo y escribiendo. A altas horas de la noche podía oírsele moverse de un lado a otro en su dormitorio o paseándose por el desván. Algunas noches ensillaba su caballo y se iba al campo, para no regresar hasta la mañana siguiente o incluso hasta el otro día. Estos pormenores están recogidos en la declaración hecha por su suegro tras la desaparición de Sarah, basada en manifestaciones de su hija.

Y entonces parece haber sucedido algo que impulsó a Liddley a poner en práctica un experimento que iba a terminar en la tragedia final. «Ellas me han sido entregadas —escribe en su Diario el 14 de abril de 1847— como señal de una gracia más alta, para encontrar en ellas lo que ningún hombre ha encontrado antes en mujer alguna». Al decir «ellas» se refiere a su esposa e hijas. Primero cogió a las niñas y las encadenó en el desván; luego atacó a Sarah, quebrándole ambas piernas, y la dejó con las niñas, impedida. Las dejó desnudas y las trató como animales. De hecho, ellas eran sus especímenes, lo que ahora llamamos conejillos de Indias.

No tengo estómago para describir lo que ocurrió durante los meses siguientes. En aquellos tiempos no existía anestesia ni analgésicos para calmar los constantes dolores que padecieron las tres. Liddley era perseverante en sus experimentos. Buscaba afanosamente el significado bajo su piel y sus huesos. Creía que ellas podían aprender a superar sus sufrimientos, pero «ellas no aprendían», así que las castigaba. El Diario describe gráficamente sus experimentos. Sarah murió primero, luego Caroline y finalmente Victoria. Envolvió sus despojos en arpillera y tapió con ladrillos el extremo del desván donde las había mantenido recluidas. Ya no volvió a entrar allí. Pero aquello no fue el final. En cierto modo, aquello fue sólo el comienzo.

Me resultaba imposible dormir. Me oprimían las ropas, aplastándome contra la cama. Cuando cerraba los ojos, veía imágenes de Liddley, sus ojos llenos de dolor mirándome fijamente, sus labios entreabiertos en lo que no era ni sonrisa ni ceño. Pero si abría los ojos, la habitación parecía llena de formas grises sin vida. En vez del sueño, acudían a mí pensamientos de John Liddley y de su familia. Cómo me apiadaba de él. Y cuánto me aterrorizaba.

Por último, me volví de costado y alargué la mano hacia Laura buscando algún calor o consuelo para mi insomnio. La rodeé con un brazo y me pegué a ella, acoplando mi cuerpo al suyo. Llevaba un camisón largo. Esto me sorprendió, toda vez que Laura dormía normalmente desnuda, salvo que hiciera mucho frío. Me apreté contra ella y le puse la mano sobre uno de los pechos, obligándola a moverse y

murmurar entre sueños. Y en aquel momento se me heló la sangre.

La mujer que estaba abrazando no era Laura. Laura tenía el cabello corto y muy recogido, y aquella mujer tenía una espesa y larga cabellera que le llegaba hasta la cintura. Laura tenía los pechos pequeños y los de aquella mujer eran grandes. Por un momento pensé que había cometido un error estúpido, que me había metido en la cama de Carol. Pero en aquel instante la mujer que había a mi lado se volvió hacia mí y me cogió la mano.

—¿John? —murmuró, soñolienta—. ¿Eres tú? ¿Dónde estabas?

No era la voz de Laura ni la de Carol. Con una sensación de horror creciente, me aparté de ella.

—¿Qué ocurre, John? ¿No me quieres?

Alargué la mano hacia el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche y encendí la luz. Cuando miré a mi alrededor, la cama estaba vacía.

Creo que grité. A los pocos instantes la puerta se abrió y apareció Laura, seguida de Carol.

—¿Te encuentras bien, Charles? ¿Qué diablos ha ocurrido? —Laura estaba medio desnuda en el umbral. Sus ojos escrutaron la habitación y acabaron posándose en mi cara. No hizo ningún movimiento para acercarse a mí. Carol estaba detrás de ella echándose una bata por encima de los hombros. Las dos parecían cansadas y ajadas.

—Tenía... —tartamudeé—. Tenía la impresión de que había alguien... en la cama... —No podía expresarme de manera inteligible, impulsar la verdad a través de mis labios. Temía traicionarme.

—¿Creías que había alguien en la cama? Qué disparate —dijo Laura—. Habrá sido una pesadilla. Has estado leyendo demasiado. Tienes demasiadas preocupaciones. La muerte de ese hombre de Londres te ha hecho recordar las cosas. Me quedaré aquí contigo y te encontrarás mejor.

—Charles, Laura tiene razón —dijo Carol—. Has estado trabajando mucho, pero es demasiado pronto para trabajar. Lo único que haces con eso es aumentar el estrés. Necesitas descanso. Fíjate lo bien que le ha sentado a Laura.

Voces muy razonables, cuando sólo momentos antes... Asentí. A la fría luz artificial, mis temores parecían grotescos. Laura se acercó a la cama. Mientras se acercaba, miré alrededor. En la almohada de al lado, la de Laura, había un hoyo profundo marcando el sitio donde había reposado una cabeza. Extendí la mano. Las sábanas aún no habían perdido su calor. Laura se metió en la cama, a mi lado. Carol ya había cerrado la puerta y había regresado a su habitación.

—Tiene razón —insistió Laura—. Has estado trabajando demasiado. ¿Qué importa quiénes vivieran aquí hace tantos años y lo que hicieran o dejaran de hacer? Ya están muertos todos. ¿Por qué no nos olvidamos de ellos? ¿Por qué no los dejamos descansar en paz?

—Él las mató —dije—. A su esposa y a sus dos hijas. Las operó sin anestesia. Dejó sus reacciones anotadas en su Diario.

—Eso no importa, Charles —repitió Laura—. Eso ya pasó; deja que descansen.

No dije nada más. Ella no lo entendía, y yo no podía hacerle entender que aún no había terminado todo. Al poco rato se quedó dormida. Yo no podía soportar la oscuridad y dejé encendido un velador. Faltaba poco para amanecer cuando caí en un sueño ligero e inquieto, pero antes escuché dos veces ruido de pisadas en el desván.

A la mañana siguiente, poco después de las diez, se presentó un inesperado visitante. Era el inspector Allison, el encargado de investigar el asesinato de Lewis.

El tiempo había vuelto a mejorar y lo llevé al jardín. Carol y Laura estaban en la ciudad con Jessica.

—Hemos peinado toda la zona en busca de algún Liddley —empezó—, pero no hay nadie que se llame así en Spitalfields ni en ningún distrito adyacente. En realidad, hay muy pocos Liddley en Londres. Así que sería mejor que me lo explicara usted.

Vacilé. Estábamos sentados en unas finas y pequeñas sillas de jardín que había comprado Laura en unas rebajas de Eaden Lilley's el año anterior.

—Inspector, tengo que disculparme. Cometí un error. No era más que una corazonada, una sospecha. Pero me temo que me equivoqué.

—Permita que sea yo quien lo juzgue. ¿Qué le hizo a usted darme ese nombre?

Yo sabía que jamás iba a creerse lo que podía contarle.

—No quiero confundirle, inspector. Créame, quiero encontrar a ese hombre. Él mató a mi hija.

—¿Cree usted que el hombre que mató a su hija es el mismo que mató a Dafydd Lewis?

Asentí.

—También mató al inspector Ruthven. Pero me equivoqué; su nombre no es Liddley. Se llama... —Estaba pisando un terreno difícil. ¿Y si me equivocaba otra vez? ¿Me denunciaría Allison por obstaculizar a la policía en sus investigaciones y hacerles perder el tiempo? ¿Le llevaría a la muerte mi intromisión, igual que había ocurrido con Ruthven y Lewis?—. No estoy seguro —dije—. Puedo haberme equivocado otra vez, pero creo que debería intentarlo de nuevo. Esta vez, no bajo el nombre de Liddley. Busque a un tal De la Mere.

Durante el almuerzo noté que algo preocupaba a Carol. Le pregunté si le ocurría algo, pero ella eludió responder, con indiferencia al principio y luego con energía. Más tarde, sin embargo, cuando acostaron a Jessica en la cama para dormir la siesta, sugirió que diéramos un paseo. Laura se ofreció a quedarse al cuidado de Jessica, diciendo que debía examinar algunas diapositivas; el lunes siguiente volvía a su antiguo trabajo en el Fitzwilliam.

Así que Carol y yo fuimos en bicicleta hasta King's. Dejamos las bicicletas en la Parade y continuamos paseando hasta los Backs. Una alfombra de variados y pálidos narcisos amarillos se extendía casi hasta la orilla del río, interrumpida por pequeños macizos de azafrán púrpura y blanco. Si menciono todo este bucólico escenario, es sólo porque contrastaba severamente con la oscura solemnidad de nuestra conversación. Desde entonces, no he encontrado deleite alguno en las flores.

Caminamos juntos, hermano y hermana, uno al lado del otro a lo largo del río, esforzándonos por recuperar la intimidad y la franqueza que habíamos conocido de niños y adolescentes. La mayoría de edad nos despoja de muchas cosas, nos arranca

muchas aptitudes, muchas flaquezas.

—¿Qué está pasando, Charles? Laura no me cuenta gran cosa y yo no quiero presionarla. Es frágil y no sé hasta qué punto puedo influir para ayudarlos. Al menos, ella parece estar mejorando algo. Eres tú quien me preocupa. No tu salud, que no se afecta. Pero pareces otra persona, Charles. No sólo estás cambiado, sino... que ya no eres el mismo.

—Todo se arreglará. La muerte de Naomí...

Se volvió, casi colérica.

—Ya está bien, Charles, tú sabes que no es eso. No es sólo eso. Espero que no te olvidarás de Naomí dentro de... bueno, unos años, tal vez nunca. Pero algo más está sucediendo, ¿verdad? ¿Qué es, Charles? Ella ha vuelto con vosotros, ¿verdad?

Me detuve.

—¿Cómo...?

—¡Oh, Charles! Ya está bien. He sacado conclusiones de algunas cosas que se le han escapado a Laura. He empleado la intuición. Es cierto, ¿verdad? La habéis visto.

Asentí.

—Yo la he visto una vez y Laura otra. Y la hemos oído. En nuestro dormitorio, una noche; estaba llorando. Y hay fotos.

—¿Fotos? Comprendo. —Hizo una pausa. Seguimos paseando como dos amantes cogidos del brazo, despojándonos de nuestras inhibiciones. Yo deseaba lanzarme al río y arrastrarla a ella hasta su oscura profundidad y los hierbajos del fondo.

—Anoche oí algo —prosiguió—. Pisadas encima de mí, en el desván. ¿Las has oído tú?

—Sí —contesté.

—No eran pisadas infantiles. No de Naomí.

—No. No eran de Naomí.

—Creo que deberías contármelo.

De modo que le conté todo lo que sabía, excepto los detalles de lo que John Liddley había hecho a su familia. Cuando llegué al final, había transcurrido más de una hora. Carol y yo permanecimos mucho rato sentados en silencio, mirando fijamente el río, su suave gracia plateada, las ondulaciones que formaban sus aguas, su frescura y su profundidad.

—Qué extraña coincidencia, ¿verdad? —exclamó. Yo sabía a qué se refería.

—¿Te refieres a mamá? —pregunté.

Ella asintió.

—Sí —dije—. Si se le puede llamar coincidencia.

—¿Acaso no crees que sea eso?

—No —respondí.

El río se rizaba un poco más abajo de nuestros pies. Nuestras imágenes, reflejadas

en la superficie, danzaban como fantasmas. Me estremecí.

—Laura no debió animarte a venir —dije—. No debió permitirte traer a Jessica. ¿Sabes?, esto no ha terminado. Creo... creo que es sólo el comienzo.

Carol permaneció en silencio. Continuó con la vista fija en el agua, en nuestras imágenes distorsionadas, que tremolaban sobre su lábil superficie.

—Anoche —dijo, finalmente—, después de que Laura y yo fuéramos a tu dormitorio, no regresé directamente a mi habitación, sino que fui a ver cómo estaba Jessica. No se había dormido. La encontré sentada en la cama y con la luz encendida. No parecía asustada, ni nada de eso. Le pregunté por qué estaba sentada con la luz encendida y si la había despertado algo. Pensaba que podía haberte oído gritar. Dijo que había estado jugando. «¿A qué jugabas?», le pregunté. «A familias», respondió. «¿Tú sola?». Negó con la cabeza y contestó: «Oh, no. No estaba sola, mi prima Naomí ha venido a jugar conmigo».

Pasamos una tarde tranquila hablando de muchas cosas, excepto de los asuntos que más queríamos comentar. Carol y yo acordamos no mencionar delante de Laura el tema de las apariciones y decidimos que, al fin y al cabo, lo mejor sería solicitar un exorcismo. Me acordé con amargura de la incumplida promesa que le había hecho a Lewis. Mientras recogíamos las bicicletas, le dije a Carol que al día siguiente iría a ver al párroco.

A eso de las diez, Laura dijo que se sentía cansada y deseaba acostarse pronto. Cuando subió al dormitorio, Carol y yo nos quedamos abajo para hablar. Le mostré las fotografías. No todas y no las peores, que tenía guardadas bajo llave, sino sólo las suficientes para acabar de convencerla de la veracidad de cuanto le había contado.

—Tenéis que marcharos —opinó—. Esta casa está maldita. Si seguís aquí os destruirá.

—Laura no querrá irse —objeté. Le conté lo de la aparición de Naomí y cómo había suplicado a Laura que volviera.

—Aun a pesar de eso —replicó Carol—. Precisamente por eso. Aunque vea a Naomí, eso no hará más que trastornarla. Déjame hablar con ella, quizá me escuche.

Asentí, aunque sabía que gastaría saliva en balde. Para que Laura se fuera de la casa otra vez, hacía falta algo más que buenas razones.

Subimos a acostarnos poco después de medianoche. Carol se hallaba asustada y yo sabía que iba a pasarse la noche esperando oír ruidos en el desván.

—No quiero dormir sola —dijo.

—No tengas ningún miedo —la tranquilicé, sintiéndome yo mismo muy poco tranquilo—. Estamos justo al otro lado del corredor; no tienes más que llamar si me necesitas.

Me dirigió una mirada nerviosa y abrió la puerta de su dormitorio, encendiendo la luz.

—Ya puedes irte —dijo—. Me encontraré bien. Pero me gustaría que fuera ya por la mañana. Voy a echar un vistazo a Jessica antes de cepillarme los dientes. Quizá la traiga a dormir conmigo.

Me besó en la mejilla y se dirigió al cuarto de su hija. Yo abrí la puerta de nuestro dormitorio y entré. Laura había dejado un velador encendido y se revolvió cuando entré. Vi con alivio que era Laura quien estaba en la cama y no... no otra distinta. No habría transcurrido ni un minuto, cuando la puerta se abrió abruptamente y Carol irrumpió en la habitación presa de un estado de angustia.

—¡Jessica! —gritó—. ¡Ha desaparecido!

—¡Qué! ¿Estás segura?

—¡Desde luego que lo estoy! No está en su habitación, ni en la mía.

Laura murmuró confusamente desde la cama:

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? —Se esforzó por incorporarse, todavía medio dormida.

—Nada, querida —la tranquilicé—. Sigue durmiendo.

—¿Carol? ¿Eres tú? —Se estaba acabando de despertar. Vi aflorar el miedo en sus ojos.

—Sí, Laura. Jessica ha desaparecido.

Las dejé solas y salí en busca de mi sobrina. Razonaba diciéndome a mí mismo que no podía estar muy lejos, pero el corazón me latía violentamente y sentía el miedo en la boca del estómago. Volvió a mí con fuerza el recuerdo de aquellos primeros horribles momentos en Hamleys, cuando me percaté de que Naomi había desaparecido realmente.

Carol y Laura se unieron a mí y los tres juntos registramos minuciosamente todas las habitaciones del piso superior. Mi principal esperanza era que hubiera ido a la habitación de Naomi a entretenerse con sus juguetes, pero no estaba allí ni había señales de que lo hubiera estado.

Recorrimos el resto de la casa, habitación por habitación, llamándola a voces. Nadie respondió. No podíamos encontrarla. Cogí una linterna y salí al jardín, maldiciendo la oscuridad. Quince minutos más tarde, helado y tiritando, regresé a la casa meneando la cabeza con desánimo. No había rastro de Jessica por ninguna parte. Nos sentamos en la cocina. Carol fue la primera en hablar y preguntó qué estaba pasando por nuestras mentes.

—Hay un sitio donde no hemos buscado.

Nos miramos mutuamente. Incluso ahora, después de tanto tiempo, siento las garras del temor y las náuseas de aquel instante.

—Iré a mirar —dije.

Carol negó con la cabeza.

—Iré contigo. Jessica es mi hija, soy responsable de ella.

—Muy bien —convine, sin intentar disuadirla. Quería que viniera conmigo.

—Yo también iré —decidió Laura.

Moví la cabeza.

—Uno de nosotros debe quedar fuera —le dije—. Por si pasara algo.

Vaciló y luego asintió pausadamente.

La puerta del desván no tenía echada la llave. Traté de recordar si la había echado o no la última vez que estuvimos allí Lewis y yo, y descubrimos la habitación tapiada con ladrillos. Pero no lo recordaba por mucho que lo intentaba.

En el instante en que abrí la puerta, percibí el frío. Aquel frío no era sólo de temperatura ambiental: sentía el mismo frío dentro de mí que en el aire de alrededor.

Encendí la linterna y alumbré la escalera. En las tinieblas no penetraba ningún rayo de luz diurna. La oscuridad envolvía vertiginosamente el desván. Era como si hubiera levantado un muro delante de mí, elevado y negro, sin una sola rendija. Al igual que el frío, la oscuridad resultaba más intensa en mi interior que alrededor de mí. Era mi propia oscuridad, mi propia noche.

Empecé a subir las escaleras. Los peldaños de madera crujían bajo el peso de mis pies. Cuando llegué al nivel del suelo del desván, el foco de la linterna se esfumó en el espacio abierto. Adentrarse en aquella oscuridad era como si le volvieran a uno del revés. Pero había algo más, aparte de las tinieblas. Me llegó un olorcillo que antes no había notado allí. Oía a sustancias químicas o a podredumbre. Me era familiar, como un olor de mi pasado, aunque estaba convencido de que no lo había percibido nunca.

Carol subía la escalera detrás de mí. Le tendí la mano y la ayudé a entrar en el desván. Ya no se soltó de mi mano. Alumbré con la linterna atrás y adelante en medio de la oscuridad. Unas viejas raquetas de tenis con mangos pequeños, un tobogán, una silla. El desván estaba como debía haber estado en un tiempo y lugar que yo no alcanzaba a comprender.

La pared continuaba allí y el suelo, en la parte central, estaba cubierto de polvo y escombros. A través del hueco de la pared pude distinguir el sombrío resplandor de otra luz. Me acordé de la lámpara de aceite rota que habíamos visto en la otra habitación.

—Por aquí —susurré—. ¿Puedes verlo?

—Sí. —Carol seguía agarrada a mi mano. No nos habíamos cogido de la mano desde que éramos muy pequeños. No me gustó aquello. Me producía una sensación... erótica. Tuve una erección. Era mi hermana y había tenido una erección. Me sentí horrorizado. El olor oprimía mis pulmones como si fuera un gas. Apenas podía respirar. Una desbocada excitación amenazaba con dominarme. Deseaba tocar a Carol, provocar sus deseos, arrastrarla, gimiendo y excitada, a mi lascivo sueño. Respiraba con dificultad, luchando contra la opresión. Cerré los ojos con fuerza. Tinieblas, tinieblas.

—¿Puedes olerlo? —pregunté.

—¿Oler qué? ¿Qué hueles tú?

—No importa —dije. El aire entraba en mis pulmones en pequeñas boqueadas. Cuando enfoqué la linterna hacia la pared de enfrente me temblaba la mano. Volví a abrir los ojos. Carol me estrechaba la mano con fuerza.

Nos acercamos juntos al hueco practicado en la pared. La luz se fue haciendo cada vez más intensa. ¿Sería la oscuridad lo que me estaba ahogando? ¿O era yo mismo, mi lujuria, mi propia aversión lo que me asfixiaba?

Miré a través del hueco. La lámpara estaba encendida y colocada en el suelo, junto al sillón. Jessica estaba acomodada en él, con una muñeca en el regazo, ajena a

mi presencia. Tenía el pelo caído sobre los ojos y se mecía atrás y adelante. Naomi se encontraba de pie al lado del sillón, vestida con las mismas ropas que yo le había puesto la mañana de nuestro viaje a Londres, las mismas que yo había visto dentro de las bolsas de plástico de Scotland Yard. Me miró y sonrió.

Carol soltó mi mano. Yo pasé a través del hueco. Sintiendo un dolor agobiante. Naomi aparecía sin mácula a la luz de la lámpara, sin que hubiera en ella nada fantasmal, nada incorpóreo. Mis ojos no podían ver a través de ella. Estaba seguro de que, de haberme atrevido, hubiera podido tocarla sólo con alargar la mano. Su cabello era suave, su piel parecía recién lavada y yo sabía que no estaba soñando. Era una pesadilla, pero no un sueño.

Carol pasó por el agujero detrás de mí. Pude oír su respiración, tensa e irregular, poseída de terror.

—Hola, papi. —Era la voz de Naomi, no la de un sueño. Sentí que las lágrimas me quemaban los ojos, cegándolos. Me repetí insistentemente que no era Naomi, que Naomi estaba muerta.

—Hola, tía Carol. ¿Estás buscando a Jessica? Jessica ha venido a buscarme aquí. Estamos jugando con su muñeca. —Hizo una pausa—. Ésta es ahora mi habitación. Me dejan jugar todo el tiempo que quiera.

—¡Oh, por Dios! —Carol estaba ahora a mi lado, asida fuertemente a mi brazo.

Jessica alzó la cabeza. Parecía distante de cuanto la rodeaba. A pocos pasos de ella había un bulto con los restos humanos que Lewis y yo habíamos desenvuelto. Los otros dos seguían aún donde los habíamos dejado. Dos grandes arañas negras huyeron precipitadamente por encima de ellos. Me estremecí ante el rápido movimiento de sus largas patas.

—Hola, mami —balbuceó Jessica—. He venido a la habitación de Naomi para jugar con ella. Carolina y Victoria vendrán después.

—Tenemos que sacarla de aquí —balbuceó Carol. ¿Sacarla de aquí?, pensé. ¿A dónde? ¿A dónde íbamos a ir? La oscuridad se extendía incesantemente.

—¿No está mami contigo? —preguntó Naomi. Su tenue voz se propagaba fácilmente por la oscuridad. No se movía. Sus ojos parecían llamarme, arrastrarme a su lado.

Negué con la cabeza.

—Mami está abajo, cariño —dije.

Carol me cogió por el brazo.

—Por el amor de Dios, no le hables. No es real, no está ahí. Ayúdame a sacar de aquí a Jessica.

En aquel momento llegó un ruido desde el fondo de la habitación, procedente de las sombras. Levanté la linterna y dirigí hacia allí su haz luminoso. Dios mío, ¿por qué no huí corriendo?

La pequeña Caroline y la pequeña Victoria avanzaban lentamente hacia nosotros. Pero no estaban vestidas con sus bonitas ropas, ni ellas eran bonitas en modo alguno. Supongo que presentaban el mismo aspecto que cuando llevaban algún tiempo muertas, antes de que Liddley terminara de descuartizarlas y envolverlas en los trozos de arpillera.

Con la súbita repugnancia que sentí, se me resbaló la linterna y, al golpear en el suelo, el cristal saltó y la bombilla se hizo añicos. Sólo quedaba ahora la luz de la lámpara. Y, a nuestras espaldas, la oscuridad. La oscuridad y el sonido de una respiración.

Él era casi invisible al principio, mientras avanzaba hacia mí de aquella forma, cuando salía de su habitual oscuridad, perfectamente camuflado con aquellas negrísimas ropas. Lo primero que vi fue su cara, con aquella sobrenatural palidez, distinta a cualquier palidez de este mundo. Parecía exangüe: desposeído de sangre, de esperanzas, de voluntad. Sus ojos estaban llenos de sufrimiento y me hablaron antes de que abriera la boca. Aprendí más de sus ojos que de nada que me dijera, o de nada que leyera yo en una carta o anotación de su Diario. En una mano sostenía un escalpelo. Un escalpelo rojo con el mango de hueso. Tenía la mano teñida de sangre.

—Ayúdeme. —Su voz sonaba tenue, debilitada, remota, como venida de una gran distancia, como si hubiera atravesado universos de estrellas hasta llegar finalmente aquí, a esta última oscuridad, la más profunda de todas—. Ayúdeme. —Estaba de pie, mirándome como alguien que no tiene dónde ir. ¿Un alma perdida? En absoluto. John Liddley no estaba perdido, pero había agotado todos sus refugios, había volado de su último cobijo. Yo era su refugio, su escondite. Me necesitaba, necesitaba mi voluntad y mi carne. Me sentí halagado y experimenté por primera vez en mi vida la inflexible necesidad de mi existencia. Supe lo que él quería, y lo que yo tenía que hacer.

Me volví y esboqué una sonrisa. Miré a Carol, que temblaba, encogida de miedo, agachada. Ella no podía leer en sus ojos, no, ella no podía entenderlo. Sentí un acceso de lujuria. De lujuria y, al mismo tiempo, de dolor y de cólera.

—Hagamos el amor —dije.

Carol me miró como si no diera crédito a sus oídos y puso cara de estúpida.

—¿Qué? —dijo, con voz inexpresiva, sin la menor inflexión—. ¿Qué has dicho?

—Quiero que hagamos el amor.

—Charles, ¿qué diablos te ocurre? ¿De qué me hablas? ¿Te has vuelto loco? Vámonos de aquí. Ahora.

Le crucé la cara con el revés de la mano y el golpe le hizo brotar un hilo de sangre por entre los dientes. Me miró con sorpresa y horror. La golpeé por segunda vez. Perdió el equilibrio y volví a pegarle, esta vez en el bajo vientre. Se encogió sin decir palabra y cayó al suelo, gimiendo y agarrándose el abdomen.

—Péguele otra vez. —Liddley estaba detrás de mí. Naomi y las otras niñas habían desaparecido, dejando a Jessica en el sillón. Me sentí terriblemente solo. Me incliné, tiré de Carol hasta levantarla y le di un puñetazo en plena cara. Su nariz se aplastó como si fuera de papel y empezó a sangrar profusamente. La solté y cayó al suelo.

—Llévela allí. —Liddley señaló la pared. Al principio no le entendí, pero luego recordé las cadenas.

—¿Resistirán? —pregunté.

Asintió y, sin saber por qué, le creí. Después de todo, él conocía estas cosas y yo

sólo era un principiante.

Arrastré el cuerpo inerte de Carol por el suelo, agarrándola firmemente por los tobillos, con la cabeza golpeando contra el entarimado. Era la misma clase de ruido que yo había oído antes en el desván.

Jessica estaba rígida en su asiento, ahora visiblemente inquieta y asustada. Entonces surgió Liddley de las tinieblas. Al verle, se quedó paralizada y luego profirió un grito de horror. Solté a Carol y miré desesperadamente alrededor. Tenía que hacer callar a Jessica; sus gritos atraerían a Laura y Laura empezaría a complicar la bella escena que Liddley y yo estábamos urdiendo. Me acerqué silenciosamente a Jessica y me arrodillé junto a ella.

—No pasa nada, Jessica; no tienes por qué asustarte. Estoy aquí contigo.

Extendí la mano intentando acariciar su pelo, pero se apartó de mí, mortalmente asustada.

Quería tranquilizarla. Quería romperle el cuello.

Cuando levanté la cabeza vi a Liddley a pocos pasos de mí. Con la mano con que sostenía el escalpelo hizo un gesto hacia la mesita. Me acerqué a ella y mis ojos se fijaron en el estuche de instrumentos quirúrgicos. Inmediatamente comprendí lo que quería. Abrí el estuche y saqué una hoja larga y brillante, cuyo uso exacto no podía adivinar. Era tersa, de una belleza casi perfecta. Su filo me hizo una incisión en la yema del dedo pulgar. Jessica seguía sollozando y gimiendo.

No me tembló la mano ni una sola vez. Me resultaba familiar el largo escalpelo, su beso, su equilibrio. Mis dedos sabían lo que debían hacer. Liddley me observó acercarme a mi sobrina, cogerla del pelo con la mano izquierda y tirar de su cabeza hacia atrás, vio cómo mi mano retrocedía y cómo le abría la garganta con aquel limpio movimiento de guadaña que me habían enseñado sus ojos. No necesitaba práctica, esquivé la sangre con habilidad. Ella dio una sacudida, dos, tres, y luego cayó al suelo. Una convulsión de todos sus miembros la arrojó a su definitiva inmovilidad.

Recuerdo aquellos momentos con peculiar claridad, como si cada uno de ellos hubiera sido para mí el centro particular de una turbulenta colección. Ahora me persigue cada uno de aquellos momentos. Recuerdo el momento en que me puse enfermo y loco de gozo. Una parte de mí era yo mismo, aterrorizado de lo que había hecho, de lo que estaba a punto de hacer; la otra parte era lo que la invisible tutela de John Liddley quería hacer de mí.

Pobre Jessica, toda su confianza traicionada, toda su seguridad destruida en aquel brillante momento de ejecución. Y, sin embargo, qué afortunada fue de no haber tenido que sufrir la prolongada agonía que había padecido mi Naomí. La misma que yo estoy padeciendo ahora, la mía propia y la de ellas, doblada y redoblada.

Debí de quedar aturdido, deslumbrado ante tanta sangre, en la primera vez que

probaba aquel hechizo. Liddley me sacó de él mediante un inarticulado grito de alarma. Giré sobre mis talones como un sonámbulo al que acaban de despertar y vi a Carol de pie, tambaleándose hacia mí. La acuchillé sin pensarlo, abriéndole una línea delgada de arriba abajo en la mejilla. El dolor la hizo retroceder y pude acercarme a ella y golpearla de nuevo, empujándola contra la pared y derribándola.

Las cadenas se ajustaban mediante un sencillo cierre, con unos grilletes de hierro para las muñecas y los tobillos. Los arrastré junto a Carol y se los puse. Pobre criatura, ni siquiera protestaba, apenas sabía dónde estaba. Era preferible que fuera así. Recuerdo haber llorado mientras la ataba, no sé por qué; tal vez por compasión. Imaginaba lo que ella estaba pasando y sabía muy bien lo que le faltaba por pasar.

Cuando estaba terminando mi trabajo oí una voz débil procedente de la escalera. Laura se estaba impacientando. Tras oír los gritos, vaciló y por fin se armó de valor y subió por la escalera. Portaba la pequeña linterna de lectura que yo tenía en mi mesilla de noche. Daba muy poca luz, apenas la suficiente para ver por dónde iba. La oí tropezar cuando entró en el desván.

—¿Charles? ¿Carol? ¿Dónde estáis? ¿Qué está pasando? —El miedo en su voz era patente.

—Aquí, Laura —respondí.

—¿Charles? ¿Eres tú?

—Sí —contesté con voz normal y tranquilizadora.

Apareció ante mis ojos saliendo de las tinieblas, como había hecho Liddley, pero con mucho menos dramatismo. Él parecía haberse esfumado. Me puse delante de Jessica, tapándole su visión a Laura.

—He oído voces, Charles. Alguien que gritaba. No sabía qué hacer.

—No hay nada que hacer, Laura. No hay nada que hacer.

Miró hacia la habitación oculta.

—Es como lo veía en mis sueños —musitó—. El desván. Esta habitación.

—¿En tus sueños?

—Sí —dijo—. Aquellos de que te hablé, cuando practicaste el hueco en la pared y descubriste la habitación.

Asentí. Ahora me acordaba.

—¿Qué sucedía? —pregunté—. En tus sueños.

No respondió. Sus ojos estaban clavados en mi rostro. Eran unos ojos aterrorizados, unos ojos que no comprendían lo que ocurría.

—¿Qué pasa, Charles? ¿Dónde está Carol?

—Está ahí.

—¿Habéis encontrado a Jessica?

Asentí. Liddley estaba ahora de pie tras ella. Laura no se había percatado de su presencia. Él me miraba con aire de conspirador, sonriendo y asintiendo. Yo notaba la

humedad del sudor en mi frente. Liddley aún me aterraba.

Quizá me aparté a un lado, pues Laura se quedó petrificada al ver a Jessica. Le costó unos instantes dar crédito a lo que veía, en medio de la penumbra y de aquel amasijo de sangre y piel blanca. Entonces emitió un grito, largo y penetrante como una cuchilla. La reduje al silencio de un solo golpe.

Cuando las dos estuvieron sosegadas en sus cadenas, las desnudé y, con el largo escalpelo con que había matado a Jessica, corté sus ropas y se las arranqué del cuerpo, igual que un pescadero despellejando un pescado. Liddley estuvo conmigo todo el tiempo. Yo podía sentir su excitación, el nuevo despertar de su lascivia. Después me contó que el sexo había sido su única consolación tras la muerte de su esposa y su amante, que había tratado de ahogarse en la lascivia, como si se arrojara a un río.

Aquella noche practiqué el sexo con ellas varias veces. No era mi potencia, sino la suya lo que me mantenía excitado. Después de todo, yo no estaba haciéndolo por mí mismo, sino por él, y él perseguía con ello un determinado propósito, aunque nunca imaginé cuál era. Tenía algo que ver con su liberación, la liberación que siempre buscaba afanosamente. Ése era su problema: quería ser libre, pero lo que hacía era atarse a sí mismo con lazos cada vez más estrechos.

Después, tuve el sueño más pesado, más puro y más reconfortante de mi vida. No hubo pesadillas.

A la mañana siguiente dormí hasta bien tarde. Nadie llamó a la puerta ni telefoneó. Me desperté desnudo en mi propia habitación y durante algunos minutos todo me pareció un horrible sueño. Entonces miré a la mesilla y vi el largo escalpelo, todavía salpicado con restos de sangre de Jessica.

Ellas continuaban en el desván donde las había dejado. Liddley había tenido buen cuidado en asegurarse de que las dos cadenas estuvieran lo bastante separadas entre sí para evitar que una ayudara a la otra a escapar. Carol parecía sufrir mucho por los golpes que yo le había infligido. Su nariz, en particular, parecía ocasionarle un dolor insoportable. Les dejé un poco de comida y agua, y les dije que volvería más tarde. Ninguna de las dos me dirigió la palabra, como si yo fuera un extraño, no un marido o un hermano. No mostraron ningún interés por la comida.

Había varias cosas de las que debía ocuparme. Primero estaba el problema del control. Las cadenas resistirían; de eso ya me había asegurado bien. Pero no podía permitir que estuvieran llorando y gritando a todas horas del día o de la noche. Tuve que pensar mucho antes de hallar una solución, pero cuando la encontré, era tan simple que casi me hizo llorar. Tenía todas las cosas en mis manos.

Dos años antes, había dado clases particulares a un estudiante, un joven llamado Simpson, simpático aunque irreflexivo. Simpson se había buscado problemas, primero con las autoridades del colegio y luego con la policía. Su problema eran las drogas; había comenzado por el cannabis hasta llegar a sustancias más duras. Acabaron expulsándole, pero continuó en Cambridge. Creo que de por medio había una mujer y un círculo de marginados que vivían en una comuna, cerca de Mill Road.

No me costó mucho encontrarle. La casa estaba sucia y también lo estaba Simpson. Se había deteriorado desde nuestro último encuentro. Tenía la mirada perdida, las pupilas casi del tamaño de una cabeza de alfiler y las mejillas hundidas y pálidas. Curiosamente, aún poseía una perfecta coherencia oral. Me citó correctamente un pasaje de *Beowulf*, pero no pudo traducirlo.

Pasamos un rato charlando; aún quedaban algunas reminiscencias del pasado. Yo era un exitoso profesor y él un fracasado en el colegio y en la sociedad. Yo tenía mi vida por delante; la suya estaba prácticamente acabada. Yo le estaba usando y él lo sabía.

Ignoro si le molestó mi pedido o si alguna vez se le ocurrió preguntarse para qué querría yo la sustancia. Él la llamaba «marcha» y a la hipodérmica la denominaba «pico». Me fascinaba su jerga. Hubiera pasado horas hablando con él pero tenía que cumplir mi trabajo. Me explicó todo lo que necesitaba saber acerca de las dosis y frecuencias y me dijo cómo había que inyectarla: «Darle a la manivela», como decía él. Le di dinero y le dije que habría más si conseguía cantidades mayores. No me

parecía difícil desembarazarme de él después.

En cuanto regresé a casa les inyecté las primeras dosis. Permanecían conscientes pero cooperaban. En una ocasión, el desván cambió. Liddley estaba allí con su esposa y sus hijas. Me sonrió y luego se volvió para ocuparse de sus asuntos. Fue entonces cuando Laura se derrumbó completamente.

Poco antes del anochecer, salí con el coche para Northampton. La llave de la casa de Carol se había quedado en su bolso, pero sabía que no tendría dificultades para entrar. Me detuve en un supermercado Sainsbury's de los alrededores y compré provisiones y unos guantes finos de goma. Sabía que era el supermercado donde Carol efectuaba sus compras semanales; había ido allí con ella un par de veces.

Cuando llegué ya había anochecido. Nadie me vio entrar en la casa. Me aseguré de aparcar el coche a un par de manzanas de distancia. Una vez dentro, preparé varias comidas para tres personas, puse la mesa para tres y serví tres raciones de todo. Comí un poco, vertí algunas raspaduras en el cubo de la cocina junto a los envoltorios y arrojé las sobras por el inodoro. Las compras restantes las metí en el frigorífico. Todo el tiempo usé los guantes de goma.

Ya había borrado mis huellas dactilares de todos los artículos que había manipulado en el supermercado, pero para mayor seguridad estampé las huellas de Carol, Laura y Jessica en los envases de la comida, en la vajilla y en los cubiertos. Había traído conmigo tres pares de dedos metidos en bolsas de plástico. Después, las enterré profundamente en un campo de los alrededores de Grantchester, no lejos de Byron's Pool.

Pero hacía falta un toque final. En el bolso de Carol había encontrado las llaves de su coche y no me llevó mucho tiempo encontrar su pasaporte en un cajón de su cómoda. Jessica estaba incluida en él, como yo había supuesto. El de Laura ya lo había cogido antes de salir de casa. En el garaje estaba el pequeño Renault de Carol, con el depósito de gasolina casi lleno. Ahora, cerca de las diez, estaba lo bastante oscuro y tranquilo para salir sin ser visto y no era tan tarde como para despertar sospechas. Fui directamente a Birmingham por la M-6 y llegué allí pasadas las once. Dejé el coche en el correspondiente aparcamiento del aeropuerto. Antes de marchar había preparado unos envoltorios de chocolatinas y patatas fritas con las huellas digitales de Carol y Jessica. Los dejé en el asiento trasero, junto a una botella de gaseosa vacía. Cerré el coche y tiré las llaves a un sumidero.

Cogí uno de los últimos trenes a Northampton, fui a mi automóvil y regresé velozmente a Cambridge. Antes de acostarme subí a ver si Laura y Carol continuaban como las había dejado. Les vendé las heridas y les di un beso. Laura me escupió. La casa quedó sumida en el más espantoso silencio. Podía oír silbar el viento en los árboles del jardín.

A la mañana siguiente me desperté pasado el mediodía, sintiéndome cansado e irritable. A eso de las tres sonó el teléfono. Era el inspector Allison. Venía de camino hacia Cambridge y deseaba verme urgentemente. Quería saber si me encontraría en casa. Pensé con rapidez. Tenía tiempo suficiente para darles una dosis especial.

—Sí —le dije—. Estaré en casa, venga cuando quiera.

Llegó media hora después. En el coche se quedó esperándole un policía uniformado. Yo había hecho desaparecer todos los vestigios de Carol y Jessica. Tenía planteado quemar más tarde sus ropas y su equipaje en la sala de calderas del colegio. Cuando me preguntó por Laura, me limité a decirle que todavía se encontraba en Northampton, que había hablado con ella la tarde anterior. Asintió y me siguió hasta el despacho.

—¿Cómo lo sabía usted? —preguntó.

—¿Saber? Disculpe, pero no le entiendo.

—Lo de De la Mere. ¿Por qué sospechaba usted de él?

Conque tenía yo razón. Sentí una punzada de gozo. Qué perfecto era el mundo. Se asemejaba mucho a una máquina en la que todas las piezas funcionan en una unidad sincronizada.

—Meras conjeturas —aseguré.

Permaneció en silencio un momento, mirándome fijamente a la cara. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más dura.

—Doctor Hillenbrand, ¿por qué me está mintiendo?

—Suponga que me cuenta usted exactamente todo lo que ha averiguado. Entonces, podremos saber si le estoy mintiendo o no.

Suspiró.

—Muy bien. A primera hora de esta mañana he arrestado a un hombre llamado De la Mere. Vive en Spitalfields, en una casa situada a menos de trescientos metros de donde encontramos el cadáver de su hija. Le requisamos los zapatos de Naomí y varias navajas. Las navajas corresponden a la descripción de las armas que se cree fueron usadas para matarla. El laboratorio forense está ahora trabajando en ellas. Pero eso, más que nada es una formalidad. Él ha confesado que asesinó a Naomí y también se ha confesado culpable de los asesinatos de Ruthven y Dafydd Lewis. Dice que ejecutaba órdenes, que alguien llamado Liddley le dijo que cometiera los crímenes.

Allison se echó hacia atrás en el asiento.

—Doctor Hillenbrand, usted es un hombre inteligente. ¿Es necesario que le diga cuán sospechoso resulta que supiera usted el nombre y paradero de este hombre, y que me condujera tan fácilmente hasta él?

No respondí. Allison continuó.

—Doctor, debo decirle algo: pienso que usted es Liddley. Creo que bajo ese nombre visitó a De la Mere y que usted, de una forma u otra, le persuadió de que

ejecutara los asesinatos cumpliendo órdenes suyas. Me gustaría que viniera conmigo para ver a De la Mere a efectos de identificación.

—Entiendo. —Miré por la ventana del estudio el juego de luces y sombras de los árboles—. ¿Piensa usted que preparé el asesinato de mi propia hija?

—Lo ignoro, doctor Hillenbrand. No quisiera creerlo, pero me parece que es lo único que explica semejante relación.

—¿Y tiene usted algún motivo para ello?

Meneó la cabeza.

—Eso sólo lo sabe usted.

—Y Ruthven y Lewis... ¿También cree que tuve algún móvil para cometer esos asesinatos?

—Posiblemente. Puede que Ruthven estuviera a punto de descubrir algo. Igual que Lewis. Eso es bastante probable.

—No se creería usted la verdad —dije.

—Inténtelo —repuso.

¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decir? Saqué las fotografías y se las fui enseñando, una a una. Al principio se mostró escéptico —¿quién no lo estaría?—, pero cuando llegó a las que Lewis había tomado en el desván con sus moradoras, sobre todo Caroline y Victoria, con las ropas no precisamente bonitas ni primorosas, le vi torcer el gesto y palidecer.

Después de eso, permaneció en silencio por varios minutos. Desvió la vista hacia la ventana y empezó a manosear los bordes de las fotografías y a retorcer los dedos. Eran unos dedos fuertes, capaces de inmovilizar el brazo de un hombre haciendo palanca. Esperé pacientemente.

—Doctor Hillenbrand, esto es demasiado para mí, así, de pronto. No sé qué pensar de ello, o de usted. Me resulta difícil creer que haya podido usted elaborar todo esto sólo para inventarse una historia tan inverosímil.

—Puede comprobar los rollos de película de Lewis —sugerí—. Guardaba todos los negativos. Estoy seguro de que su gente podrá comprobar si una foto es falsa.

—Si es falsa, sí. ¿Pero de fantasmas...? ¿De conjuros salidos de las peores pesadillas de alguien...? —Hizo una pausa—. Doctor, me gustaría ver ese desván suyo. Si dispone de una linterna, tal vez podamos subir ahora.

Sentí que la respiración me obstruía la garganta como si fuese melaza. ¿Por qué había sido tan confiado y había dejado entrar a Allison en la casa, donde podían ocurrir tantas cosas? Miré desesperadamente alrededor en busca de Liddley. Me daba vueltas la cabeza y me parecía estar sujeto por una camisa de fuerza. ¿*Dónde estás?*, quise gritar.

—¿Se encuentra bien, doctor?

—Yo... no quisiera subir allí —repuse—, después de lo que pasó. La última vez,

Lewis y yo tuvimos el tiempo justo para escapar de allí ilesos. Si nos quedamos...

—Está bien —aceptó—. No es necesario que suba usted. Basta con que me enseñe el camino y me deje su linterna.

—No sería prudente.

—Eso lo juzgaré yo. —Ya se había levantado.

—Por favor...

—¿Hay algún inconveniente, doctor Hillenbrand?

Me puse en pie también, meneando la cabeza, queriendo ganar tiempo.

—No, subiré con usted —dije—. Pero le advierto que él puede estar allí. Usted no le ha visto y no puede...

Allison estaba ya cruzando la puerta y se dirigía a la escalera. Le seguí, intentando hallar una solución. Tenía que detenerle a toda costa. Me estaba volviendo loco: haber estado tan cerca, haber visto subir y caer las palancas con tanta precisión...

Llegamos a la puerta del desván. Yo había dejado la linterna fuera, en el suelo. Allison se agachó a cogerla y abrió la puerta; no me había molestado en echar la llave.

—¿Por aquí?

Asentí con la cabeza. Empezó a subir por las escaleras. Yo iba detrás, muy cerca de él, latiéndome fuertemente el corazón, todavía incapaz de decidir lo que iba a hacer. ¿Por qué Liddley no hacía algo? ¿Por qué no intervenía? Al llegar al punto donde terminaba la escalera y empezaba el suelo del desván, Allison se volvió hacia mí tiritando.

—Estaba usted en lo cierto —dijo—. Esto es más frío que un glaciar. Como para helarle a uno los cojones.

Allison no era un hombre inculto ni procaz, pero esta repentina grosería suya me endureció y me alegré de que me proporcionara así una justificación para lo que desde luego tenía que hacer. Estaba pensando en los ladrillos que Lewis y yo habíamos quitado de la pared; pensaba en los bordes tan afilados que tenían, en lo fácil que iba a ser coger uno, levantarlo, dejarlo caer...

Abajo sonó el timbre de la puerta. Los dos nos detuvimos. Yo sabía que Allison estaba impaciente por entrar al desván. Volvió a sonar el timbre, con más insistencia.

—Debe de ser el sargento Arkless —comentó Allison—. Le dije que llamara si llegaba algún mensaje para mí.

Sonó otro timbrado, acompañado de tres golpes a la puerta. Cuando estuvimos abajo, abrí la puerta y me encontré con el chófer de Allison. Me hice a un lado para que Allison saliera.

—¿Qué ocurre, sargento?

—Llaman de Londres por la radio, señor. Tiene que regresar inmediatamente. Ha

pasado algo con nuestro hombre, con De la Mere, señor.

—¿Qué ha pasado?

Arkless me miró.

—Diga lo que sea, hombre.

—Suicidio, señor. Eso parece. Pero podría ser... En ese momento estaba a cargo Trubshaw, señor.

—Entiendo. Está bien, Arkless. Coja el canuto y dígales que voy ahora mismo.

Arkless asintió y regresó al coche. Allison se volvió hacia mí. Su rostro era muy expresivo, en particular sus ojos. En ellos se dibujaba la frustración, la decepción, la rabia, la impotencia que sentía en aquel instante. La rabia y la impotencia hacen buena pareja.

—Doctor Hillenbrand, después de todo no parece que tenga objeto el que me acompañe usted a Londres. Cuídese. Yo volveré mañana. Y le agradecería que telefonara a su esposa y le pidiera que se reúna con nosotros. Tengo que hacerle algunas preguntas.

Tenía que actuar rápidamente. No había tiempo que perder. Liddley estaría decepcionado, por supuesto, pues iba a tener que privarse de la fiesta que llevaba esperando todo aquel tiempo. Aunque corto, el momento de respiro había renovado mi convicción de que todas las cosas estaban saliendo como yo esperaba.

Cogí una escoba y un cepillo pequeño del armario de debajo de la escalera y subí al desván. El sol del atardecer cubría el suelo de madera con un manto de carbones rojos y amarillos. Me acerqué a las contraventanas y las cerré herméticamente para que no entrara la luz. La habitación estaba gélida, sumida en un frío de tinieblas, y el aire que se respiraba era monstruosamente crudo y lacerante. El olor persistía aún por todas partes, impregnando el frío de tristeza y de una premonición trágica. No había rastro de Liddley, pero oí la voz de una niña cantando suavemente. Me produjo un hormigueo en el cuerpo, pero sabía que debía seguir adelante con lo que había empezado.

Me detuve junto al hueco de la pared divisoria y miré a la habitación interior. La lámpara de aceite estaba encendida y proyectaba su tenue llama sobre las telarañas y el feo y descolorido papel de las paredes. Naomí estaba en cuclillas en el suelo cerca de su madre, canturreando tiernamente para ella. Era una canción que yo le había enseñado, la inolvidable melodía que canta la pequeña Pearl en *La noche del cazador*.

*Érase una vez una bonita mosca,
Él tenía una bonita esposa, que no sabía volar,
Pero un día se fue volando, volando.*

*Ella tenía dos preciosos hijos
Pero una noche los dos preciosos hijos
Se fueron volando, volando, al cielo, a la luna...*

Cuando Naomí terminó de cantar, levantó la cabeza hacia mí y sonrió. La pequeña sonriendo a papaíto que vuelve a casa.

—Hola, papi —dijo.

Cerré los ojos. No soportaba verla, ni escucharla. Durante las últimas semanas había padecido mucho, pero esto me resultaba insoportable.

—Mami no está bien —prosiguió—. No quiere más que dormir. Y tía Carol está muy enferma también. Igual que Caroline y Victoria, y a veces su mamá. ¿Qué vamos a hacer, papi?

Me resultaba imposible tener los ojos cerrados. Los abrí y la miré.

—No lo sé, cariño —contesté.

—¿Por qué estás llorando, papi? ¿Es porque mamá no se encuentra bien?

—Sí —respondí. ¿Cómo era posible que ella no lo supiese? Yo creía que los muertos lo sabían todo. Por supuesto, y ahora sé más. Los muertos saben tan poco como nosotros. Son como nosotros: transfigurados, pero no renovados.

Laura y Carol estaban sumidas en una especie de estupor. Pensé que de ese modo sufrirían menos. Pero me había olvidado de Liddley y de sus necesidades. Me acerqué a ver a Carol y, a pesar de la heroína, vi que sufría mucho.

—Tengo que irme, papá —dijo Naomi. Ahora la consideraba ya como Naomi; había dejado de verla como una monstruosidad con la forma de mi hija.

Miré en derredor. Ya no estaba allí. Apagué la linterna y, a la luz de la lámpara, me puse a barrer los escombros del desván hacia la cámara separada por la pared de ladrillos. A los ladrillos enteros o casi enteros los aparté del resto y los haciné limpiamente. Pero retuve una pequeña pirámide de polvo y cascotes a un lado de la apertura, en el desván principal.

Cuando terminé de hacer todo eso, recogí la linterna y la escoba y volví abajo. Aún había luz en el cielo. Era como un rostro sin color y sin vida. Igual que el rostro de Jessica iluminado por mi linterna. Cogí un martillo y un cincel de mi caja de herramientas.

En el extremo suroeste del jardín había un viejo muro alrededor de un pequeño huerto de verduras. Se encontraba tan deteriorado, que no me costó arrancar de él los ladrillos que iba a necesitar. La mayoría se podían arrancar con la mano, desmoronándose el mortero como si de un hundimiento natural se tratara. En el garaje encontré una paleta y un saco de cemento. Transporté hasta arriba toda la carga en media docena de viajes, lo dejé todo en el suelo y me senté a descansar en la hacina de ladrillos que había hecho. Fue entonces cuando oí a mi espalda su respiración sombría y luego su voz, que aún me helaba la sangre.

—Percibo todo lo que hace, señor. Quiere poner fin a esto, ¿verdad?

No respondí. Qué cansado me sentía, qué cansado.

—Vamos, señor, vamos, ya hemos superado esto. No sea tan cauteloso.

—Hoy han estado a punto de descubrirlo —dije—. El hombre que vino aquí era un inspector de policía.

—Yo no sé nada de policías, señor. ¿No es usted el dueño en su propia casa? En mis tiempos también vinieron hombres aquí, pero créame que no se aventuraron a volver.

—Las cosas han cambiado —repuse—. Puede traer un mandamiento judicial y registrar la casa de arriba abajo. Es mejor de este modo.

—Podemos deshacernos de él.

—¡No! —exclamé. Fui severo con él. En todo aquel tiempo no me había vuelto a mirarle ni una sola vez—. Sería una estupidez, les traería directamente aquí. Deje las cosas como están. No se mezcle.

—Disponemos de esta noche —dijo.

Me puse las manos en los oídos, pero seguía oyéndole, suave e insidioso, con una voz empalagosa como la miel. Salió de detrás de mí y se puso delante. No tuve otro remedio que mirarle.

—No volverán hasta mañana por la mañana como mínimo. El trabajo que piensa usted hacer no le llevará mucho. Tenemos el tiempo suficiente para complacernos.

—¿Sabe usted quién soy yo? —le pregunté. Pensaba que sólo era cosa de tiempo que Allison lo descubriera.

Liddley guardó silencio un momento.

—Sí —contestó—. Por supuesto. Lo he sabido siempre. Antes de que lo supiera usted mismo.

—Usted me ha estado usando —protesté.

—Nos usamos mutuamente. Siempre ha sido así. Los vivos se valen de los muertos y viceversa.

—Eso no le excusa.

—No me estoy excusando. Mis actos no necesitan excusa. Una vez se rompen los lazos...

Traté de ponerme en pie, pero él me retuvo con la mirada. Tenía una fuerza superior a lo material.

—Esta noche —dijo—. Para recordarlas.

Incluso mientras hablaba, podía sentir cómo me llenaba con su fuerza. Podía sentir que mi dualidad se convertía en pura individualidad. Otra noche pasaría rápidamente. Demasiado rápidamente.

Por la mañana, poco después del amanecer según mi reloj, hice la mezcla de cemento y empecé a poner camada tras camada de ladrillos lo mejor que pude. No me salió en modo alguno un trabajo perfecto, pero no era necesario que lo fuese. Embadurné la argamasa fresca de suciedad y tizne. Cuando terminé la obra, recogí con mucho cuidado los trozos de telaraña de otros puntos del desván y los puse sobre la pared de ladrillo. A la luz de la linterna, apenas se distinguía el hueco recién tapado. Al otro lado, ellas continuaban con vida, aunque no por mucho tiempo.

Allison volvió aquella mañana, algo más tarde. No parecía hombre feliz. Desde su regreso a Londres el día anterior, apenas se había alejado un momento de la comisaría. De la Mere había arrancado una tira de la manta en su celda, había hecho una pelota con ella y se la había metido en la garganta hasta ahogarse. La presencia de vómitos en la celda daba a entender que lo había intentado varias veces. El inspector Allison no estaba de buen humor.

—¿Por qué no me habló nunca de su madre? —fue la primera pregunta que me hizo. Había sido más rápido de lo que me había imaginado.

—¿De mi madre? ¿Qué quería que le dijera de mi madre?

—Que su apellido de soltera era Liddley.

Me quedé mirándole un buen rato, como si empezara a comprender. Pero lo sabía todo desde antes, por supuesto.

—Jamás se me ocurrió pensar que eso pudiera guardar alguna relación —mentí—. No es un nombre infrecuente. No pensará usted implicar a mi madre en esto, ¿verdad?

—No sé qué pensar, doctor Hillenbrand. ¿Es su madre una descendiente de John Liddley? ¿O John Liddley es sólo un producto de su imaginación? Ya le he dicho en otro momento que usted podría ser el propio Liddley. Esa hipótesis empieza a parecerme cada vez más atractiva. No sería extraño que hubiera usted adoptado el nombre de su madre.

—Se lo repito, eso es totalmente ridículo.

—¿De veras? ¿Enseña esa clase de lógica a sus alumnos?

—Yo no imparto lógica.

—Desde luego.

—Ya ha visto usted las fotos.

—Soy inspector de policía, doctor Hillenbrand, no un mago.

—A pesar de ello, le suplico que use la imaginación.

—Entonces, ¿reconoce usted que Liddley no es más que el producto de sus sueños?

Esto me irritó.

—Yo no reconozco tal cosa. Liddley era real. *Es* real. Puede comprobarlo en cualquier biblioteca importante. Puede ver sus cartas en el Downing College.

—Es posible. Pero de eso hablaremos más tarde. Mientras tanto, he traído un mandamiento judicial para registrar la casa.

—La tiene a su disposición —dije. ¿Qué podía temer?

—Y me gustaría hablar con su esposa. ¿Ha vuelto ya de Northampton?

Decidí quitar importancia a la ausencia de Laura.

—Lo siento, inspector, pero no está aquí. Tampoco está en Northampton. Ayer la telefoneé, como usted me dijo, y no obtuve respuesta. Lo intenté por la noche y también esta mañana. He llamado a la oficina de Carol, pero allí nadie sabe nada.

—Primero desaparece su hija, luego su esposa y su hermana.

—Inspector, ¿qué está insinuando?

—Aún no estoy seguro. Antes de nada, me gustaría efectuar el registro.

Hizo venir a un agente del coche y subieron juntos al desván. Yo los acompañé, viendo desde la penumbra cómo ejecutaban su cometido. Estaban inquietos. No se les ocurrió abrir las contraventanas y realizaron el registro a la luz de sus linternas, pasando repetidas veces por delante de la pared que ocultaba la habitación donde

Laura y Carol estaban muriendo desangradas. Naturalmente, no encontraron nada.

—Doctor Hillenbrand, ¿puede usted darme la dirección de su hermana en Northampton?

Lo hice, y él se marchó. Sabía que volvería varias veces para interrogarme, pero estaba convencido de que no averiguaría nada. En cuanto se marchó, telefoneé a mis padres para informarles que Laura y Carol habían desaparecido y preguntarles si las habían visto o sabían algo de ellas. Cuando colgué el auricular me temblaba la mano igual que una hoja, y la sangre se me agolpaba en la cabeza. La casa estaba en silencio. Jamás ha estado tan silenciosa desde entonces.

No he podido alejarme de esta casa en veinte años. No he asistido a fiestas, fines de semana ni veladas nocturnas en Londres o Cambridge. Salgo para impartir clases, hacer la compra o asistir a la iglesia, y a veces acudo a reuniones en el colegio o en la facultad. Eso es todo. Mis colegas piensan que soy un poco excéntrico como un recluso. Hace muchos años que dejaron de invitarme a cenas y fiestas. Nunca como en el comedor principal del colegio, ni siquiera en el día del Fundador. No me vuelven la espalda, pero tampoco soy bien acogido. Desde luego, no me hablan de la muerte de Naomí ni de la desaparición de Laura. No saben nada más; ¿por qué iban a saberlo?

La policía encontró el coche en el aeropuerto, después de una intensa búsqueda. Cuando me preguntaron, les dije que echaba en falta el pasaporte de Laura. Existía constancia oficial de haberse expedido un pasaporte por diez años a nombre de Carol, pero en su casa no se encontró el menor rastro de él. Ni que decir tiene que verificaron todos los vuelos de aquel período y no encontraron rastro de dos mujeres y una niña.

Las huellas dactilares intrigaron a los policías, como yo había esperado. Los alimentos recientemente comprados, el tique de la máquina registradora de Sainsbury's, los platos lavados, los detalles del tique del aparcamiento (que yo había dejado en la guantera del coche), todo ello constituía una coartada que me descartaba como sospechoso.

No obstante, Allison fue tras mis pasos durante bastante tiempo. Insistió en su convicción de que Liddley y yo éramos la misma persona y que, por alguna razón yo había elegido a De la Mere y le había persuadido o pagado para que matara a mi hija, a Lewis y a Ruthven. Pero carecía de pruebas. De la Mere estaba muerto y no podía testificar. Cuando Laura, Carol y Jessica desaparecieron en Birmingham, yo estaba en Cambridge. Los antecedentes sobre mi conducta eran impecables.

Ignoro lo que habría durado la persecución a que me sometió Allison si hubiese podido ejecutarla a su antojo, pero la interrumpió bruscamente cuando cayó enfermo seis meses después de haber registrado mi casa. Nueve meses más tarde falleció en un hospital. Diagnosticaron cáncer. El inspector que le sustituyó dio por cerrados los casos de Naomí, Lewis y Ruthven, achacando los asesinatos a De la Mere, quien, después de todo, había confesado. Por supuesto, el caso de las desapariciones siguió abierto, pero con el tiempo perdió interés para la opinión pública.

Al principio traté de rehacer una vida normal, o tan normal como me era posible en tales circunstancias. En el otoño empecé otra vez a impartir clases. Me embarqué en un trabajo de investigación mayor, consistente en un estudio comparativo de los poemas de Grail en los idiomas inglés medio, alto alemán medio y francés medio.

Nunca lo concluí. Durante veinte años casi no he escrito nada. Según comentó tristemente una vez no lejos de mi oído un eminente colega mío, yo «no había desarrollado mi talento». Me pagaban un sueldo más que suficiente para mis modestos gastos, me permitían dar clases a un puñado de universitarios, apartaban de mí a los estudiantes de investigación y se cruzaban cortésmente conmigo en la calle. No me han ofendido, ni yo les he desacreditado más de la cuenta.

He devuelto las fotografías a su caja metálica. Si alguna vez encuentran este Diario, lo relacionarán con el testimonio de aquéllas. Algunas fotografías están muy desvaídas por el paso de los años, pero en su mayor parte son un fiel retrato de lo que vimos. Si regresara Lewis con su cámara Leica, me atrevo a decir que formaría otra carpeta con lo que ahora encontraría aquí. Pero será mejor que no.

Por supuesto, ellas no han cambiado ni han envejecido demasiado, mientras que a mí se me ha encanecido el cabello. No sé hasta cuándo duraré. Resultaría gratificante pensar que la muerte llegará como una liberación, pero intuyo algo mejor.

En lugar de eso he ideado una estrategia. Bien sabe Dios que no es más que una estrategia, pero creo que puede servir de algo. He decidido vender la casa. Realmente es demasiado grande para mí. Una más pequeña me cuadrará mucho mejor. Desde luego, Laura, Carol y Jessica no ocuparán mucho espacio. Ayer volví a abrir el desván, sólo para ver cómo estaban. Cabrán en el viejo baúl que compré en mi época de estudiante. Lo que menos imaginaba era que iba a darle un destino así.

Ya he encontrado unos posibles compradores, una familia de la localidad que necesita una casa más grande. El padre es médico, un consultor del Papworth Hospital. Tiene dos hijas, una de siete años y otra de nueve. Son encantadoras, igual que lo es su madre. La más pequeña me recuerda a Naomí.

Esta familia se apellida Galsworthy. Creo que es una vieja familia de Cambridge, integrada por miembros de la iglesia desde hace generaciones.

John me dice que está satisfecho de mi determinación. Él y el doctor Galsworthy van a tener mucho de qué hablar.

Notas

[1] Dulces y tiernos besos / El alimento de mi vida, / Que después de robarme el corazón me lo devuelven. / Deberíais comprender / Cómo un alma embelesada / No siente la agonía de la muerte y sin embargo se muere... <<